

a



Consejería de Educación y Ciencia
Instituto Andaluz de la Mujer



mujeres de andalucía

Al

- 1 Carmen de Burgos Seguí
- 2 María Dolores Pérez Enciso
- 3 Celia Viñas
- 4 Josefina López López-Gay

Cá

- 5 María Gertrudis Hore Ley
- 6 María del Rosario Cepeda y Mayo
- 7 Francisca Javiera Ruiz de Larrea y Aherán
- 8 M^a Josefa Fernández de Rábago, Marquesa de Casa Rábago
- 9 Victoria Martín Barhié
- 10 Cecilia Böhl de Faber
- 11 Josefa Zapata Cárdenas y Margarita Pérez de Celis y Torrbanh
- 12 Mercedes Formica

Có

- 13 Wallada bint al-Mustakfi
- 14 Leonor López de Córdoba
- 15 Beatriz Enríquez de Arana
- 16 Concha Lagos
- 17 Manuela Díaz Cabezas
- 18 Josefina Molina
- 19 Juana Castro

Gr

- 20 Hafsa bint al-Hayy al-Rakuniyya
- 21 Aixa
- 22 Catalina de Mendoza
- 23 Mariana Pineda Muñoz
- 24 Eugenia de Montijo
- 25 Berta Wilhelmi
- 26 Joaquina Eguaras Ibáñez
- 27 Matilde Cantos Fernández

Hu

- 28 Sor María de la Santísima Trinidad
- 29 Amalia Carvia Bernal
- 30 Casilda Antón del Olmet
- 31 Dolores Parrales «La Parrala»
- 32 Elena M. Whishaw
- 33 Zenobia Camprubí Aymar

Jn

- 34 Helvia
- 35 Mariana de Carvajal y Saavedra
- 36 Rosa Butler y Mendieta
- 37 Josefa Moreno y Nartos
- 38 Patrocinio de Biedma y la Moneda
- 39 M^a del Pilar Contreras y Alba de Rodríguez
- 40 Josefa Segovia Morón
- 41 Carmen Linares

Má

- 42 Cristobalina Fernández de Alarcón
- 43 María Rosa Gálvez de Cabrera
- 44 Amalia Heredia Livermore
- 45 Suceso Luengo de la Figuera
- 46 Isabel Oyarzábal Smith
- 47 Victoria Kent Siano
- 48 María Zambrano Alarcón
- 49 Amparo Rvz de Lvna

Se

- 50 Domicia Paulina
- 51 Brunekhilda
- 52 Princesa Zaida
- 53 Ana Caro
- 54 Luisa Roldán
- 55 Ángeles López de Ayala Molero
- 56 Blanca de los Ríos Nostench
- 57 María Laffitte

1

Carmen de Burgos Seguí [1867-1932]

Escritora, periodista y pedagoga. Bautizada en la Iglesia Parroquial de San Pedro (Almería) con los nombres de María del Carmen, Ramona y Loreta, nació al amanecer del día 10 de diciembre de 1867 -algunos autores sitúan la efeméride en 1873 o 1876- en Rodalquívir, municipio de la citada provincia. Era hija de José Burgos Cañizares, propietario, y Vicecónsul de Portugal en Almería, y de Nicasia Seguí Nieto. Se casó muy joven, «en contra de la voluntad de su padre», a los dieciséis años, con Arturo Álvarez, hijo del gobernador de Almería, instalándose en aquella capital. Allí, por primera vez, entra en contacto con el mundo gráfico colaborando en la *Almería Bufo*. Problemas matrimoniales y la muerte de su hijo (de los tres que tuvo sólo sobrevivió su hija Maruja), la llevaron a Madrid abandonando el domicilio conyugal. Así describe estos primeros momentos su compañero sentimental el escritor Ramón Gómez de la Serna: «Carmen vino a Madrid a rehacer su vida, sin recursos, con su hija en brazos (...) Carmen, con su sombrerito triste y con su hija siempre en brazos» y «en medio del escándalo provinciano».

Tras el divorcio, decidió estudiar magisterio, como alumna libre, al mismo tiempo que se iniciaba en el articulismo. Según datos oficiales ingresó en la Escuela Normal de Maestras de Guadalajara en 1901. En 1905 consiguió una beca para ampliación de Estudios en el extranjero y en 1907 fue comisionada para desempeñar la Cátedra de Economía Doméstica en la Escuela de Artes e Industrias de Madrid. Ese mismo año se traslada a la Escuela Normal Superior de Maestras de Toledo (sus biógrafos coinciden en que fue un castigo impuesto a causa de un artículo publicado en el Heraldo de Madrid que no gustó a la autoridad académica). Allí «sobrevivió» hasta 1909, que se trasladó a Madrid como auxiliar de la Sección de Letras en la Escuela Normal Central de Maestras, al mismo tiempo que desempeña la Cátedra de Economía Doméstica en la Escuela Superior de Artes Industriales e Industrias.

En 1911 fue nombrada profesora especial de la Escuela de Artes y Oficios de Madrid. Fue también profesora de sordomudos y ciegos, en la que ejerció hasta su muerte. Como apuntamos, su faceta como pedagoga siempre se vinculó con su actividad como escritora y periodista. Su producción literaria y articulista es numerosísima y abarca un amplio temario: desde belleza y economía doméstica hasta política. En este campo Carmen de Burgos luchó siempre por los principios republicanos, la inserción de la mujer en la vida pública y el sufragio, y con este fin fundó

en 1920 la Cruzada de las Mujeres Españolas, a imagen de la creada en Portugal por su gran amiga, la dirigente feminista Ana de Castro. Cerebro intelectualmente inquieto, en 1908 había fundado la Alianza Hispano Israelita, publicando en su órgano de difusión la *Revista Crítica*. Su trabajo como colaboradora lo desarrolló, entre otras, en las siguientes publicaciones: *La España Artística*, *La Educación*, *Album Ibero-Americano*, *La Correspondencia de España*, *El País*, *ABC*, *Feminal*, *La Alhambra*, *El Liberal*, *Tribuna Pedagógica*, *Por esos mundos*, *La Esfera*, *El Turbión*. Fue redactora de *El Heraldo* y *El Nuevo Mundo* de Madrid. Fue miembro activo de la Asociación de la Prensa y de la Sociedad de Escritores y Artistas, Ateneo, Protección de la Infancia y «otras sociedades científico literarias». Fue también la primera mujer corresponsal de guerra en España. Por lo que se refiere a su conciencia feminista ésta se fue desarrollando y evolucionando paulatinamente. En un principio, sus reivindicaciones se basaron fundamentalmente en la defensa del derecho a la educación, y al papel fundamental de la mujer como madre. No obstante acabaría defendiendo, con la pasión que siempre la caracterizó, el papel de las mujeres en la vida pública. Esta misma evolución puede aplicarse al tema del sufragio, pues si en un primer momento tuvo ciertas dudas respecto a la conveniencia de hacerlo extensivo a «todas» las mujeres españolas, su implicación posterior con el republicanismo y las ideas socialistas hicieron de ella una de las mayores defensoras del sufragio universal.

El día 9 de octubre de 1932 fallecía en Madrid, cuando participaba en una reunión política del Círculo Radical Socialista. Su último aliento fue para vitorear a la República. Su amiga Dolores Cebrían, esposa de Julián Besteiro y compañera de Carmen en la Normal de Toledo, lo comunicaba oficialmente al Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Al otro lado de la frontera, la revista portuguesa *Portugal Feminino*, con la que colaboró en vida, también ofrecía su tributo a la feminista española insertando la necrológica (elaborada por su amiga Ana de Castro Osorio) en su «Página Feminista»: «Carmen de Burgos, la gran escritora española que el 9 de octubre murió heroicamente en plena actividad de acción liberadora, es un valor mundial que todas las mujeres deben respetar (...) Amaba sus ideales más que a su propia vida... Y quien sabe si su gran y heroico sacrificio quedará aún largos años desconocido e inútil para la sociedad y, principalmente, entre las mujeres, al progreso de las cuales se sacrificó».

Bibliografía

CASTRO OSORIO, A.: «Carmen de Burgos», en *Portugal Feminino*, nº 9, p. 13, Lisboa, 1932.

BALLESTEROS GARCÍA, R. M^o. *El movimiento feminista portugués. Del despertar republicano a la exclusión salazarista (1909-1947)*. X Premio de Investigación «Victoria Kent» (ex aequo). Málaga, Servicio de Publicaciones Universidad (en prensa).

ESTABLIER PÉREZ, H. «Carmen de Burgos Seguí: Colombine. Historia de un compromiso», en M^o José Jiménez Tomé (coord.), *Premio de divulgación feminista Carmen de Burgos (1993-2000)*, Málaga, 2000.

STARCEVIC, E. *Carmen de Burgos defensora de la mujer*, Almería, Julio, 1976.

2

AL

María Dolores Pérez Enciso [1908-1949]

Maestra, escritora, periodista y política republicana. Había nacido en Almería el 31 de marzo y fue la primogénita de tres hermanos (Francisco, muerto muy niño, y Guillermo) de Francisco Pérez Castro y de Dolores Enciso Amar. La familia se trasladó siendo ella niña a Barcelona, destino de trabajo de su padre, aunque por enfermedad de éste regresan de nuevo a la casa familiar almeriense. Viuda la madre, abre una tienda de quincalla para sostener a la familia. En 1923, con quince años, María comienza su carrera de Magisterio en Almería, aunque poco después se traslada a Barcelona para cursar la carrera que concluyó en 1927. Estuvo vinculada a la Residencia de Estudiantes de Ríos Rosas, en el barrio de San Gervasio de la Ciudad Condal. En palabras de Antonina Rodrigo: «un lugar apacible, con una valiosa biblioteca; en el buen tiempo, las tertulias se celebraban en el jardín junto al verdor y rumor del agua». En aquel lugar, antes de finalizar sus estudios, tuvo la oportunidad de conocer a la gran poetisa chilena Gabriela Mistral. Allí coincidió también con gran parte de la intelectualidad barcelonesa, y los visitantes extranjeros que por allí pasaban: Pierre Vilar, Gaillard... Allí, continúa Rodrigo, «se formó culturalmente María Enciso y se acrisoló su compromiso ético, con honda inquietud social, dedicada a la enseñanza en las Escuelas Públicas de la Generalitat».

Muy joven aún, se casó con Francisco del Olmo y tuvo una hija: Rosa del Olmo Pérez. Sin embargo, el matrimonio fracasó y en 1932 se divorciaron. Poco después se uniría sentimentalmente con Ramón Costa, izquierdista catalán. María también había iniciado su compromiso militante con el Partido Comunista de tal forma que durante la Guerra civil actuó como Delegada de la República supervisando el acomodo de los hijos de los republicanos en Bélgica. Finalizada la guerra española, comienza otro nuevo horror: las tropas nazis invaden Europa y Dolores regresa a Francia; de allí a Liverpool camino de un exilio que no tendrá billete de vuelta. Dolores se exilia con su hija en Colombia. Allí trabajó como periodista para ganarse la vida, aunque siguió cultivando la literatura. Fue redactora del semanario *Sábado*, colaborando también con *El Tiempo* y la *Revista de las Indias* de la capital colombiana. En 1945 viajó a Cuba, residiendo los tres meses que pasaron en La Habana ella y su hija en una residencia regentada por un matrimonio español exiliado (Eduardo Ortega y Gasset y Adela, su mujer). Allí colaboró con *El Diario de la Marina* y de allí pasaron a México. De nuevo comienza su trabajo

literario compaginándolo con trabajos de periodismo «rosa» (colaborando con la revista popular *Paquita del Jueves*). También colaboró con el revolucionario *El Nacional*, en el suplemento semanal. Durante su estancia en México se produjo el reencuentro con su amiga Mercedes Rull, de origen almeriense como ella, a quien había conocido en La Habana. De ella recogió el testimonio Antonina Rodrigo para elaborar la biografía de Dolores Enciso. Ella la asistió hasta su muerte y de ella hace este retrato psicológico: «(...) era una persona extraordinaria, servicial, que ayudaba a todo el que podía». Según la amiga, Dolores vivió su exilio siempre con la nostalgia por su país, por su madre que quedó sola en Almería. Su hermano Francisco había podido salir del campo de concentración francés gracias a su ayuda y emigró como ella a América. En 1949 ejerció como catedrático de Filosofía en Caracas (Venezuela). María murió tras una operación de apendicitis. Fue enterrada en el Panteón Español, de México. Dejó una hija de trece años.

En su obra literaria Dolores deja traslucir su reivindicación de la libertad y su interés por mantener viva la memoria histórica. Entre sus obras: *Europa fugitiva. Treinta estampas de la guerra* (1941); *Un recuerdo del horror con unas palabras e Isabelle Blume*; *Cristal de las horas* (1942), libro de poema dedicado a su madre y a España; *De mar a Mar* (1946), publicado por Manuel Altolaguirre; *Raíz al viento* (1947).

Bibliografía

MEDINA, A. *María Enciso, escritora almeriense del exilio, estudio y antología*. Servicio de Publicaciones de la Diputación de Almería, 1987.

RODRIGO, A. *Mujer y exilio, 1939* (Pról. de M. Vázquez Montalbán), Compañía Literaria, Madrid, 1999.

3

Celia Viñas [1915-1954]

Catedrática de Lengua y Literatura, escritora y poeta. Muy vinculada a la ciudad de Almería por su docencia. Catalana de nacimiento, había nacido en Palamós el día 16 de junio de 1915, aunque su infancia y su adolescencia transcurren en la isla de Mallorca. En la Facultad de Filosofía y Letras de Barcelona cursa sus estudios superiores y allí toma contacto con una actividad con la que siempre estaría vinculada: el teatro. Durante sus años de estudiante participó activamente en todos los foros en los que la poesía y la literatura están presentes. Tras licenciarse trabajó como becaria en el C.S.I.C. y asistió a cursos en el Instituto Italiano de Cultura.

En el año 1943 consigue su Cátedra de Lengua y Literatura española con el número uno. Su destino es Almería, ciudad que ya no abandonará hasta su prematura muerte en 1954. Siendo profesora en dicha ciudad comienza a colaborar con una de sus alumnas, Tadea Fuentes, quien después estudiaría en la Universidad de Granada Filosofía y Letras, como Celia. Como apuntamos al principio, el amor por el teatro lo llevó Celia como una segunda piel. Maestra y alumna trabajaron juntas en varios proyectos: leyeron textos de autores dramáticos contemporáneos y representaron varias piezas teatrales. Nos referiremos a una pieza en particular, elaborada por ambas, que titularon *Plaza de la Virgen del Mar*, acabada en 1949 y representada por ambas en el teatro Apolo de Almería, el 24 de abril del mismo año. Era una comedia de títeres y hombres en tres actos cuya acción se desarrollaba en la plaza de una pequeña ciudad (de ahí el título). La autora recrea la plaza pueblerina, «un rincón del tiempo parado como un reloj», como afirman sus protagonistas, y la convierte en un micromundo en el que se adivinan ciertos aires de existencialismo en algunos de sus personajes (entre los que se encuentra un personaje femenino encarnado en una profesora de instituto).

En el estilo descriptivo, Celia se anticipó al tipo de escritura que utilizará Celia, por ejemplo, al escribir *La Colmena*. Celia comparó el éxito de esta obra con las *Bodas de Sangre* del granadino Federico García Lorca. No tuvo menos elogios para con Tadea a la que comparó con Margarita Xirgú.

Con sus alumnos del Instituto de Almería montó varias piezas del teatro clásico español, y también de autores extranjeros, como O'Neill y Baty. Pero su actividad intelectual no se queda en las tablas. También escribe y publica libros de poemas: →

Trigo del corazón, publicado en 1943, *Palabra sin voz*, publicada diez años después. Ese mismo año, rememorando sus orígenes catalanes, escribe el poemario *Del foc y la cendra*, en catalán. La producción de la autora, a partir de esas fechas, está inspirada por la espiritualidad y, en algunas ocasiones, religiosa. Sus artículos sobre literatura fueron publicados en diversas revistas. Murió en Almería el 21 de junio de 1954. No había cumplido aún cuarenta años. Dejó dos novelas inéditas.

Bibliografía

CASANOVA, A. *Vida y obra de Celia Viñas*, Madrid, 1955.

MEDINA, A. «Celia Viñas y el teatro», en VIÑAS, Celia, *Plaza de la Virgen del Mar*, Almería, 1974.

VV.AA. *Autoras en la Historia del Teatro Español 1500-1994*, (Juan Antonio Hormigón, dir.), vol. II, Madrid, 1997.

VV.AA. *Homenaje a Celia Viñas*. Librería Editorial Cajal, Almería, 1974.

4

Josefina López López-Gay [1949-2000]

Nacida en Almería el 11 de marzo de 1949, Pina López-Gay -como popularmente se le conocía-, era la mayor de cinco hermanos del matrimonio formado por Mario López y Josefa López-Gay. La vida de Pina estuvo vinculada estrechamente a Sevilla, ciudad a la que se trasladó siendo muy joven. Su padre, abogado de profesión, fue secretario del Gobierno Civil de la Provincia. En el Instituto Murillo de la capital hispalense estudió el bachillerato para, en junio de 1970, realizar las Pruebas de Madurez del Curso Preuniversitario, matriculándose en el año académico de 1970-1971 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla. Pronto se convertiría en un claro referente de la rebeldía juvenil propia de los sesenta y setenta, partiendo de un origen social y familiar acomodado.

Hasta 1970 carece de actividad política alguna, pero el contacto directo con el mundo estudiantil universitario, altamente politizado, marcará de manera definitiva su concepción abiertamente antifranquista y su compromiso con los sectores situados más a la izquierda, de manera que pronto participa en las Juventudes Universitarias Revolucionarias (JUR), dependientes del Partido Comunista de España (Internacional) -PCE (I)-, organización de tendencia maoísta. Estuvo implicada en las movilizaciones estudiantiles acaecidas en Sevilla durante el curso académico 1971-1972, donde compartió experiencias reivindicativas con algunos políticos de relieve durante la transición y la democracia, y su propia hermana, María del Mar. En 1973 ingresaría en la recién nacida Joven Guardia Roja (JGR), que venía a sustituir a las JUR. En 1975 llegó a ser delegada de Facultad en Filosofía y Letras, cargo desde el que ejercerá cierta presión política sobre las caducas estructuras universitarias del momento; además, fue elegida representante nacional en la Reunión General de Universidades.

En 1974 alcanza la secretaría general de la JGR en Andalucía, dos años después es nombrada secretaria de organización, a nivel nacional, y poco después fue elegida secretaria general de la JGR, cargo en el que es ratificada en 1978. En 1979 ocuparía un puesto en el comité ejecutivo federal y en el comité central del Partido del Trabajo de España (PTE) (nombre adoptado por el PCE (I) en febrero de 1975), con el que se presenta a las elecciones generales al Congreso —con el número dos por Madrid— en representación de la JGR, sin llegar a obtener escaño. Por estas fechas emprende contactos internacionales en representación del PTE (Cuba, Irak, etc.) y de la propia JGR (Congresos del Polisario, Juventudes

del Congo, Festival Mundial de la Juventud, etc.). Debido a su intensa actividad pública (política, artículos en prensa, etc.), fue objeto de una nueva agresión física (la primera fue durante su actividad antifranquista en la Universidad) a manos de un grupo de ultraderechistas, unos días antes de la convocatoria electoral del 1 de marzo de 1979. Para la historia de la transición política queda la imagen de Pina ejerciendo su derecho al voto en Sevilla con el rostro magullado. Todavía dos años después, al poco del fallido golpe de estado de Tejero, debió sufrir en sus carnes un nuevo ataque personal de un grupo ultra, en esta ocasión con un extraño secuestro prolongado durante unas horas.

En 1980, tras el intento de reorganización de la izquierda radical con la fusión de la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT) y el PTE, de donde nació el Partido de los Trabajadores (PT), dimite de su cargo en el partido y en la JGR, abandonando así la militancia política activa. A partir de estos momentos se produce una moderación en su pensamiento político, renunciando a las consignas revolucionarias y aproximándose al Partido Socialista Obrero Español (PSOE), en el que nunca llegó a afiliarse. En 1983 contrae matrimonio civil con el empresario Ignacio García de Cortázar, con quien tendrá una hija.

En 1985 se le encomienda la vicepresidencia de la Comisión del V Centenario, base sobre la que se organizará la Exposición Universal de 1992; para ello trabajó desde la Asociación Española de Cooperación Internacional. Su formación americana (fue especialista en la historia de la conquista de México) y en Antropología facilitó sobremanera el desarrollo de esta nueva tarea, imprimiéndole un carácter muy personal a todas las iniciativas en las que participa, entre las que destacan el impulso del Instituto Cervantes, la Casa de América o la Cumbre de Jefes de Estado Iberoamericanos de Sevilla-92.

Después de una larga estancia en Madrid, regresa a Sevilla, desvinculándose definitivamente de actividades relacionadas con la política. Tras la celebración de la Expo 92, Pina López-Gay decide dejar de lado todo proyecto político o empresarial, dedicándose a su vida familiar de forma exclusiva hasta que fallece el 7 de agosto de 2000 en la ciudad hispalense, reposando sus restos en cementerio de San Fernando.

Bibliografía

Archivo Histórico de la Universidad de Sevilla.

SÁNCHEZ, Á. *Quién es quien en la democracia española. 20 años nombre a nombre*, Barcelona, Flor del Viento Ediciones, 1985.

VV.AA. *Gran Enciclopedia de Andalucía*, Sevilla, Tartessos-Promociones Culturales Andaluzas, 1979-1980. Voz: López-Gay, Pina.

María Gertrudis Hore Ley [1742-1801]

Poetisa gaditana cuyo recuerdo se nos revela bajo un perfil biográfico que se despliega entre la oscuridad y la leyenda. Nacida en el Cádiz abigarrado y cosmopolita del Setecientos, en el seno de una familia irlandesa establecida en Cádiz, con dedicación a la actividad comercial, vio la luz en la década en que la ciudad se preparaba para su fase de mayor expansión y actividad en el tráfico de personas y mercancías con la América Hispana. Como si esto fuera una premonición, a pesar de que sus padres, Miguel Hore y María Ley, la bautizaron con los nombres de María, Gertrudis, Catalina, Margarita, Josefa y Sabad, sus contemporáneos la conocerían con el sobrenombre de «La Hija del Sol», con el que ella reconoció la autoría de sus poemas.

Aunque se desconoce la formación que Gertrudis Hore recibió, podemos imaginarla cultivando su inteligencia con las típicas disciplinas «de adorno» con las que, por entonces, las familias pudientes formaban a sus hijas -música, lenguas extranjeras, baile y religión-, y sí parece que pronto empezó a brillar en los círculos sociales que frecuentaba, además de por su belleza, por su talento, una afición constante por la lectura y una gran facilidad para versificar. De hecho Cambiasso y Verdes en sus *Memorias* la hace asidua de círculos literarios e intelectuales de Madrid, ciudad que visitó en varias ocasiones a lo largo de la década de los setenta, y de la tertulia gaditana del científico Jorge Juan. Por entonces los salones literarios se abrían para las mujeres; en ellos, bien a título de invitadas o de anfitrionas, hallaron la posibilidad de conversar y discutir con los hombres, de igual a igual, de las más variadas disciplinas y saberes. Éste debió ser el caso de Gertrudis Hore.

Había contraído matrimonio -según la partida de casamiento fue un matrimonio secreto, con dispensa de amonestaciones, algo que no era infrecuente entre los comerciantes de la ciudad- con Esteban Fleming, natural de El Puerto de Santa María, donde fijará el matrimonio su residencia. Cuando se casa, en agosto de 1762, Gertrudis aún no ha cumplido los veinte años y dieciseis años después, con 35 años, entra en el convento de religiosas concepcionistas de Santa María en Cádiz, donde profesará y permanecerá hasta su muerte escribiendo poemas y guardando clausura.

Las razones por las que Gertrudis Hore abandona el siglo y decide hacerse monja son desconocidas. En la licencia que otorga su marido para que pueda tomar

hábito, éste declara únicamente que «desea cooperar a la satisfacción espiritual» de su mujer. Por otra parte, en los interrogatorios previos a la toma de hábito y profesión, a las preguntas que el obispo fray Juan Bautista Cervera dirige a la propia Gertrudis para conocer su grado de libertad en la decisión, ella contesta que no ha sido obligada ni inducida a entrar en religión, y que con ello sólo cumple su deseo de ser religiosa. Las historias que circularon entre sus contemporáneos, sin embargo, hablaban de un adulterio y de un arrepentimiento, y estos rumores fueron recogidos por Cecilia Böhl de Faber en su cuento «La Hija del Sol», asegurando que la historia era verídica.

Según esta famosa historia, la Hija del Sol, conocida así por su belleza y sus innumerables atractivos, es enviada a la Isla de León a pasar una temporada mientras su marido se ausenta en un viaje de negocios a América. En la Isla se enamora de un brigadier de los guardias marinas y, a punto de convertirlo en su amante, anticipa en un sueño premonitorio el castigo que les espera -la muerte del amado- si mantienen la relación ilícita. Arrepentida, cuenta la verdad a su marido y decide, con su autorización, entrar en un convento. Cuánto de verdad o de leyenda hay en la misma es algo que, con los datos que poseemos, es imposible dilucidar.

Su actividad como poetisa continúa en el convento. De hecho publicó numerosas poesías, entre 1786 y 1796, en periódicos de ámbito nacional como el *Correo de Madrid*, *Diario de Madrid*, *Semanario erudito y curioso de Salamanca*, y *Diario de Barcelona*, entre otros. Aunque es difícil valorar su obra, a falta de ediciones críticas sobre la misma, sí se descubre en ella la marcada presencia de una interioridad subjetiva de profundas emociones, pues aunque cultivó la poesía de circunstancias propia del siglo, su producción también está dirigida por su propia experiencia vital en la que no falta el desengaño, la soledad y la tristeza.

Bibliografía

SERRANO Y SANZ, M.: *Apuntes para una biblioteca de Escritoras Españolas*. Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1975, tomo CCLXIX, pp. 523-532.

SULLIVAN, C. A.: «Dinos, dinos quien eres: the poetic identity of María Gertrudis Hore (1742-1801)», en Hafter Monroe (ed.), *Pen and Puke: Spanish literature of the Eighteenth Century*, *Michigan Romance Studies*, XII, 1992, pp.153-183.

EJERCICIO LITERARIO,

QUE PRESENTA AL PÚBLICO

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL ROSARIO CEPEDA,

HIJA DE LOS SEÑORES

6

Cá

María del Rosario Cepeda y Mayo [1756-1816]

Colaboradora en la prensa gaditana, socia de Honor y Mérito de la Junta de Damas de la Real Sociedad Económica Matritense, de la que fue su secretaria, y también de numerosas sociedades culturales de su tiempo; fue regidora honoraria de la ciudad de Cádiz. Rosario Cepeda debe su fama al eco que entre sus contemporáneos tuvo el resultado del examen público al que fue sometida cuando contaba con 12 años. Nacida en un siglo que en España, apenas se abre, inicia el debate sobre las capacidades intelectuales de las mujeres con la intervención en *Defensa de las Mujeres* del abate Feijoo y se cierra, igualmente, con el *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres* que Josefa Amar publica en 1790, no es de extrañar que la demostración de la capacidad de una niña, para aprender disciplinas y materias científicas diversas, fuera recibida por sus contemporáneos con admiración e, incluso, que su saber se exhibiera como si de una rareza se tratara. También era frecuente que el acceso de las mujeres a la formación intelectual fuera minoritario y privativo de una aristocracia de sangre o de dinero.

Así fue con Rosario Cepeda, hija de Francisco Cepeda, caballero de la orden de Calatrava, alguacil mayor de la Inquisición y regidor perpetuo de Cádiz y de Isabel Mayo, que bajo la tutela de su preceptor Juan Antonio González Cañaveras fue preparada durante un año en diversas materias. Durante tres días de septiembre de 1768 fue examinada de Geografía, Gramática castellana y latina, Historia, Geometría y Francés en una sesión pública. Un contemporáneo suyo, Juan Bautista Cubié, termina con ella su obra *Las mujeres vindicadas*, publicada en el mismo año de 1768 y cuenta que Rosario Cepeda disertó en griego, latín, italiano, francés y castellano, contestando a cuantas preguntas sobre las gramáticas respectivas se le hacían y a más de 300 cuestiones sobre Historia. También, afirma Cubié, recitó una Oda de Anacreonte, tradujo una fábula de Esopo y explicó los Elementos de Euclides, suscitando la admiración de cuantas personas presenciaron estas pruebas. El cabildo gaditano acordó editar un folleto conmemorativo y otorgarle, por los días de su vida, los emolumentos correspondientes a un regidor de la ciudad.

La actividad intelectual de Rosario Cepeda, sin embargo, no es la de una creadora sino más bien la de una mujer ilustrada, que está presente en los foros culturales de su tiempo y que en ellos goza de cierto protagonismo. Como otras mujeres de su entorno social, junto a la formación exigida para una dama de sociedad -música, baile y labores de aguja- pudo acceder a conocimientos más amplios en lenguas

clásicas y modernas, historia y geometría, pero éstos no modificaron sus funciones que fueron las de un ama de casa instruida con una vida cultural activa.

Su matrimonio con el general Gorostiza la llevó a residir en Madrid, donde desarrollaría una labor continuada en la Junta de Damas. Murió el 16 de octubre de 1816.

Bibliografía

SERRANO Y SANZ, M., *Apuntes para una biblioteca de Escritoras Españolas*. Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1975, Tomo CCLXVIII, p. 268.

CUBIÉ, J. B., *Las mugeres vindicadas de las calumnias de los hombres. Con un catálogo de las Españolas que más se han distinguido en Ciencias y Armas*. Madrid, Imprenta Antonio Pérez de Soto, 1768, pp. 137-138.

Francisca Javiera Ruiz de Larrea y Aherán [1775-1838]

Es habitual que la memoria histórica hurte del recuerdo la existencia de las mujeres. En el caso de Frasquita Larrea, el agravio que la excluye de los anales se ha visto reforzado por el hecho de ser madre de un personaje de gran relevancia, la escritora y novelista romántica, Cecilia Böhl, más conocida como Fernán Caballero.

Frasquita, nació en Cádiz, en el seno de una familia acomodada, en el año 1775. Hija única de una familia con recursos, en una ciudad que se vanagloriaba de ser la más cosmopolita de la nación, Frasquita tuvo una educación esmerada, circunscrita, eso sí, al dogmatismo católico más férreo, que completó con viajes a Inglaterra y a Francia, aprendiendo a usar sus lenguas con soltura.

A la edad de veinte años contrae matrimonio con el joven hamburgués, Juan Nicolás Böhl de Faber, de religión protestante y representante de los negocios familiares en la ciudad. La pareja se instala por un tiempo junto al lago Léman, en el cantón de Berna, lugar donde nacería su primogénita, Cecilia.

De vuelta a España, los siguientes años se repartirán entre estancias en Cádiz, a la que animan culturalmente abriendo sus primeras tertulias. En 1805, el matrimonio realiza su segundo viaje a Alemania, allí se desvela las primeras desavenencias conyugales. Frasquita vuelve sola a España, de modo que la trágica experiencia de la Guerra de la Independencia la atravesaría sola con dos de sus hijas en su casa de Chiclana.

En todo este tiempo turbulento, Frasquita no pierde el tiempo ni el afán por saber. Gracias al epistolario que mantiene con su marido conocemos sus inclinaciones literarias y las amistades que cultivó. Sabemos que le gustaba leer a Shakespeare, que conocía el pensamiento de Kant y Descartes, las obras de Madame Staël y que mantenía como lectura de cabecera las obras de Mary Wollstonecraft. De hecho, esta afición por la escritora feminista inglesa, autora de las *Vindication of the right of women*, le hizo mantener más de un enfrentamiento con su marido.

Durante la ocupación francesa mantuvo relaciones de amistad con el general francés Villate; posiblemente gracias a él, conseguiría trasladarse a Cádiz en 1811, permaneciendo en la ciudad el tiempo justo para que, organizada su tertulia, ésta pasara, según testimonio de Alcalá Galiano, a representar el círculo de reunión servil de la ciudad, frente a la jerezana Margarita de Morla y Virués que acogería

el activismo liberal dentro de su propia tertulia. A finales de diciembre de ese año sale del país logrando reunirse con su familia en Alemania, su tercero y último viaje a esa tierra.

De nuevo en Cádiz reanudan una actividad cultural que dará fama al matrimonio y les reportará el mérito de introducir el movimiento romántico en el país. De este tiempo es el cambio de correspondencia con el filósofo Schlegel y el escritor Blanco White. Desde el punto de vista político, Frasquita, se manifiesta acérrima defensora de la monarquía absolutista de Fernando VII y escritos suyos le acarrearán problemas con la censura. Integrados en los círculos de la burguesía local, pertenecen a la Real Sociedad de Amigos del País y a la Junta de Damas, respectivamente, desde su fundación. Es la época en la que Frasquita participa activamente, junto a su marido, en la llamada polémica calderoniana, que denota, igualmente, la adscripción al romanticismo conservador del matrimonio. En la dialéctica abierta, Frasquita, que firma con el pseudónimo que ya antes había utilizado de «Cymodocea», mantiene enfrentamientos con su antiguo amigo José Joaquín de Mora y con el propio Alcalá Galiano.

La familia en esos años atraviesa una difícil situación económica que solventarán con un empleo que les llevará a trasladar su residencia a El Puerto de Santa María en 1822. Frasquita se dedica a traducir y a animar a una joven Cecilia indecisa en su labor como escritora. Como solían hacer las damas de aquella época, aprovechó algunas ocasiones para viajar por los pueblos de la provincia. La epidemia de fiebre amarilla desatada en 1819 le llevaría a realizar una estancia en Arcos de la Frontera. Más tarde recorre la zona de Arcos y Bornos. De estos viajes nos queda su testimonio escrito para penetrar en los detalles de la naturaleza y el paisaje del entorno y su capacidad para describir tipos populares, afición, que sin duda trasladó al folklorismo que cultivara su hija Cecilia. Muere en El Puerto de Santa María en 1838.

Frasquita Larrea, se nos muestra como una mujer decidida, fuerte e independiente, rasgos de su carácter que posiblemente la acercaran a la obra de Wollstonecraft, defendiendo la capacidad del entendimiento femenino. Su obra escrita, no muy extensa, se vierte en su obra epistolar y en una novela como *Ella* que representa a la Frasquita más Roussoniana. Otros escritos, generalmente de carácter autógrafa, recopilan sus experiencias en viajes y opiniones literarias y políticas. Su capacidad como traductora queda también ampliamente demostrada, llevando al castellano el *Manfred* de Lord Byron o el *Viaje por Suecia, Noruega y Dinamarca* de la propia Mary Wollstonecraft, entre otros autores.

Bibliografía

FERNÁNDEZ POZA, M., «Francisca Larrea y Aherán: en torno a los orígenes del romanticismo y el feminismo en España, 1790-1914», en Segura, Cristina y Nielfa, Gloria, (eds.), *Entre la marginación y el desarrollo: mujeres y hombres en la historia. Homenaje a María Carmen García-Nieto*, Madrid, Ediciones del Orto, 1996, pp.129-143.

OROZCO ACUAVIVA, A., *La gaditana Frasquita Larrea, primera romántica española*, Cádiz, Sexta, 1977.

RIEVIÈRE GÓMEZ, A., «Ruiz de Larrea y Aherán, Francisca Javiara», en Martínez, Cándida, Pastor, Reyna, de la Pascua, M^o José y Tavera, Susana, *Mujeres en la Historia de España. Enciclopedia biográfica*, Barcelona, Planeta, 2000, pp. 336-339.

ESTATUTOS

DE LA SOCIEDAD DE

SEÑORAS

ESTABLECIDA EN ESTA CIUDAD DE

8

CADIZ

Cá

**M^a Josefa Fernández de Rábago,
Marquesa de Casa Rábago**

[1775-1861]

Las mujeres comprobaron muy pronto que, en la sociedad de ciudadanos, la *res publica* se configuraba como un asunto entre varones y que, para garantizar el orden social, la mujer debía permanecer en el ámbito privado siendo guardiana moral de la familia. Sin embargo, las mujeres no permanecieron impasibles ante este reducido margen de actuación y reclamaron para sí los derechos que amparaban a los hombres. No fue fácil el reconocimiento de tales derechos y, algunas mujeres, no resignándose a la invisibilidad de lo doméstico, hicieron uso de los márgenes que les otorgaban para acotar espacios públicos de poder e influencia. Este es el caso de M^a Josefa Fernández de Rábago O'rian, titular del marquesado de Casa-Rábago, que fue presidenta de la Junta de Damas de la Sociedad Económica de Amigos del País de Cádiz, desde su fundación hasta la fecha de su muerte, ejerciendo una importante labor filantrópica en favor de las niñas y niños sin recursos de la ciudad.

Habrà que recordar que el acceso de las mujeres a las sociedades económicas no estuvo, en su día, exento de polémica, aunque la Sociedad gaditana había asumido, desde el principio, la posibilidad de crear una clase de damas en su seno de forma que, definitivamente constituida la matriz masculina en 1814, se iniciaron, seguidamente, los trabajos preparatorios para constituir la sección de mujeres.

Pero para no adelantar acontecimientos comencemos diciendo que M^a Josefa Fernández de Rábago, había nacido en la ciudad de Cádiz en el año de 1775. Era hija de Francisco Fernández de Rábago y de Mariana O'rian, natural de la isla de Mahón. Nada sabemos de sus años iniciales de vida, sí conocemos que fue la única hija que sobrevivió del matrimonio y que, por tanto, estaba destinada a heredar un nombre y una relativa fortuna, consistente en patrimonio inmobiliario urbano. A los veinte años, el 2 de diciembre de 1795, en la villa de Chiclana, contrae matrimonio con el coronel de infantería, Antonio de Artecona Salazar, caballero de la orden de Santiago y de la militar de San Hermenegildo.

En tiempos de la Guerra de la Independencia ni ella ni su madre se van a sus- traer a la llamada patriótica del momento e intervendrán creando, junto a otras compañeras, la *Junta de Señoras de Fernando VII*. La sociedad funcionaría cuatro años y en sus manos quedarían reservados trabajos de intendencia tales como procurar vestimenta a los soldados. Terminada la guerra, Fernando VII disolvía

la asociación, al mismo tiempo que se mostraba agradecido y recompensaba la entrega de estas mujeres.

Corre el año 1817, y los integrantes de la Sociedad Económica gaditana comienzan los trabajos preparatorios para constituir la filial femenina y, de nuevo, los nombres de madre e hija aparecen desde los primeros intentos de constitución. La empresa no llegó a buen término, posiblemente, por los estragos que causaría una epidemia de fiebre amarilla desatada en la ciudad; las marquesas de Casa Rábago fueron de las pocas que se quedaron y contribuyeron a suavizar las desgracias de las enfermas internadas en el Hospital de Mujeres, contribuyendo a salvar las vidas de algunas de aquéllas.

En 1826, en un segundo intento, se constituye la Clase de Damas de la Sociedad siendo presidenta nuestra protagonista, nueva marquesa, recién fallecida su madre. Desde el comienzo y hasta su desaparición, M^a Josefa contó con el apoyo incondicional del resto de las damas que la reeligieron para el cargo que ocupaba. Su ámbito de actuación fue la educación de las niñas pobres y el cuidado de los expósitos de la ciudad. En 1827 la Sociedad creaba un centro de instrucción femenina. La escuela tuvo un éxito inmediato al superar las matrículas previstas, de modo que tuvo que trasladarse a un local más amplio. Posteriormente el ayuntamiento creará tres centros más de instrucción femenina y dos de párvulos que coloca inmediatamente bajo la tutela de las señoras. M^a Josefa se ocupó con inusitado empeño en la supervisión de la educación de las niñas, hasta el punto que públicamente se hacía honor a su dedicación y desvelo.

No todo era reconocimiento y felicidad en la vida de la marquesa. Muere su marido en 1829 y, poco más tarde, una hija y dos hijos dejando descendencia que pasan a su cuidado. De las cuatro casas que formaban parte del mayorazgo, la marquesa vende tres de ellas en 1848 y convierte en vivienda la última, enajenando también la mitad de la misma. Recibe ayuda económica de una hija y de su hijo menor, Manuel, que hizo las américas y le envía desde La Habana ayudas periódicas para solventar sus problemas de liquidez. Así vemos que a la hora de su muerte poco queda del pasado esplendor.

M^a Josefa se ha acostumbrado a vivir de forma austera, y por ello, dispone que la entierren sin boato; sin embargo, consciente del papel asistencial que ha desempeñado, dispone que una docena de niños del orfanato la acompañen hasta su última morada, portando una vela de media libra, siendo recompensados con dos reales cada uno. Así se hará el 10 de julio de 1861, en que a la edad de 86 años, fallece esta benefactora, primera presidenta de la Junta de Damas de Cádiz.

Bibliografía

ESPIGADO TOCINO, G. y SÁNCHEZ ÁLVAREZ, A., «Formas de sociabilidad femenina en el Cádiz de las Cortes», en Ortega, Margarita; Sánchez, Cristina y Valiente, Celia (eds.), *Género y ciudadanía. Revisiones desde el ámbito privado. XII Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*, Madrid, UAM, 1999, pp. 225-242.

ESPIGADO TOCINO, G., «La Junta de Damas de Cádiz: entre la ruptura y la reproducción social», en *Frasquita Larrea y Aherán: Europeas y Españolas entre la Ilustración y el Romanticismo*, Congreso conmemorativo del 225 aniversario de su nacimiento, El Puerto de Santa María, 22, 23 y 24 de noviembre del 2000 (en prensa).

Victoria Martín Barhié [1794-1869]

Pintora neoclásica a la que Gaya Nuño considera «como uno de los valores ignotos del neoclasicismo pictórico español». A través de las obras suyas que se conservan, tres de ellas en Cádiz, podemos seguir la perfección y la delicadeza de su dibujo, la habilidad compositiva y cierta tendencia prerromántica en el tratamiento del color, pero desconocemos aspectos importantes de su vida y de su formación como pintora. Se sabe que comienza su aprendizaje en la Academia de Bellas Artes de Cádiz que había sido creada en 1789, como discípula de uno de los maestros del neoclasicismo gaditano, el pintor Manuel Montano (1770-1846), bajo cuya influencia recibió el legado del purismo francés que materializaría en la factura impecable de su dibujo. Desconocemos si completó su formación con algún viaje a Roma o a París -la Academia costeaba el viaje a Roma a algunos de sus alumnos-, si bien pronto la vemos participando en exposiciones y consiguiendo premios y reconocimiento a su obra. Entre otros nombramientos recibió el de académica de mérito de la Academia de Bellas Artes de San Baldomero de Cádiz y el de socia de honor del Liceo malagueño.

Entre su producción destaca un magnífico *Autorretrato* (Museo de Bellas Artes de Cádiz), en el que se aprecia la delicadeza del trazo y una insinuación colorista propia del prerromanticismo, un *San Lorenzo* (Catedral de Cádiz) de clara factura neoclásica y *Psiquis y Cupido* (Museo de Bellas Artes de Cádiz), diálogo entre la Razón y el Sentimiento, que reproduce simbólicamente ese otro diálogo habitual en esta pintora entre la herencia neoclásica, perceptible a través de la factura impecable de sus cuadros, y la exquisita sensibilidad con la que se adelanta al romanticismo.

Bibliografía

DE LA BANDA Y VARGAS, A., «De la Ilustración a nuestros días», en E. Pareja López (dir.), *Historia del Arte en Andalucía*. Sevilla, Gever, 1991, Tomo VIII, pp. 106-107.

IBERO, A., «Victoria Martín Barhié», en C. Martínez, R. Pastor, M. J. de la Pascua, S. Tavera, *Mujeres en la Historia de España. Enciclopedia biográfica*. Barcelona, Planeta, 2000, pp. 306-307.



Victoria Martín Barhié



10

Cecilia Böhl de Faber [1796-1877]

Escritora conocida con el seudónimo de Fernán Caballero, hija del matrimonio formado por Nicolás Böhl, cónsul hanseático en Cádiz y delegado de la firma comercial Duff Gordon y Cía. y de Frasquita Larrea, traductora de Byron y de Mary Wollstonecraft y anfitriona de una famosa tertulia en el Cádiz finisecular. El carácter viajero y cosmopolita de su familia y la afición a las letras que el matrimonio Böhl-Larrea comparte, marcará la infancia de Cecilia y condicionará su dedicación a la literatura.

Los primeros años de su vida transcurrirán, después de su nacimiento circunstancial en Morges (Suiza), en Alemania, donde permanecerá con su padre y su hermano, mientras su madre que ya tiene serias diferencias con su marido regresa a Cádiz. En Hamburgo asistirá a un pensionado francés y recibirá la influencia de su padre, decisiva en su posterior trayectoria de escritora. Ésta se inicia muy lentamente y con escaso reconocimiento por parte de la propia Cecilia que, en un principio, sólo ve en su faceta de escritora la posibilidad de hacer frente a las dificultades económicas en las que con frecuencia se encuentra y una manera de ordenar los recuerdos y combatir la soledad y la tristeza de sus horas bajas. La vida sentimental de Cecilia no fue muy afortunada. Apenas instalada de nuevo la familia en Cádiz, contrae matrimonio con el capitán Antonio Planells, del que se quedó viuda apenas un año después. Había acompañado a su marido a Puerto Rico, donde éste tenía su destino, y allí parece que empezó a coleccionar historias y costumbres populares: una afición que no la abandonaría y que la pondría en contacto con un género literario, el cuento, que ella contribuiría a desarrollar como género independiente. De regreso a España conoce a Francisco Ruiz del Arco, un militar perteneciente a la nobleza sevillana que sería su segundo marido. El matrimonio fijó su residencia primero en Sevilla y sucesivamente en El Puerto de Santa María, Cádiz y Dos Hermanas, buscando un lugar tranquilo y seco en el que Francisco Ruiz pudiera recuperar la salud perdida a causa de una tuberculosis. Esta alianza matrimonial proporcionó a Cecilia amistades en Sevilla y la posibilidad de frecuentar a personalidades del mundo de las letras; campo éste que nuestra autora siguió cultivando aunque lo justificara todavía como simples ejercicios de distracción. Tras la muerte de su segundo marido y el fin de una relación sentimental con Federico Cuthbert, Cecilia contraería nuevo matrimonio; esta vez con el pintor rondeño Antonio Arrom con el que tampoco conocería la felicidad, al menos duradera.

Arrom también enfermó de tisis y ello, unido a la circunstancia de que no acababa de encontrar un ambiente favorable para sus proyectos comerciales, llevó a la pareja a cambios de domicilio permanentes -Sevilla, Jerez, El Puerto, Sanlúcar- y a Arrom, finalmente a Sidney, donde fue nombrado cónsul. Es en estos años de dificultades (1848-1853), cuando Cecilia se convierte en escritora profesional, escribiendo colaboraciones para revistas como *La Moda* y periódicos conservadores como *La Razón Católica*, *El Pensamiento de Valencia* o *La Educación Pintoresca*, y gestionando la publicación de novelas y relatos cortos que había ido escribiendo. En este sentido el apoyo de su madre será fundamental. Fue ella la que envió a *El Artista* una copia de *Una Madre*, según Cecilia sin su permiso, ayudándola en las tareas de amanuense y colaborando para que la producción literaria de su hija trascendiera del ámbito estrictamente privado. Por estos años, 1849-1859 se publicarán el grueso de sus obras: *La Gaviota*, *La familia de Alvareda*, *Una en otra*, *la Hija del Sol*, *Los dos amigos*, *Sola y Elia*, en 1849; *Lágrimas*, *Callar en vida y perdonar en muerte*, *El Exvoto*, *El vendedor de tagarninas*, *No transige la conciencia* y *La Noche de Navidad*, entre otros, en 1850. Estas primeras publicaciones aparecieron en periódicos hasta que en 1851 fueron editadas como libros.

Tras la marcha de Arrom a Sidney en 1853, Cecilia fijará su residencia en Sevilla, primero en una de las casas del Alcázar de Sevilla que le cedió Isabel II, y después de 1868 en un nuevo domicilio. Por entonces era de nuevo viuda; en mayo de 1859, Arrom se había suicidado al conocer la noticia de la traición de uno de sus socios. Se abría así la última etapa de la vida de Cecilia, y en un estrecho círculo presidido por lo que ella llama el Padre Quieto (personaje imaginario que simboliza su amor por la vida apacible), se centrará en su correspondencia, la literatura y algunas actividades religiosas y benéficas. Su pensamiento ira evolucionando en un sentido cada vez más conservador y su literatura muestra un afán moralizador, convirtiéndose en instrumento para modelar las costumbres y recuperar los valores tradicionales, lejos del escepticismo y el materialismo que la difusión de la ideología liberal había traído consigo. También fue su objetivo contrarrestar la imagen de Andalucía que los escritores daban en sus novelas, presentándola, lejos de este modelo, como una reserva espiritual de los valores tradicionales.

Bibliografía

CANTOS CASENAVE, M., *Fernán Caballero: entre el folklore y la literatura de creación. De la relación al relato*. Cádiz, Fundación Municipal de Cultura (Ayuntamiento de Cádiz) y Concejalía de Cultura (Ayuntamiento de El Puerto de Santa María), 1999.

PALMA, A., *Fernán Caballero, la novelista novelable*. Madrid, Espasa-Calpe, 1931.

EL PENSIL GADITANO.

PERIÓDICO DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

LUNES 16 DE FEBRERO DE 1857.

NUM. 6.

11

Josefa Zapata Cárdenas [1822-?]

Margarita Pérez de Celis y Torrbahn [1840?-1882]

El nombre de estas dos gaditanas está estrechamente relacionado con la aparición de los primeros pronunciamientos feministas en la prensa decimonónica española. La biografía conjunta responde a la realidad de una existencia en común que generará una complicidad entre ellas a la hora de abordar las empresas editoriales que afrontaron a lo largo de sus vidas. Sus datos vitales son difíciles de rastrear ya que son pocos los vestigios personales encontrados en el conjunto de fuentes disponibles. Sus biografías han de componerse como un puzzle a partir de los escasos documentos encontrados.

La mayor de las dos, M^a Josefa Zapata Cárdenas, habría nacido hacia 1822-1823 y, por tanto, pertenecería a la misma generación que dos grandes poetisas de la época, la extremeña Carolina Coronado y la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda. A los 23 años, edita los primeros versos que conocemos en rotativos literarios de la localidad como *El Meteoro* y *El Genio*. Como nos advierte Susan Kirkpatrick, estamos ante los prolegómenos de la eclosión de literatura romántica femenina que la prensa de aquellos años da a conocer. Sólo que, en el caso de M^a Josefa Zapata, el desengaño y la frustración justificarían el largo silencio de diez años que median hasta su reaparición literaria en 1855, primero en *La Moda* y después, ya junto a Margarita Pérez de Celis, en la edición de los *Pensiles*. Presumiblemente el tiempo que antecede a su amistad y colaboración estrecha con Margarita, están marcados por la muerte de sus padres, en 1854 a causa de la epidemia de cólera que azotó en esa fecha al país, y en cuyo sostén se había convertido. Su compañera desde entonces sería Margarita Pérez de Celis y Torrbahn. Algo más joven y también gaditana. A partir de 1856 editan *El Pensil Gaditano*, bajo la dirección de la propia Margarita, con colaboraciones que dan el tono fourierista al rotativo que conocería una segunda época al año siguiente como *El Pensil de Iberia*. Las dificultades económicas y de censura hicieron que la vida del periódico estuviese sometido a apariciones y desapariciones continuas y a cambios en el título. Pasados unos años reaparecerá con el nombre de *La Buena Nueva* consiguiendo, estas dos mujeres, mantener su edición apenas unos meses. Nuevamente problemas financieros y de censura harán que el rotativo sea suspendido a los diez números publicados.

En todo este tiempo se observa que sus escritos contienen un compromiso social en dos vertientes: por un lado es recurrente la denuncia de las diferencias entre pobres y ricos que una sociedad capitalista incipiente acentúa de forma contrastable y, por otro, las críticas a la sociedad burguesa se centran especialmente en las injusticias cometidas contra el sexo femenino, la falta de reconocimiento de la capacidad intelectual de las mujeres, la ausencia de una verdadera educación, la doble moral y la degradación que introduce el matrimonio por conveniencia, así como las injusticias cometidas contra la mujer trabajadora. Su defensa de los derechos de las mujeres se incardina en la consecución de un nuevo modelo social, más justo e igualitario. No reclaman para sí, en exclusiva, los beneficios que el conjunto social pueda reconocer en dos mujeres de talento demostrado, sino que reivindican la lucha política que conducirá a las mujeres hacia la emancipación colectiva.

No es difícil relacionar esta sensibilidad por las principales injusticias sociales cometidas contra las mujeres y la clase trabajadora si apelamos a sus propias condiciones de vida, las dificultades económicas eran la realidad cotidiana de estas dos mujeres. Rechazada la vía matrimonial o conventual, se convierten en el prototipo de mujer más libre que su tiempo puede tolerar, haciendo compatible la creación literaria en una mujer sin familia, si bien el obstáculo que tendrán por ello que afrontar será el de garantizarse, por sus propios medios, el sustento, cosa nada fácil para las mujeres solas del XIX. Conocemos que sus cambios de vivienda fueron acercándolas hacia los barrios más populares de la ciudad. También, que su autonomía inicial se vio trastocada por la bulliciosa y gregaria vida de las casas de vecinos en las que finalmente se domiciliaron. Pronto ejercen oficios como el de maestra, bordadora, costurera, cordonera y cigarrera, que hablan elocuentemente de su degradación social. Además, M^a Josefa Zapata se había quedado prácticamente ciega y en 1863, el editor responsable del periódico madrileño *La Violeta*, daba a conocer sus penalidades económicas, abriendo una suscripción popular para ayudarla.

A partir de 1875 aparece tan sólo en los padrones su compañera, Margarita Pérez de Celis. Vivirá como cigarrera sus últimos años de vida hasta su fallecimiento en 1882, siendo enterrada en la fosa común del cementerio gaditano, destino último de los parias de los que hablara Flora Tristán, sin nada que perder y todo por ganar, ellas fueron testimonio vivo de una doble lucha, atravesada por los rigores que imponía la clase y el género. Conocieron a la perfección las exclusiones y las injusticias que generaban y por ello levantaron su voz, con conocimiento de causa, en favor de los desheredados, doblemente desahuciados si eran mujeres.

Bibliografía

ESPIGADO TOCINO, G., «Precursoras de la prensa feminista en España: María Josefa Zapata y Margarita Pérez de Celis», en Vera, Teresa y Ramos, Dolores, (eds.), *Mujer, cultura y comunicación. Entre la historia y la sociedad contemporánea*, Coloquio Universidad de Málaga, 10-12 de mayo de 1995, Málaga Digital, 1998, pp. 171-175.

TAVERA, S., «Pérez de Celis y Torrbanh, Margarita», en Martínez, Cándida, Pastor, Reyna, de la Pascua, M^a José y Tavera, Susana, *Mujeres en la Historia de España. Enciclopedia biográfica*, Barcelona, Planeta, 2000, pp. 628-630.



12

Cá

Mercedes Formica [1916]

Abogada y escritora, a Mercedes Formica le ha tocado vivir, como a muchas que pertenecen a nuestra genealogía más inmediata, un periodo ciertamente variable y convulso de nuestra historia política, que incluye dos dictaduras, mediadas por una república y una guerra civil, antes de desembocar en nuestra actual democracia. Mujer de indudables inquietudes sociales, especialmente, para mejorar las condiciones jurídicas de las españolas, merece un reconocimiento más allá de su pasado falangista.

Nacida en Cádiz en 1916, dentro de una familia acomodada, siendo la segunda hija de un total de seis hermanos, vivió en esta ciudad hasta la edad de siete años, periodo que relata en el primer volumen de su trilogía autobiográfica titulada *La infancia*. Más tarde, el periodo de juventud y formación coinciden con la residencia familiar en la capital hispalense, donde, gracias al empeño de su madre, estudia bachillerato y prepara el acceso a la Universidad en 1931, ingresando en la Facultad de Derecho, donde entra en contacto con profesores formados en la Institución Libre de Enseñanza. Siendo la única mujer inscrita en sus aulas, tenía que acudir a clase acompañada de una «doña» para solventar los prejuicios sociales.

El cambio en el estatus familiar en el que había vivido hasta entonces, tras el divorcio entre su padre y su madre en 1933, es un dato vital para entender su posterior interés por la suerte de las mujeres separadas. Su traslado a Madrid le ofrece un escenario privilegiado para observar las luchas partidistas que vive la República y decide afiliarse a la Falange Española, desde los momentos fundacionales de la misma. Pronto es nombrada Delegada del SEU en la Facultad de Derecho y, en 1936, Delegada Nacional del mismo, pasando a ocupar un puesto en la Junta política del partido.

Finalizada la Guerra Civil, en 1939, se casa con Eduardo Lloset y Marañón, editor de varias revistas en Sevilla, pasando a residir otra vez a Madrid, donde el matrimonio entra en contacto con los escritores, pintores y dramaturgos de la posguerra. En 1945 edita en la revista *Escorial* su primera novela, *Bodoque*, cuya trama principal gira en torno a un caso de separación matrimonial. Aprovecha estos años para acabar su carrera interrumpida por la guerra y se topa con las restricciones impuestas al ejercicio profesional femenino, no pudiendo ingresar en el cuerpo diplomático, únicamente expedito a los varones.

Decidió, finalmente, ser una de las tres mujeres que ejercían la abogacía en Madrid, compaginando su trabajo con la vocación literaria. A comienzos de la década de los cincuenta, Pilar Primo de Rivera le encarga la realización de una ponencia sobre «La mujer en las profesiones liberales» para presentarla en el I Congreso Femenino Hispanoamericano Filipino que debía celebrarse en 1951. Mercedes, junto a un grupo de universitarias, elabora un texto en el que se reivindica, sin ningún tipo de cortapisas, la incorporación de las mujeres al mundo laboral. Su sorpresa fue mayúscula cuando los organizadores le retiraron la ponencia tachándola de «feminista». Tendría que pasar una década para que el régimen reconociera los más elementales derechos profesionales y laborales de las españolas.

Son años de intensa colaboración en la prensa. Dirige la revista de la Sección Femenina *Medina* y en 1952 comienza a firmar artículos en el diario *ABC*. El 7 de noviembre de 1953, tras tres meses de haber sido retenido por la censura, escribe su artículo «El domicilio conyugal», que tendría la particularidad de desatar una intensa polémica en torno la situación de las mujeres separadas.

Su artículo fue el punto de partida para participar en un debate en el que defendería cambios sustanciales en el derecho de familia vigente encaminados a mejorar la situación jurídica de la mujer. Paralelamente, su novela *A instancias de parte*, publicada en 1955 dejaba ver su preocupación como mujer y abogada al tratar su trama el doble rasero con que se medía los casos de adulterio entre hombres y mujeres. La dimensión de su campaña fue nacional e internacional y tendría como colofón un tímido ajuste en la reforma de 1958, en la que se introducía el concepto en virtud del cual quien se considerara cónyuge inocente no se veía con obligación de abandonar la casa marital.

Mercedes Formica contrae segundas nupcias en 1962 con el industrial José María Careaga y Urquijo. En los últimos años del franquismo sigue su vocación de historiadora biografiando a Ana de Jesús y María de Mendoza, hija y amante, respectivamente, de Don Juan de Austria. Fallecido su marido tras una larga enfermedad a mediados de los ochenta, se dedica a escribir sus memorias de las que están publicadas: *La infancia, Visto y Vivido (1931-1937)* y *Escucho el silencio*, restando por ver la luz el último tomo que llevaría el título de *Espejos rotos y espejuelos*. También, en 1989 sale a la luz su novela *Collar de ámbar*.

Como recoge Rosario Ruiz Franco que la ha biografiado y ha tenido la oportunidad de entrevistarla, Mercedes Formica se ve a sí misma como una «voz en el silencio», como una de las pocas mujeres que osaron alzar la voz frente a las discriminaciones procuradas contra ellas por el franquismo. En este sentido, la larga travesía del desierto que representa los largos años de dictadura, se hacen menos penosos en su recorrido si atendemos al testimonio de mujeres como ella que, dentro de un contexto político hostil, defendieron con audacia reformas que hoy en día son una realidad.

Bibliografía

RUIZ FRANCO, R., *Mercedes Formica (1916-)*, Madrid, Ediciones del Orto, Biblioteca de Mujeres, 1997.

ROIG CASTELLANOS, M., *La mujer en la Historia a través de la prensa: Francia, Italia y España, Siglos XVII-XX*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1982, p. 409.

Wallada bint al-Mustakfi [994-1091]

Poetisa. Nace en Córdoba, en el año 994 de la era cristiana, y muere en la misma ciudad en 1091. Era hija de Muhammad III al-Mustakfi, uno de los últimos califas cordobeses, por lo que ostentó el título de princesa.

Su infancia coincidió con el esplendor de la carrera política de Almanzor que, en 996, se autoproclamó melic carim (noble rey), bajo la protección de Aurora, madre del pequeño heredero Hiken II.

Su adolescencia transcurre paralela a la agonía del Califato, en uno de los contextos históricos más sangrientos de la historia de Córdoba, cargado de intrigas palaciegas y guerras internas, desencadenadas tras la muerte del hijo de Almanzor, al-Muzzaar.

El padre de Wallada había accedido al trono el 11 de enero de 1024, después de provocar una revuelta popular contra el monarca legítimo, el también Omeya Abderramán V. Diecisiete meses después, al-Mustakfi tuvo que abandonar el palacio califal, disfrazado de mujer y fue envenenado, días más tarde, por uno de sus oficiales en un lugar fronterizo.

Nada sabemos de la madre de esta poetisa, ni de ninguna de las mujeres del serrallo de al-Mustakfi. En las numerosas crónicas (donde es catalogado como un personaje vulgar y frívolo) sólo hallamos la referencia de Ibn Hayyán, que lo acusa de dejarse mandar por una mujer perversa. La falta de información, en este sentido, se agrava por la circunstancia de que el califa no tuvo descendencia masculina -acontecimiento que solía ir acompañado de algunos privilegios para la madre-. Sin embargo, la inexistencia de un heredero, permitió a Wallada disponer de los derechos reales de su padre.

Su posición social, si bien le permitió adquirir una basta formación literaria que desarrolló con brillantez y transmitió a través de su propia escuela femenina, tampoco debió estar exenta de momentos difíciles, tanto en lo personal (por su incesante defensa de la igualdad de género y su rebeldía) como por su condición de Omeya dentro de un panorama político de pugnas y rivalidades entre su linaje y los Banu Yahwar, siempre temerosos de la restitución del poder legítimo Omeya.

Tras el asesinato de su padre, con la venta de sus derechos reales, Wallada adquiere la independencia y opta por un modo de vida inusual, de absoluta des-

preocupación por los convencionalismos sociales. Prescindió de la tutela masculina y abrió un salón literario al que concurrían los poetas y literatos de su tiempo. Tuvo el atrevimiento de intervenir y dar respuesta a sus consultas, mostrando libremente su rostro.

En una sociedad donde a la mujer sólo le estaba permitido relacionarse con los hombres de la familia y las llamadas «sabias» solían adquirir conocimiento a través de sus padres y/o parientes, incluso impartir sus enseñanzas veladas tras una cortina, la actitud de Wallada, indigna, según unos, de su estirpe y condición social, la hizo ser criticada muy duramente, aunque también tuvo numerosos defensores de su honestidad -Ibn Hazn, entre otros poetas- como el visir Ibn Abdus, su eterno enamorado que, al parecer, permaneció a su lado, protegiéndola en los momentos difíciles, hasta el final de sus días.

Pero el gran amor de Wallada, el que provoca, tal vez, que trascienda el personaje y su obra, fue el poeta Ibn Zaydún, con el que mantuvo una relación secreta, dada la vinculación del poeta con los Banu Yahwar. En torno a esta relación giran ocho de los nueve poemas que de ella se conservan, como una cronología exacta de aquella historia truncada por la relación de Ibn Zaydún con una esclava negra de Wallada.

De sus poemas, que fueron misivas entre los dos amantes, se conocen dos, de celos, de añoranza y deseos de reencuentro; un tercero, de decepción, dolor y reproche; cinco sátiras -género que dominaba a la perfección- escritas en términos durísimos y uno más, alusivo a su libertad e independencia, que lucía bordado sobre los hombros de su ropa (siguiendo la moda imperante).

Los hermosos poemas de amor que Wallada inspiró a Ibn Zaydún, además de incidir en la ilusión de la primera etapa, la posible infidelidad y el posterior arrepentimiento del poeta, nos dan también noticia de los rasgos físicos de la princesa, prototipo del ideal de belleza de los califas omeyas: cabellos y piel clara y ojos azules, características que, unidas a su inteligencia, brillantez y dotes literarias, la hicieron ser una de las mujeres más admiradas y deseadas de su tiempo.

Pasados los días de esplendor y veladas literarias, parece ser que pasó el resto de sus días dedicada a la enseñanza. Entre sus alumnas quedó antologada Muhya bint al-Tayyani. Era una joven de condición muy humilde, hija de un vendedor de higos, a la que acogió en su casa y que terminaría dedicando a la maestra las más feroces sátiras.

Wallada murió el 26 de marzo de 1091, el mismo día que los almorávides entraron en Córdoba. No tuvo descendencia y nunca se ofreció en matrimonio.

Bibliografía

DOZI, R. P. *Historia de los musulmanes en España*. Madrid, Turner, 1988.

GARULO, T. *Diwan de las poetisas andaluzas de Al-Andalus*. Madrid, Ediciones Hiperión, 1985.

LÓPEZ DE LA PLAZA, G. *Al-Andalus: Mujeres, sociedad y religión*. Málaga, Universidad de Málaga, 1992.

SOBH, M. *Poetisas árabe-andaluzas*. Granada, Diputación Provincial, 1994.



14

Córdoba

Leonor López de Córdoba [1363-1412?]

Leonor López de Córdoba ha pasado a formar parte de la historia literaria española y de los estudios de género al ser una de las primeras autoras en lengua castellana de quien se conserva un texto autobiográfico conocido como las *Memorias de D^a. Leonor López de Córdoba* en las que la autora narra en primera persona los duros avatares históricos a las que tuvo que enfrentarse, junto a su marido, a lo largo de su vida.

La vida de D^a. Leonor según se puede constatar en sus memorias y en otros documentos de archivo estuvo llena de infortunios, sufriendo desde su más tierna infancia los rigores de la muerte y la persecución familiar. Nacida en Calatayud en fechas cercanas a 1363, al servir en dicha ciudad su padre al rey, su vida tiene como eje de referencia a Córdoba ciudad en la que se instala tras haber soportado ocho años encarcelada y haber resistido en prisión una de las terribles epidemias de peste que azotaban la Península.

La genealogía familiar de D^a. Leonor la emparentan con familias de la alta alcurnia cordobesa y castellana. Su madre D^a. Sancha Carrillo, de la que quedó huérfana en temprana edad estaba emparentada con Alfonso XI de la que era sobrina y fue educada en un monasterio de la Orden de Guadalajara fundado por sus abuelos.

Su padre, llamado Martín López de Córdoba, era hijo del mayordomo de D^a. Blanca, esposa del rey Pedro I y llegó a ser Maestre de las Órdenes de Calatrava y de Alcántara. Perekció decapitado en Sevilla tras luchar en la sucesión de la dinastía castellana cuando Leonor apenas contaba con ocho años de edad. Ello ocasionó la confiscación de todos los bienes familiares y la encarcelación de aquella durante nueve años en las Atarazanas de Sevilla sufriendo los rigores de prisión y las epidemias de peste hasta 1379 cuando tras la muerte de Enrique II es liberada.

Una vez recuperada la libertad y mientras su esposo trata de recuperar la hacienda expoliada, D^a. Leonor se instala Córdoba. Después de tanta adversidad trata de entrar en el convento de la Orden de Guadalajara fundado por sus bisabuelos, aunque no llega a prosperar dicho deseo al regresar su marido. Pocos años más tarde, en torno a 1389, nació su primer hijo y comenzó a mejorar la situación familiar hasta que con la ayuda económica de su tía, los canónigos de San Hipólito le concedieron unos corrales entre la iglesia y el muro de la ciudad donde construyó dos palacios, una huerta y dos o tres casas más para servicio. Por estas fechas daría a luz a su hija, Leonor.

Las epidemias de peste que se extendían por toda la geografía castellana llegaron a Córdoba alrededor de 1400 lo que provocó la marcha de D^a. Leonor hacia Santaella y posteriormente hacia Aguilar donde su hijo Juan, infectado por la peste, moriría al cuidar una noche, incitado por su madre, de un judío llamado Alonso, huérfano recogido por la autora cordobesa en 1391.

La muerte de su primogénito de doce años provoca un enorme escándalo que causará el retorno de la familia a Córdoba y que transformará la vida de Leonor cuando a comienzos del siglo XV, sea nombrada camarera mayor de la reina D^a. Catalina de Lancaster, nieta de Pedro I y viuda de Enrique III.

Su entrada en palacio, como privada de la reina regente, supone un hito en la vida de Leonor porque su vida cambiará por completo hasta convertirse en una de las personas principales del reino de Castilla con amplias influencias políticas al ser consejera personal de la reina y del infante cuyas opiniones o pareceres eran más consideradas que la de nobles, clérigos, caballeros o doctores. Producto de esta etapa de su vida, Leonor obtendrá una considerable fortuna que será destinada a la compra de varias posesiones para, tan sólo tres días después, donarlas al prior y frailes del propio monasterio de San Pablo.

Las tensiones internas, las intrigas en torno a la corona castellana y el hecho de que una mujer hubiera adquirido tanto poder político en la corte provocará la censura y el recelo de nobles y potentados hasta que la propia reina se percate de la enorme influencia de la autora cordobesa y trueque de forma súbita en desconfianza y desamor los afectuosos sentimientos que había manifestado hacia D^a. Leonor. En 1412 la reina prescindirá de la que había sido su consejera y valida amenazándola con quemarla en la hoguera si, tras haber llegado a Cuenca movida por el infante Fernando de Antequera, no regresaba de inmediato a Córdoba junto con toda su familia.

A partir de esta fecha, D^a. Leonor desaparecía de la vida pública refugiándose en Córdoba donde pasaría los últimos años de su vida y donde fue enterrada, poco después de 1412, en una capilla erigida por ella en la iglesia de San Pablo. Es una de las pocas mujeres que supieron ocupar un espacio público en la confluencia de los últimos vestigios del sistema medieval y los primeros albores del pensamiento humanista. Dotada de una gran capacidad intelectual, D^a. Leonor se convirtió por méritos propios en una de las figuras más destacadas de su época, erigiéndose su nombre en uno de los más representativos de la historiografía femenina, sobre todo, por haber sido capaz de sacar a la luz un texto autobiográfico donde el principal valor es el haber hecho uso de la palabra y haber contado en primera persona la vida de una mujer.

Bibliografía

GÓMEZ SIERRA, E. «La voz del silencio. Memorias de Leonor López de Córdoba». En *La voz del silencio. Fuentes directas para la historia de las mujeres*. Madrid, Al-Mudayna, 1992. pp. 111-129.

LÓPEZ ESTRADA, F. «Las mujeres escritoras en la Edad Media castellana». En *La condición de la mujer en la Edad Media*. Madrid, Casa de Velázquez, 1986. pp. 9-38.

NELKEN, M. *Las escritoras españolas*. Madrid, Labor, 1930. pp. 44-46.

RIVERA GARRETAS, M. *Textos y espacios de mujeres. Europa, siglos IV-XV*. Barcelona, Icaria, 1990; pp. 159-178.

Có CUANTOS ESTA CARTA VIEREN
DE MI SEÑOR EL ALMIRANTE D
ÑORA BEATRIS ENRRRIQUES, DIFUN
N LA CORTE DE SUS MAJESTADES
UY NOBLE E MUY LEAL ÇISBDAD D
IBR AGRADABLE E ESPONTANEA

15

Beatriz Enríquez de Arana [1467?-1521?]

Son pocos los datos que se pueden reseñar a ciencia cierta en la biografía de esta mujer. Sabemos que pertenecía a una familia de origen vizcaíno, residente en la villa cordobesa de Santa María de Trasierra. Modestos labradores y propietarios de algunos bienes inmuebles (casas y viñas), los Arana tenían un cierto nivel social que se refleja en el hecho de que Beatriz supiera leer y escribir, circunstancia bastante infrecuente en la época.

Lo más probable es que la familia de Beatriz frecuentara los círculos italianos, y particularmente genoveses, existentes en la ciudad, con los que entraría en contacto con el recién llegado Cristóbal Colón, alrededor del año 1487. Fue entonces cuando esta hermosa, sugestiva, inteligente y culta mujer sucumbió a la tentación y se enredó en amores con el misterioso aventurero, seducida por una mezcla de fascinación y sueños de grandeza.

Parece que no hay duda de que Colón, que pasaba de la treintena, se enamoró de la joven que le hizo «más llevaderas y agradables» sus estancias en Córdoba, en tanto su proyecto era definitivamente asumido por la Corona. Se desconoce la edad que contaba la cordobesa cuando inició su relación amorosa con Colón; para algunos autores era una joven de unos dieciséis años, para don José de la Torre, pasaba la veintena y estaba en condiciones de planear la conquista del extranjero, «pues por su edad y carácter, no es de suponer que Colón la enamorara».

Fruto de estas relaciones sería el nacimiento, en agosto de 1488, de un niño que se llamaría Hernando por expreso deseo del padre, y en honor del Rey Católico. Firmadas las Capitulaciones de Santa Fe, en abril de 1492, regresó a Córdoba, partiendo Colón para realizar su ansiado viaje del descubrimiento, llevando consigo a Diego Arana, primo de Beatriz, y dejando instrucciones para que su primogénito Diego Colón fuera confiado a aquella.

El regreso de esta expedición marcó el final de toda relación entre Beatriz y el navegante; éste le recogió a sus dos hijos, que en adelante quedarían en la corte en calidad de pajes del príncipe don Juan. A modo de compensación de la deuda moral contraída con ella, Colón le asignó una corta pensión de 10.000 maravedís anuales en 1493, y otra igual en 1502. Tres años después, en el codicilo ológrafo que ratificaría la víspera de su fallecimiento, en 1506, encomendó a Beatriz a su hijo primogénito a fin de que le asegurara rentas que le permitieran llevar una vida honesta.

Aunque se desconoce la fecha de su fallecimiento, sabemos que Beatriz le sobrevivió en más de tres lustros. Así lo prueban algunas escrituras que atestiguan las dificultades económicas a que tuvo que hacer frente; y es que al retraso en el pago de las mencionadas rentas se sumaba el total desamparo en que la tenía su hijo, que siempre expresó hacia ella un desapego extremo. Ni siquiera quiso conservar los bienes que ésta le legó.

El aspecto más debatido de la relación de Beatriz con Cristóbal Colón, y sobre el que más ampliamente se ha elucubrado, es el relativo a la razón por la cual no contrajeron matrimonio, siendo ella soltera y él viudo. La visión de don José de la Torre se inscribe en esta línea, y si bien prueba con documentos que Beatriz pertenecía a una familia de modestos lagareros, atribuye la ruptura de los amantes a la traición de la joven, despechada por el abandono de Colón, al que en realidad no le vinculaba el amor sino el interés. La infidelidad de Beatriz llegaría a conocimiento de aquel en el transcurso de su primer viaje descubridor; a su regreso, la consideró indigna y rompió toda relación o compromiso con ella.

Otros autores, empeñados en enaltecer la talla moral del descubridor, para hacerle así más fácil la subida a los altares, han defendido la existencia de un matrimonio canónico entre los amantes, antes o después del nacimiento de su hijo. Pero esta hipótesis, al igual que las anteriores, no goza de aprobación entre los historiadores serios.

En opinión del profesor Manzano, la vertiginosa ascensión social de Colón tras el primer viaje hizo imposible la unión entre el ya virrey, almirante y gobernador, y la humilde Beatriz; y es que las leyes de Castilla imponían restricciones a los matrimonios de los Grandes del reino, entre los cuales se contaba ya aquel. De esta forma, Cristóbal Colón, víctima de los prejuicios sociales de su época, «no pudo o no quiso saldar la deuda de honor contraída con la joven cordobesa». Se limitó a señalarle una pensión modesta y a encarecer a su hijo Diego que la cuidara como si de su propia madre se tratara. Por otra parte, no hay evidencia alguna de que, una vez abandonada por su amante, Beatriz se hundiera en el vicio, como la maledicencia de algún autor ha imaginado. En cuanto a Colón, es posible que los remordimientos por su «desliz amoroso» le acompañaran durante toda su vida, pero lo cierto es que su comportamiento fue mezquino. Sólo en parte reparó el daño hecho y fue con la legitimación de su hijo Hernando, lo que le permitió gozar a éste de una posición social vedada a los vástagos naturales.

Sintiendo ya próxima la muerte, Cristóbal Colón reconoció la persistencia de la deuda que había contraído y nunca saldado con Beatriz («como persona a quien yo soy en tanto cargo»). Las providencias económicas que tomó entonces pudieron descargar un tanto su conciencia, pero nunca reparar las heridas que el desengaño y el abandono infligieron en el alma de la cordobesa.

Bibliografía

DÍAZ-TRECHUELO, M^o. L. *Cristóbal Colón*. Madrid, Palabra, 1992.

MANZANO MANZANO, J. *Cristóbal Colón. Siete años decisivos de su vida, 1485-1492*. Madrid, Cultura Hispánica, 1989.

DE LA TORRE Y EL CERRO, J. *Beatriz Enríquez de Arana y Cristóbal Colón*. Córdoba, Caja de Ahorros Provincial, Asociación de Amigos de Córdoba, 1984.

Concha Lagos [1909]

Nacida en Córdoba, Concha Lagos es el nombre literario de Concepción Jiménez Torrero, que como otras mujeres -no sólo escritoras- de su tiempo, hace suyo el apellido del marido, no sabemos bien en este momento si apropiándose de él a manera de seudónimo o por lo que en un principio tuviera de presentación social.

Pasó su infancia en Córdoba, fue bautizada en la Parroquia de San Nicolás y allí cursó sus primeros estudios, entre los que se incluían francés, música y canto, en el colegio de la Sagrada Familia, conocido popularmente como las Francesas. Con el traslado de su familia a Madrid, sólo volverá a Córdoba circunstancialmente, aunque la ciudad, sus costumbres, su atmósfera, los olores, sonidos y naturaleza perviven en su poesía como sensaciones irrenunciables, «entretnejidos a los temas centrales, dejando de ser meros telones o fondos de ambientación descriptiva» (C. Zardoya).

Por su matrimonio, se afianzará definitivamente en Madrid, a cuya casa de Gran Vía, concurrirán escritores, pintores y artistas así como fotógrafos y cineastas; uno de estos pintores, Anselmo Miguel Nieto, amigo íntimo del matrimonio, la pintará en uno de sus mejores y apreciados retratos. Reconocida no sólo por su aportación poética, sino también por su atención a la edición de poesía a través de las páginas de la revista *Ágora*, a la que se incorporó en la entrega número veinticinco y que dirigió en 1956; revista que sería el germen de la tertulia de los viernes y que daría nombre a una colección, actividades todas dirigidas a la búsqueda y difusión de nuevos valores poéticos contemporáneos, que no siempre terminaron por corresponder a aquella que tan generosamente había abierto las puertas y los cenáculos literarios madrileños, cuando todavía eran aspirantes a poetas recién llegados de provincias.

Su valía y originalidad han sido reconocidas por críticos y poetas, estudiada en diversas universidades americanas, ha recibido premios como el «Ámbito Literario de Poesía» (1980) o el «Ibn Zaydun», del Instituto Hispano-Árabe (1984); con ellos se ha querido ratificar los valores poéticos de un corpus abundante en el que precisión, constancia, sinceridad, hondura expresiva y calidad poética se dan la mano.

Concha Lagos concibe la creación literaria como un trabajo en el que se aúnan inspiración, criba y corrección. Tiene en Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y

especialmente Luis Cernuda a sus mentores poéticos; de este último, confiesa estar imbuida de su tono y de su clima poético; entre las escritoras admira a Carmen Conde, Ángela Figuera, Pilar Paz Pasamar, Elena Andrés... en las que reconoce la originalidad, la fuerza y el misterio de sus palabras. De los extranjeros, Rilke será el poeta más admirado.

De vocación temprana, aunque aparición tardía como escritora, a Concha Lagos se la conoce como poeta, pero cuenta también con abundante producción en prosa: cuentos -*El pantano* (1954), *La vida y otros sueños* (1969)-, aparecidos en diarios y revistas como *Ágora*, *Ya*, *Papeles de Son Armadans*, *La Estafeta Literaria*...; novelas -*Al sur del recuerdo* () «mitad diario, mitad libro de comentarios y reflexiones» (M. Fraile), con Galicia y la guerra civil como trasfondo-, artículos periodísticos, guiones para televisión, e incluso teatro -*Después del mediodía* (1962), estrenada en Madrid-.

Su presentación como poeta la hizo con *Balcón* (1954), que recuerda inevitablemente a *Entre visillos* de Carmen Martín Gaité, por su conversión de los lugares físicos en el punto de vista desde el que contemplar, descubrir, juzgar y comunicar el mundo con ojos de mujer.

Poesía «culta», pero también popular, del pueblo -*Arroyo claro* (1958), de resonancias infantiles, *Canciones desde la barca* (1963), muchos de cuyos poemas pasaron a ser «copla». Su reconocimiento progresivo fue logrado poco a poco, como el respaldo concedido por su inclusión en la colección santanderina «Cantalapiedra» con el libro *La soledad de siempre* (1958), siendo ella la primera mujer que figuraría en la misma. Su temática, de orientación existencial, se debate entre la fe y la duda comunicada mediante un agonismo religioso que la fuerzan a actitudes extremas en donde se hacen presentes rebelión y nihilismo. Vacila entre el arraigo y el desarraigo vivencial y poético; duda e inseguridad acosan a la autora desde los primeros libros sin que excluya por ello otros temas como el mundo de los niños -el ya citado *Arroyo claro*- las preocupaciones maternas -*Agua de Dios* (1958)-, la frustración -*La soledad de siempre* (1958)-, el amor -*Luna de enero* (1960)-, la naturaleza como elemento vivificador que consuela e impulsan a su autora a seguir la búsqueda de la luz y del conocimiento, sólo revelado a través del sueño y el recuerdo -*El corazón cansado* (1957), *Tema fundamental* (1961), *Golpeando el silencio* (1961)-; con frecuencia Concha Lagos se plantea la necesidad de volver a los orígenes como única manera de recobrar el conocimiento -*Para empezar* y *Canciones desde la barca* (1963), *Los anales* (1966), *El cerco* (1971), *La aventura* (1973)-. Dudas y vacilaciones intensifican su preocupación agónico-existencial sin que lleguemos a encontrar un vencedor definitivo al dejar su autora la puerta siempre abierta a la esperanza.

Concha Lagos presta su voz a los temas del Sur, de ese Sur del que nunca se llegó a alejar definitivamente. Con perfecto dominio del lenguaje, utiliza con mesura los recursos retóricos. Su lenguaje es exacto, cuidado, pudiendo descender a niveles coloquiales y populares cuando el intimismo y la familiaridad lo permiten, o remontar su vuelo a un vocabulario litúrgico-religioso o técnico con referencia a sucesos o personajes concretos. Todo ello transmitido mediante unos símbolos que por clásicos y universales entroncan a la autora con lo más recio y perenne de nuestra literatura.

17

CÓ

Manuela Díaz Cabezas [1920]

Campesina y guerrillera. En 1939, tras la victoria franquista, muchas mujeres marcharon al exilio. Muchas otras se quedaron en sus pueblos, en sus casas, conviviendo o, para hablar con más precisión, coincidiendo diariamente con los vendedores, en el exilio interior. Una de estas mujeres, como tantas otras que ahora empiezan a recuperarse desde la historia feminista, es Manuela Díaz, apodada «la guerrillera». Nace en el pueblo de Villanueva de Córdoba, en una humilde familia campesina, el día 11 de diciembre de 1920. Fue la mayor de siete hermanos hijos todos de Francisco y Ana María. Casi todas las familias asentadas de los pueblos tienen su apodo y así se les conoce entre los del lugar. A la familia de Manuela, desde su bisabuelo, se la conocía por «Los Parrilleros».

En la biografía que de ella hace Antonina Rodrigo, nos la presenta como una mujer «guapa, valiente, analfabeta porque nunca pudo asistir a la escuela». Por otro lado nada de extrañar, en un país en que en el 1920, año del nacimiento de Manuela, el analfabetismo femenino rondaba el 60% de la población femenina. Sin embargo, su falta de estudios no impidió que se desarrollase su conciencia de clase y su lucha contra la injusticia. Hija de campesinos, ayudaba a sus padres en las faenas del campo. Como afirma Rodrigo «esas fueron sus asignaturas». Su concepto de libertad, en el más amplio sentido del término, la llevó a preferir trabajar en el campo, en la libertad del aire libre, que a ocuparse en el servicio doméstico. Esa libertad la llevó a ser compañera de Miguel hasta la muerte de él en 1944. Manuela no estuvo afiliada a ningún partido político, aunque votaba al de su madre, militante comunista.

Al finalizar la Guerra Civil los hombres de la familia, incluido Miguel, militantes izquierdistas, se integraron en la guerrilla. Comenzó entonces la cadena de sufrimientos para Manuela. Madre e hija tuvieron que hacer frente a la supervivencia de los que quedaron, hermanos pequeños y los dos hijos de Miguel y ella. Detenida por ayudar a los fugados, sufrió las primeras vejaciones, palizas y torturas. Después vinieron más. A la menor sospecha, Manuela era llevada al Ayuntamiento, que era la cárcel del pueblo. Sin embargo, no consiguieron que denunciara a los de la partida de «Los Parrilleros», en la que pronto se tendría que integrar Manuela, acosada por la Guardia Civil que, según sus propias palabras, «no la dejaba vivir». Su vida en el monte, como guerrillera, estuvo llena de penalidades. En el pueblo, con la abuela, quedaban sus dos hijos. Allí, en el monte, le nació el tercero. Sin recursos, →

ni condiciones para criarlo, tuvo que dejarlo en un cortijo. La guardia Civil se hizo cargo del niño y lo internaron en el hospital de Villanueva. Apenas sobrevivió un año. Al parecer, según le comentó a Rodrigo, «el niño no fue muy bien atendido por el médico falangista» que atendía la sección de pediatría.

Pero de todas las penalidades de Manuela la mayor de todas era el estar separada de sus hijos. El riesgo que suponía el ponerse en contacto con la familia les obligaba a mantenerse alejados de ella. Creyeron que la ocasión estaba de su parte durante la celebración de las ferias, pero alguien les delató y tuvieron que desistir de su empeño. Era el año 1943. Al año siguiente, en febrero, el jefe de la partida, Miguel, cayó muerto tras un enfrentamiento con la Guardia Civil. En diciembre de 1944 la partida fue capturada en Fuencaliente. Tras los interrogatorios de rigor, torturas y palizas incluidas, no consiguieron sacarles información. Manuela, con un brazo partido, salió de Villanueva para ser encerrada en la cárcel de Ventas. Le fue conmutada la pena de muerte. Sus compañeros, Alfonso y José Antonio Cepas El Lobito, sufrieron peor suerte. Durante su cautiverio murieron su hijo Juan, con diecisiete años, y su padre, que también había sido huésped de la Cárcel de Valencia doce años.

Manuela recuperó la libertad en 1961. Había cumplido cuarenta y un años. Cuando A. Rodrigo la entrevistó para su biografía, le contó que durante sus años de presidio aprendió a leer y a escribir y que le enseñaron también a coser, con lo que pudo ayudar a su madre mientras estuvo presa. Desde su casa de Villanueva de Córdoba hace recuento de su vida. El cuerpo cansado, dolorido por las penalidades y las antiguas palizas. La mente lúcida y el recuerdo presente de sus luchas.

Bibliografía

MORENO GÓMEZ, F. *Córdoba en la posguerra (La represión y la guerrilla, 1939-1950)*, Francisco Baena Editor, Córdoba, 1987.

RODRIGO, A. *Mujer y exilio. 1939* (Pról. de M. Vázquez Montalbán), Compañía Literaria, Madrid, 1999.

18

CÓ

Josefina Molina [1936]

De padre cordobés y madre catalana, Josefina Molina vivirá desde su nacimiento en un ambiente pequeño-burgués, relativamente desahogado, en el que la profesión de su padre como comerciante de droguería y calzados en los difíciles años de posguerra y la inestimable ayuda de su madre no sólo en las labores caseras sino cuando era necesaria su presencia en alguna de las tiendas, le permitirán asistir primero al colegio de los Hermanos de La Salle y más tarde al de las Escolapias de Santa Victoria, donde cursará los estudios de Bachillerato y la Reválida, algo que su padre en cierta manera consideraba innecesario para una mujer, pero que alentó la madre en el convencimiento de que de una buena instrucción derivaban mayores cotas de libertad personal, lo que a Josefina le vendría muy bien en su vida futura.

Recuerda como primeros juguetes un «Cine-Nic» cuya manivela manejaba su hermano, pero que a ella le permitía extasiarse ante unas imágenes en movimiento que vería perfeccionadas en la gran pantalla cuando con su familia asistía al cine a las sesiones de las cuatro de la tarde; en ellas encontraba terapia y divertimento, así como en la lectura de los cuentos de Calleja, las Aventuras de Guillermo, una biografía de Marie Curie -su heroína algún tiempo- regalo de su hermano y los *Episodios Nacionales* de Galdós, todo un descubrimiento a sus 13 años.

Las prácticas del Servicio Social, entonces obligatorio, en el «Orfanato Santa Rosa», su voluntariado en las Damas de la Cruz Roja en tareas de enfermería, eran simultaneadas con la asistencia a las sesiones del «Cineclub Senda», al que asistían con asiduidad jóvenes que más tarde formarían parte de la intelectualidad cordobesa, así como también al «Cineclub del Círculo de la Amistad»: *El río* en el cine Góngora, film dirigido por Jean Renoir estaría en los inicios del irresistible atractivo que en adelante sentiría por el séptimo arte. Pero antes debió pasar por el mundo del teatro, cuando en el progresista «Círculo Juan XXIII» de Córdoba, se convirtió en co-fundadora del «Teatro Ensayo Medea», para el que dirigiría como primicias de ambos la clásica del feminismo *Casa de Muñecas* de Ibsen; el estreno en el Salón Liceo del Círculo de la Amistad lo recuerda como un cúmulo de contratiempos a causa de la mala acústica del local, la impericia del grupo teatral y la reacción confusa de un público numeroso, gran parte del cual no entendió o no quiso entender el mensaje que desde las tablas se les mandaba. Otras puestas en escena, hasta cuatro, siguieron a las anteriores.

En 1962 va a entrar en contacto con el mundo radiofónico a través de la emisora «Radio Vida», en la que participó con el espacio semanal «La mujer y el cine» dentro del programa *Vida de espectáculos*. El año 1963 sería el de su marcha a Madrid para cursar los estudios de Ciencias Políticas pero, en realidad, era para poder ingresar en la Escuela Oficial de Cinematografía, vocación mal comprendida por su familia por considerarla tan fuera de los cauces considerados habituales para una mujer, y en la que, gracias a su empeño, y tras aparcar los estudios de Ciencias Políticas, consiguió ser la primera que obtuviera en España el título oficial de Directora de Cine, profesión que a partir de ese momento ejercerá con asiduidad y rigor, simultaneándola con la de realizadora de televisión.

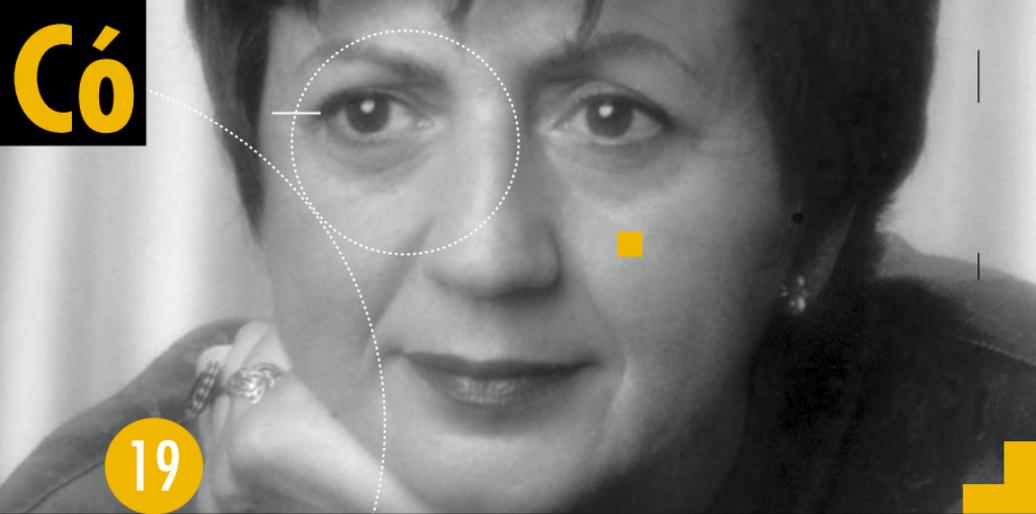
Trabajó en TVE desde 1966 hasta 1982 en que pide la excedencia escudada en la socorrida frase «motivos de salud», aunque la realidad fuera otra. Entre su primer documental realizado para el medio televisivo, *Cárcel de mujeres* con el trasfondo de la cárcel de Carabanchel madrileña, y sus últimos trabajos, su cámara y con ella su mirada han contribuido a realizar espacios tan apreciados como algunos de la serie *Paisajes con figuras* de la mano de Antonio Gala, los de *Ésta es mi tierra*, presentados por Saramago, Ana M^a Matute, Castilla del Pino o Luis Landero.

Las grandes plumas, a través del espacio *Hora 11*, la convirtieron en guionista de obras de Kafka, Guy de Maupassant, E.A. Poe, Platón, Dostoievski, H. Von Kleist, Pereda, Lope de Vega, Goldoni, Gorki, Chejov... Ha estado igualmente presente en otros de tan reconocido prestigio y aceptación de público como *Estudio 1*, *Teatro de siempre*, *Novela*... De todos ellos, sería la serie titulada *Teresa de Jesús*, coproducción de RTE/RAI, en colaboración con Carmen Martín Gaité y Víctor García de la Concha, quien lanzara su nombre al reconocimiento del gran público. Su calidad como cineasta será reconocida con la concesión del Premio Italia y el ser nombrada «Serie del Año en la 29 Semana Internacional del Cine de Valladolid». Seguirán otras coproducciones y su despedida del medio televisivo, por el momento la ha hecho con la adaptación de *Entre naranjos*, junto a Martínez de León, la novela de Blasco Ibáñez estrenada en 1998. Su última tentativa fue un fallido proyecto de serie televisiva *Los papeles de Bécquer* (2000).

Entre rodaje y rodaje, el teatro le abrió las puertas con la adaptación de *Cinco horas con Mario* de M. Delibes (1979) que gozaría de inusitado éxito de público. Le siguieron cuatro obras más, adaptaciones de autores clásicos y modernos estrenadas en primer momento en los teatros madrileños. El cine, su gran pasión, daría pie a la dirección de una serie de obras en las que figura como más conocidas *Vera, un cuento cruel* (1973) y *Esquilache* (1989); por el momento ha cerrado el ciclo con *La Lola se va a los Puertos* (1993), que supuso un cambio radical en lo que habían sido sus líneas habituales en temas y estilo.

Dice no sentir especial predilección por ninguno de los medios citados, sino que más bien se deja llevar por las exigencias del tema y las posibilidades de comunicarse que cada uno le brinda.

No puede extrañarnos, pues, que ante tamaño y rica obra de creación, fuera merecedora en 1995 de la Medalla de Andalucía.



19

Juana Castro [1945]

Nació en Villanueva de Córdoba, en una familia labradora y vivió su infancia en un ambiente rural cuyos ritos y costumbres despertarían muy pronto un sentido crítico asociado a una conciencia feminista donde el paisaje nunca fue objeto de disfrute sino escenario de injusticias sociales. Pero Juana Castro, que nació con vocación de escritora gozando ya cuando las tareas escolares se concretaban en redacciones libres, hubo de esperar, dedicada primero a cursar estudios de Magisterio y a ejercer la profesión inmediatamente después por el Norte de la provincia hasta recabar definitivamente en la capital, todo ello antes de ver publicado en 1978 su primer libro al que tituló *Cónca*; con él ingresaría oficialmente en el mundo de la literatura y por él recibiría las primeras críticas de quienes se vieron sorprendidos con la lectura de unos versos en los que la mujer llenaba todo, si bien se encontraban ante una visión radicalmente distinta a las que venía proporcionando el imaginario tradicional. Una nueva voz se afirmaba como sujeto, transgredía tanto desde la desolación como desde el gozo, señalando conductas represoras.

Juana Castro, ya en Córdoba, buscó relacionarse con quienes podía sentir cercanos por coincidir en su mismo amor por la palabra escrita: fueron los elegidos los poetas que por aquel entonces -1976- formaban el grupo Zubia, para posteriormente transitar en soledad buscando nuevas fórmulas poéticas sin abandonar por ello el que fuera el tema fundamental: la defensa de la mujer. Sus múltiples lecturas realizadas de forma autodidacta a partir de la revista catalana *Vindicación Feminista*, le sirvieron de modelo para la comprensión elaborada de lo que desde hacía mucho tiempo ella había vislumbrado y hecho suyo: la afirmación de la mujer desde su mismidad.

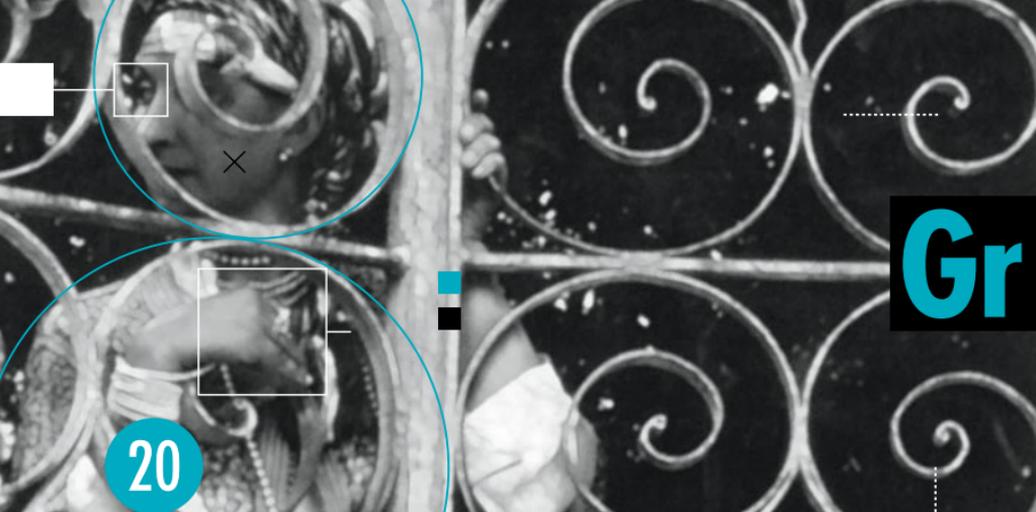
Desde su aparición en público, Juana Castro debió responder innumerables veces a la pregunta de sí se consideraba feminista, porque el calificativo ha sido lanzado contra ella en ocasiones como arma censora con la que rebajar el encendido lirismo de su palabra. La respuesta ha ido siempre en la misma dirección: el feminismo como obsesión, como compromiso, como opción de vida, sentido de manera visceral con la clara intención de dejar sentado de una vez el sentido trágico de la condición humana en general y de la relación intersexos en particular, el descubrimiento de una identidad tan dolosa como afirmativa y radiante. Cada uno de sus libros, cada uno de sus artículos en la prensa sea cual sea la cabecera que la acoga -diario *Córdoba*, *La Voz de Córdoba*, *El Día de Córdoba*...- supone una vuelta de tuerca en la que se imbrican presente y pasado, tradición y actualidad, algo

que le permite reservar el género poético para la cuidada elaboración de sus tesis feministas en cuya exposición recurre a los grandes mitos, al despliegue de un lenguaje neobarroco, selecto, preciso y meditado, a la imagen colorista elaborada, pletórica de sensibilidad y en proceso de simplificación en aras de una sobriedad recientemente vislumbada, a la utilización de un verso libre, acorde con el tono del poema o del conjunto del libro del que forma parte, mientras que por otro lado la excelente prosa de sus artículos periodísticos la reserva para verter en ella la ironía sutil, el dardo hiriente de su opinión nunca aherrojada.

La crítica han querido ver en su poesía un fuerte contenido autobiográfico, lo que no deja de ser cierto en obras como *Del dolor y las alas* (1982) escrito a raíz de la muerte de su hijo, *Paranoia en otoño* (1983) reflejo de un intenso sentimiento amoroso, pero no se olvide que para Juana Castro toda poesía hay que entenderla como «un medio de conocimiento de mí misma y del mundo que me rodea. En el proceso de la escritura es donde voy encontrando las respuestas a la vida», de lo cual se deduce que cada libro salido de su pluma es una concesión a las preocupaciones del momento y al clímax poético que la embarga, «desde la carne» de la mujer que sufre, goza o se dispone a vivir y a rememorar la infancia pasada que no es otra que la repetición de otras muchas infancias anteriores que la identifican como un eslabón más de una genealogía femenina familiar y literaria.

Con *Narcisia* (1986), Juana Castro deifica lo femenino; en *Arte de cetrería* (1989) se impone el goce del cuerpo amado y del sometimiento como nueva fórmula de dominación; *Fisterra* (1992) renueva sus raíces rurales y pueblerinas porque es en el fin de la tierra donde se puede llegar a desvelar el misterio de la existencia. *No temerás* (1994) refuerza su siempre voluntad transgresora; en *Del color y los ríos*, se desnuda de las galas barrocas para transitar por el lenguaje medido conciso del mundo rural, donde la memoria colectiva de mujeres anónimas ofrece a la autora experiencias femeninas pocas veces cantadas por la literatura canónica. Su último libro se titula *El extranjero* (Adonais, 2000) y ha merecido el Premio «San Juan de la Cruz»; anteriormente recibió los premios «Juan Alcaide» (1983), el «Juan Ramón Jiménez», «Carmen Conde» (1994); fue finalista del Premio Nacional de Poesía (1990), todos ellos en reconocimiento a su labor poética. No menos distinguida ha sido su obra en prosa, que han merecido el «Premio Nacional de Imagen de la Mujer en los Medios de Comunicación» (1984), por su serie «La voz en violeta», en el desaparecido *La voz de Córdoba*, y el «Carmen de Burgos» (1996), por los artículos en la prensa periódica.

Ha promovido asociaciones de mujeres, coordinado publicaciones y congresos poéticos y no cesa en su actividad feminista, a la que aporta su experiencia y su indudable calidad literaria. Se siente tentada por la prosa; siempre habla de una inminente novela que esperamos con verdadero interés.



Gr

20

Hafsa bint al-Hayy al-Rakuniyya [1135-1191]

Hafsa es una de las poetisas arábigo-andaluzas más famosas de al-Andalus, y la más celebre de Granada. Hija de un noble de origen beréber, rico e influyente personaje de esta ciudad, nació hacia el año 1135 (año 530 de la Hégira), según la mayoría de sus biógrafos, en la ciudad de Granada. Allí pasó su infancia y juventud en un contexto de intensa agitación política, que asistió a la caída del Imperio Almorávide y la instauración del Califato Almohade.

Alabada por su cultura e ingenio, al igual que por su belleza, estas cualidades le permitieron ocupar pronto un lugar destacado en la Corte almorávide de Granada, donde desarrolló una intensa actividad literaria y educativa, y alcanzó rápidamente la fama. Célebre también fuera de Granada, fue enviada a Rabat (1158) con un grupo de poetas y nobles granadinos ante el califa Abd al-Mumin, quien le concedió el feudo de Rakuna, cerca de Granada, epónimo del que procede el nombre con el que fue conocida la poetisa, al-Rakuniyya.

Sería en el ambiente cortesano de Granada donde conocería al poeta granadino Abu Yafar ibn Said, del ilustre linaje de los Banu Said, con el que inició una pública relación amorosa hacia el año 1154. A raíz de esta relación, ambos amantes desarrollaron un intenso intercambio de poemas amorosos, que se han conservado hasta nuestros días. Asimismo sus amoríos fueron cantados por los poetas de su grupo literario. La situación se complicó en el año 1156, cuando llegó a Granada el gobernador almohade, el príncipe Abu Said 'Utmān, hijo del Califa Abd al-Mumin, quien se enamoró de la poetisa. En un principio, Hafsa rechazó al gobernador, pero finalmente se convirtió en su amante, quizá cansada de las veleidades amorosas de Abu Yafar o por presiones del príncipe hacia ella o su familia. Esta situación originaría un conflictivo triángulo amoroso. Abu Yafar, que había sido amigo y secretario del príncipe, hizo a éste objeto de sus sátiras, y acabó participando en una rebelión política contra el gobernador, razón por la que éste lo mandó encarcelar y finalmente crucificar en el año 1163, en Málaga.

Hafsa lloró la prisión y la muerte de su amante en sentidos versos y llegó a llevar luto de viuda por él, a pesar de las amenazas del gobernador. Se retiró de la Corte, abandonando finalmente la actividad poética y centrándose, a partir de entonces, en la enseñanza. Vivió de este modo durante una parte importante de su vida, hasta que, hacia el año 1184, aceptó la invitación del Califa Yaqud al-Mansur y

se dirigió a Marrakech para dirigir la educación de las princesas almohades. Allí permaneció hasta 1191, año de su muerte.

Hafsa es la poetisa arábigo-andaluza de la que se conserva un mayor volumen de su producción poética, gracias, sobre todo, al interés de sus biógrafos y de la familia Banu Said. En total, han llegado hasta nuestros días diecisiete poemas, de gran calidad literaria. Heredera de la tradición poética árabe, sin embargo, Hafsa, al contrario de lo que es habitual en ésta, es capaz de expresar, con gran belleza, sus sentimientos reales en un lenguaje llano y espontáneo. La mayoría de sus versos son de tipo amoroso, dirigidos a Abu Yafar, aunque hay algunos satíricos y de elogio a Abu Said, alcanzando la cima de su inspiración en aquéllos en los que se lamenta de la prisión y muerte de su amante. Muestra de las mujeres independientes y cultas de la época de esplendor de al-Andalus, Hafsa fue muy respetada, a pesar de sus aparentes libertades, en su época y por los biógrafos posteriores, que la consideraron como una gran poetisa. Ibn al-Jatib dijo de ella: «Granadina, fue única en su tiempo por su belleza, elegancia, cultura literaria y mordacidad».

Bibliografía

GARULO, T.: *Diwán de las poetisas de al-Andalus*. Madrid: Hiperión, 1986, pp. 71-85.

DI GIACOMO, L.: «Une poétesse andalouse du temps des Almohades: Hafsa bint al-Hayy al-Rakuniyya», *Hesperis*, 34 (1947), 9-101.

Aixa [segunda mitad del siglo XV]

Aixa (o Fátima, según algunos autores) Bint Muhammad Aben al-Ahmar, apodada «la Horra» («la Honesta»), madre del último rey de Granada, es sin duda, una de las personalidades femeninas más célebres de la historia de Al-Andalus, a pesar de los pocos documentos que tenemos sobre su vida e incluso de la polémica surgida en torno a su nombre verdadero.

Al parecer, Aixa era hija del rey de Granada Muhammad X el Cojo, aunque según algunos autores lo era de Muhammed VIII el Zurdo. En todo caso, procedía de la familia real de Granada y debía de gozar de considerable patrimonio y prestigio por sí misma, que explicarían su notable influencia pública posterior. Según un documento aportado por Luis Seco de Lucena, recibió de su hermana Umm al-Fath la alquería de Sujayra (hoy Zujaira), que vendería el 3 de octubre de 1492 al caballero cristiano D. Luis de Valdivia por el precio de dos mil quinientos reales de plata, alquería que pasaría luego a ser propiedad de los Reyes Católicos. En la misma ciudad de Granada, poseía el palacio de Dar al-Horra y, en las afueras, Alcázar Genil, lugares donde pasaba sus períodos de recreo.

Aixa fue durante unos veinte años la sultana consorte del rey Abu l-Hasan Ali, conocido como Muley Hacem en las crónicas cristianas, con el que tuvo dos hijos varones, Abu Abd Allah Muhammad (conocido en las fuentes castellanas como Boabdil) y Abu-l-Hayyay Yusuf, y una hija llamada Aixa. Pero el sultán se enamoró de una esclava cristiana llamada Isabel de Solis, que tomó el nombre de Zoraya al convertirse al Islam, y con la que tendría dos hijos varones, hasta tal punto que acabó por desbancar a Fátima de la condición de sultana y confinarla en habitaciones menos regias.

Hacia 1484, los celos, la rivalidad entre Aixa y Zoraya, el temor por la sucesión de sus hijos, junto con la desconfianza ante las intenciones del sultán, instaron a Aixa a participar, con la facción aristocrática de los Abencerrajes, en una conspiración para destronar a su esposo y poner en su lugar a su hijo Boabdil. Tras liberar a éste de una de las torres de la Alhambra, donde su padre lo tenía preso, Aixa incitó a Boabdil y su hermano Yusuf a huir a Guadix, donde el primero fue proclamado rey. Poco después, tras una sangrienta guerra civil, el 5 de julio de 1482, Boabdil era proclamado rey de Granada.

Aixa volvió a intervenir con tenacidad y firmeza en 1483, cuando su hijo cayó

prisionero de los cristianos en la batalla de Lucena, y ella negoció su liberación. Poco se sabe de su vida en los siguientes años, pero debió de seguir -y de implicarse- muy de cerca en los agitados y decisivos acontecimientos que estaban teniendo lugar en Granada: las pretensiones al trono de El Zagal, su cuñado, y el hostigamiento constante de las tropas cristianas. Aixa se convirtió en el alma de la resistencia contra éstas.

Cuando la ciudad se rindió a los Reyes Católicos el 2 de enero de 1492, Aixa partió al exilio con su hijo, primero al señorío de Andarax, en la Alpujarra, y después, en octubre de 1493, a la ciudad marroquí de Fez, donde seguramente le sobrevendría la muerte.

Mujer enérgica y de carácter fuerte y acusada personalidad, el retrato que de ella hacen las fuentes castellanas es el de una persona de arrebatos pasionales y genio viril. Su agitada vida ha dado lugar a ser utilizada como tema recurrente en la literatura hasta nuestros días. En realidad, fue una mujer capaz de tomar importantes decisiones que influyeron en la evolución política del reino, para asegurarse la sucesión de su hijo primogénito al trono de la Granada nazarí. En suma, Aixa luchó por sus derechos y los de sus hijos con una firmeza inusual en una mujer del siglo XV, una lucha que la literatura romántica convirtió en un drama de pasiones, celos y venganzas.

Bibliografía

MARTÍNEZ, C. et al. (Dir.): *Mujeres en la Historia de España. Enciclopedia biográfica*. Barcelona: Planeta, 2000, pp. 205-206.

SANTIAGO SIMÓN, E.: «Algo más sobre la sultana madre de Boabdil», en *Homenaje al profesor Darío Cabanelas Rodríguez, o.f.m. con motivo de su LXX aniversario*. Granada: Universidad, 1987, t. 1, pp. 491-495.

Catalina de Mendoza [1542-1602]

Pintora, escritora, beata, mujer de gran cultura, pertenecía a la noble y poderosa familia de los Mendoza, linaje que durante el Renacimiento había asumido los ideales humanistas y desarrolló un intenso mecenazgo cultural, patente en especial en el marquesado de Mondéjar, donde nació Catalina de Mendoza.

Hija de D. Íñigo López de Mendoza, cuarto marqués de Mondéjar, nació en Granada el 5 de febrero de 1542. Desde los tres años, se crió en casa de sus abuelos, D. Luis Hurtado de Mendoza y Dña. Catalina de Mendoza y Pacheco. Allí fue instruida en las ciencias, la religión, los idiomas, la música, el dibujo y la pintura. Asimismo, se dedicó a la lectura de obras piadosas, especialmente los libros de Fray Luis de Granada.

Ocupó un lugar destacado en la Corte, como dama de honor de la influyente Dña. Juana de Austria, hermana de Felipe II. Casó, por poderes, con el conde de la Gomera, pero, antes de que se consumara el matrimonio, teniendo conocimiento de que su esposo le era infiel, solicitó a Roma la disolución, que consiguió. Este desengaño amoroso tuvo una importancia crucial en su vida, que, a partir de entonces, se centraría en la religiosidad. Solicitó la dispensa para ingresar como religiosa en un convento jesuita y llegó a hacer sus votos, pero no a ingresar. A pesar de ello, mantuvo su voto de castidad.

Cuando en 1571 Felipe II nombró a su padre Capitán General del Reino de Nápoles, Dña. Catalina se hizo cargo del gobierno y administración de su patrimonio. Cuando su padre regresó, le solicitó su autorización para disponer libremente de su herencia. Como era tradicional en su estirpe, dedicada a la realización de obras de beneficencia, como la fundación de hospitales y orfanatos, y a la promoción de la religiosidad, dotando bienes para la fundación de conventos y la celebración del culto, hizo donación de su herencia a la Compañía de Jesús para la fundación del Colegio de Jesuitas de Alcalá de Henares, del que fue, por tanto, su fundadora.

Catalina de Mendoza fue importante pintora y buena escritora. De su producción literaria cabe mencionar *Coloquio que tuvo con Nuestro Señor el día que hizo votos*, publicado en *Vida y elogio de doña Catalina de Mendoza, Fundadora del Colegio de la Compañía de Jesús de Alcalá de Henares* (Madrid: Imprenta Real, 1635), escrita por el P. Gerónimo de Perea, de la misma Compañía de Jesús.

Catalina fue, sobre todo, conocida como pintora, especializada en flores y bodegones, un tema, considerado menor en su época, muy practicado por las mujeres, ya que éstas solían quedar al margen de los círculos donde se canalizaban los grandes encargos de obras religiosas. También realizó algunos retratos, como el de su esposo, el *Conde de Gomera*, y el del pintor holandés *Schalcken*. Estilísticamente, su pintura se caracteriza por su gran minuciosidad y delicadeza, y sus cuadros se encuentran diseminados por diversos museos europeos.

Murió en Granada el 15 de enero de 1602.

Bibliografía

DIEGO, E. de: *La Mujer y la Pintura del XIX Español (Cuatrocientas olvidadas y algunas más)*. Madrid: Cátedra, 1987.

MARTÍNEZ, C. et al. (Dir.): *Mujeres en la Historia de España. Enciclopedia biográfica*. Barcelona: Planeta, 2000, pp. 309-310.

23

Gr

Mariana Pineda Muñoz [1804-1831]

Heroína de la libertad, su vida dramática y su personalidad excepcional la han convertido, sin duda, en la granadina más celebre y que ha inspirado la mayor cantidad de literatura. Hija natural de María de los Dolores Muñoz y Bueno, de una familia humilde de labradores de Lucena (Córdoba), y de Mariano Pineda y Ramírez, nacido en Guatemala y perteneciente a una noble familia, vino al mundo en Granada el 1 de septiembre de 1804. Ante el rechazo de su amante a contraer matrimonio, María Dolores decidió huir; pero Mariano le arrebató la criatura cuando sólo tenía ésta cuatro meses. Un año después, él murió, y Mariana fue entregada a su tío, José Pineda, administrador de su herencia, quien, tras despojar a la niña de todos sus bienes la dio en custodia al confitero José Mesa y su esposa Úrsula de la Presa. En este hogar, donde recibió una educación esmerada, permaneció Mariana hasta los catorce años.

Se casó a los quince años, el 9 de octubre de 1819, con Manuel Peralta, un joven de Huéscar, militante del partido liberal. Tuvo el matrimonio pronto un hijo, José María. Movido por las dificultades económicas, Manuel quiso averiguar el paradero de la herencia de su esposa, pero su silencio fue comprado por la entrega al matrimonio de un mayorazgo. Tuvieron otra hija, Úrsula María, y, poco después, murió el esposo, quedando Mariana viuda a la edad de dieciocho años. Para entonces, ya estaba comprometida con las ideas liberales.

Cuando en octubre de 1823 es proclamado rey Fernando VII, que restaura el absolutismo, la casa de Mariana Pineda se convierte en un centro clandestino de amparo y ayuda para los liberales. En 1828, en medio de una sangrienta represión, tiene lugar un hecho trascendental. Su tío, el presbítero Pedro de la Serrana, es encarcelado por sus ideas. Mariana acude a visitarlo a la cárcel y allí conoce a otros liberales, entre otros, el capitán Fernando Álvarez de Sotomayor. Condenado éste a muerte, Mariana idea un plan para rescatarlo. Entró en la cárcel el 26 de octubre, disfrazada de fraile capuchino y logró sacar a Fernando confundido entre otros religiosos que habían acudido al presidio aquel día.

Mariana continuó ayudando a los liberales y colaborando en la infraestructura de la resistencia, sirviendo de enlace entre los presos y sus familias, gestionando mejores condiciones y tramitando escritos en solicitud de indultos. Su actividad acabó levantando las sospechas del juez Pedrosa, que se afanó en encontrar pruebas que

inculparan directamente a la joven. Arrestada, ésta se negó a confesar y a delatar a sus compañeros, por lo que, a falta de indicios claros, fue puesta en libertad. Pedrosa estrechó el cerco de vigilancia y la volvió a arrestar y liberar. Detrás de este acoso se ha querido ver el despecho de un hombre enamorado y rechazado, pero también la consternación porque una mujer encabezara un movimiento político de protesta.

En aquella época murió su padre adoptivo, pero la pena no logró mermar su actividad antiabsolutista, así como sus contactos con Torrijos y otros revolucionarios, exiliados en Gibraltar. A comienzos de 1831, el poder real acomete una represión aún más radical e indiscriminada, al hilo de los rumores sobre levantamientos liberales. Pedrosa encontró entonces la prueba incriminatoria de Mariana. A través de una delación, el juez supo que dos bordadoras del Albaicín estaban confeccionando, por encargo de la joven, una bandera con el lema «Igualdad, Libertad y Ley». Pedrosa consiguió de las bordadoras la tela y logró que ésta acabase en la casa de Mariana. En el momento de su detención, el 13 de marzo de 1831, se hallaba en la casa de su madre adoptiva. Tras un arresto domiciliario de diez días, del que intentó infructuosamente huir disfrazada, fue confinada en el beaterio de Santa María Egipcíaca, el llamado Convento de las Arrecogidas, donde pasó los últimos dos meses de su vida. Al amparo de una resolución real que le otorgaba plenos poderes en la causa contra Mariana Pineda, Pedrosa pidió la pena capital.

Todo el proceso fue un cúmulo de ilegalidades, de apañes e incumplimientos de las escasas garantías jurídicas sobre las que se sustentaba el poder. El juez le ofreció repetidamente el perdón a cambio de delatar a sus cómplices, pero siempre obtuvo la negativa de Mariana. Tres días antes de su ejecución, fue trasladada a la Cárcel Baja. Serena, ratificada en su firme resolución de no delatar a nadie, encomendó el cuidado de sus hijos. Escribió allí mismo a su hijo una carta en la que le decía que moría «en aras de la patria, de la libertad y de la santa causa de los derechos del pueblo». El día 26 de mayo de 1831 fue conducida a lomos de mula al Campo del Triunfo, donde fue ejecutada mediante el método del garrote vil. Al mismo tiempo, fue quemada ante sus ojos la bandera causante de su detención.

Mariana se convirtió en símbolo de la lucha por la libertad. Concluido el período absolutista, después del silencio forzoso que cayó sobre su nombre, en 1937, a propuesta de los diputados granadinos, las Cortes le decretaron una fiesta anual, que se celebró durante mucho tiempo. Tras errar por diversos lugares, sus restos fueron finalmente inhumados en la Iglesia del Sagrario. Hoy día lleva su nombre una plaza y su estatua está situada en uno de los lugares más representativos políticamente de Granada.

Bibliografía

MARTÍNEZ, C. et al. (Dir.): *Mujeres en la Historia de España. Enciclopedia biográfica*. Barcelona: Planeta, 2000, pp. 632-635.

RODRIGO, A.: *Mariana de Pineda, heroína de la libertad*. Madrid: Compañía Literaria, 1997.

Eugenia de Montijo [1826-1920]

Eugenia de Montijo nació en Granada, el 5 de Mayo de 1826, en el jardín de la casona familiar, en una tienda allí improvisada durante un terremoto, como a ella le gustaba recordar. Nacida en el seno de una ilustre familia, era la segunda hija de D. Cipriano de Guzmán, Conde de Teba, y de Dña. María Manuela Kirkpatrick, hija de un rico negociante escocés afincado en Málaga. Su padre, un liberal procedente de Galicia, que había servido en los ejércitos de Napoleón I, se había instalado en Granada a causa de los avatares políticos de la época, y a la sazón se hallaba en libertad provisional vigilada por su oposición al absolutismo de Fernando VII. Fue bautizada en la Capilla Real de Granada, apadrinada por su tío Eugenio, Conde de Montijo, entonces líder de la logia masónica más importante de la ciudad.

Eugenia pasó en Granada los cuatro primeros años de su vida, para después trasladarse con su familia a Madrid. No obstante, siguió ligada a su tierra natal. Durante su juventud, visitaba la ciudad con su padre, al que acompañaba en sus largos paseos a caballo, durmiendo al sereno o pasando la noche entre los gitanos, por cuya cultura se sintió fascinada. Asimismo, pasó largas temporadas con su madre en Lanjarón.

Por la fecha en que se instaló en Madrid (1830), murió su tío Eugenio, cuyo título de Montijo heredó la familia. Deseosa de figurar entre las gentes de la nobleza y los círculos artísticos, Dña. María Manuela promovió en su casa de Madrid continuas reuniones, tertulias y fiestas, siendo la introductora en España de los bailes de disfraces.

En 1839, murió D. Cipriano, lo que supuso un severo golpe para Eugenia, que estaba muy unida a él. A partir de entonces, se hicieron frecuentes las estancias en París y Londres, los viajes y la vida mundana. De carácter difícil, poco disciplinada, mimada, atrevida, romántica, excéntrica y con sentimientos de niña desgraciada, a los 11 años ya había intentado escapar de Londres con una joven princesa hindú.

Durante su juventud, conocida por su belleza y elegancia, se implicó en numerosos conflictos amorosos. En 1842 se enamoró de su primo, el Duque de Alba, pero su madre lo había elegido para su hija mayor, Paca, y los casó. Boda que se dice la llevó a un intento de suicidio. A partir de entonces, son numerosos sus avatares amorosos, siendo pretendida por hombres de la más alta nobleza, y sin mostrar ningún interés por casarse.

Debido a las habladurías que corrían en Madrid acerca de sus excentricidades, su madre la llevó a París en el otoño de 1848, en medio de fuertes convulsiones políticas. Aquel mismo año se había producido una revolución contra la monarquía de Luis Felipe y había asumido la Presidencia de la República Luis Napoleón, que en 1852 sería proclamado Emperador, con el nombre de Napoleón III. Eugenia vivió de cerca los avatares políticos y personales del emperador y, ayudada por su madre y por el escritor Próspero Mérimée, emprendió un cerco amoroso a Luis Napoleón, que finalizó con éxito, a pesar de las reticencias de los ministros y la hostilidad de la familia del emperador. El enlace civil tuvo lugar el 29 de enero de 1853 en Las Tullerías, y al día siguiente la ceremonia religiosa en la Catedral de Nôtre Dame, convirtiéndose Eugenia en Emperatriz de los franceses.

Eugenia tuvo un hijo, Luis, en 1856, lo que le proporcionó un heredero a su esposo. Fueron sus años de mayor prestigio y prosperidad, en los que procuró ser cada vez más aceptada en la Corte. En 1859 ejerció por primera vez la Regencia, durante una campaña de su marido en Italia. La oposición, que seguía llamándola despectivamente «la española», la empezó a acusar de intromisión en los asuntos de Estado. A pesar de ello, volvió a ocupar la Regencia en 1865. En estos difíciles años para el Imperio, que se veía seriamente amenazado, Eugenia se volcó más y más en la actividad pública. En octubre de 1869 inauguró, en el que sería su último gran acto solemne, el Canal de Suez. Asumió por tercera vez la Regencia en un momento en especial delicado, con el Imperio cuestionado dentro y fuera de Francia. El conflicto entre Francia y Prusia en 1870, que acabó con la derrota y prisión de Napoleón III en Sedán, puso fin a esta parte de su vida. Se llegó a decir que, en ese momento, Eugenia era «el único hombre» del Consejo de Ministros. Logró escapar de París, antes de que entraran las tropas prusianas en la ciudad, refugiándose en la ciudad inglesa de Chislehurst, donde más tarde se reunió con ella su esposo.

Muerto Luis Napoleón en 1873, Eugenia de Montijo se afanó en promover la restauración del Imperio en la persona de su hijo Luis. Pero éste murió en África del Sur, en 1879, en el transcurso de una expedición inglesa contra los zulúes. A partir de entonces, Eugenia se dedicó a viajar por toda Europa, como ilustre y respetada exiliada, pero apartada ya de los avatares políticos.

En abril de 1920 decidió volver a España, con el pretexto de ser operada de cataratas por el famoso doctor Barraquer. Después de pasar por Algeciras y Sevilla, se instaló en Madrid, en el palacio de los Duques de Alba, donde murió el 11 de julio de 1920.

Bibliografía

DÍAZ PLAJA, F.: *Eugenia de Montijo, Emperatriz de los franceses*. Barcelona: Planeta, 1992.

SMITH, W.: *Eugenia de Montijo, ¡qué pena, pena!* Madrid: Espasa Calpe, 1991.

25

Gr

Berta Wilhelmi [1858-1934]

Berta Wilhelmi nació en Heilbronn, en el seno de una acaudalada familia alemana. Hija de D. Fernando Wilhelmi y Dña. Carolina Heinrich, la familia poseía una fábrica de papel en Heilbronn y, al incendiarse ésta, Fernando, que era ingeniero e hijo de un primer matrimonio de D. Fernando, fue a Granada a montar dos fábricas de papel: una en el pueblo de Dúdar y otra en la capital, en el Paseo de la Bomba; y posteriormente una nueva fábrica, denominada «El Blanqueo» en el término de Pinos Genil. Berta permaneció en Alemania con su hermano Luis, al que estaba muy unida. Al morir éste de tuberculosis, Berta, que contaba doce años, se fue a vivir a Granada. Instalada toda la familia en Pinos Genil, en el mismo edificio de la fábrica, D. Fernando llegaría a ser, a finales de siglo, Cónsul de Alemania en Granada.

La educación alemana y la formación liberal y laica de Berta debieron de ofrecer un fuerte contraste con la sociedad granadina de la época, pero logró integrarse en ella. Sin duda, a ello contribuyeron su desahogada posición económica y, sobre todo, su fuerte personalidad. A la edad de dieciocho años, se casó con D. Fernando Dávila Zea, de la noble familia granadina de los Ponce de León. A los 21, ya era madre de dos hijos: Luis y Berta. Realizó frecuentes viajes a Alemania, manteniendo viva la lengua y cultura alemanas en la familia. Aunque se desconoce la fecha de su separación, en 1912 se encuentra de nuevo casada, ahora con D. Eduardo Domínguez, encargado de la fábrica, matrimonio que no duraría muchos años. Tanto en su vida privada como en su actividad pública, Berta no se ciñó al patrón de esposa y madre propio de las mujeres de su clase y época.

Mujer de gran inteligencia, fuerza y buenos sentimientos, feminista y amante de la naturaleza, fue pronto conocida en Granada por sus escritos y la ejemplaridad de su vida, siendo calificada en su momento como «ilustre señora», «insigne escritora» o «dama ejemplar». Progresista, libre de prejuicios, de fuerte carácter y respetuosa con otras ideas, llevó a cabo en Granada una enorme labor en muy diversos ámbitos, entre los que destacan los de carácter pedagógico y filantrópico, llevada por su preocupación por la regeneración física y moral.

En 1889, en conexión con la Institución Libre de Enseñanza, puso en marcha la Primera Colonia Escolar en Granada, que llevó a Almuñécar a los primeros niños y niñas pobres que pudieron disfrutar de unas vacaciones pedagógicas. En 1892 →

asistió al Congreso Pedagógico Hispano-Portugués-Americano en Madrid. Sus relaciones con la Institución Libre de Enseñanza quedan también manifiestas en sus publicaciones en el *B.I.L.E.*, así como en su amistad personal con Hermenegildo Giner y Fernando de los Ríos, agrupándose su círculo de amigos en torno al partido radical, y evolucionando hacia las posiciones ideológicas del socialismo liberal.

Hacia 1900 se hizo cargo, hasta su desaparición, de la dirección de la fábrica de papel que montó la familia en Pinos Genil, y que estuvo en funcionamiento hasta principio de los años treinta de este siglo. En esta localidad, creó totalmente a sus expensas, en 1912, una escuela mixta y una biblioteca popular con 600 volúmenes. El grupo escolar de este pueblo lleva su nombre hoy en día.

Por iniciativa de Berta Wilhelmi se inició en Granada la lucha antituberculosa. Con un plan perfectamente coordinado, se documentó acerca de la enfermedad y de los últimos avances médicos en la lucha contra ella. El primer centro fundado gracias a su iniciativa se ubicó, en 1919, en una casita de El Purche llamada «Las Acacias». Poco tiempo después, ella misma crearía el Patronato Antituberculoso de la Alfaguara, con la ayuda de los doctores Alejandro Otero y José Blasco Reta. En 1923 se inauguró el Sanatorio de la Alfaguara, especializado en el tratamiento de la tuberculosis, y en 1924 organizó un preventorio para niños y niñas, con todas las características de una escuela al aire libre.

Su gran actividad y sus constantes viajes se compaginaron con temporadas en su casa del Purche, acompañada de sus hijos y nietos, que serán objeto de su atención educadora. Separada del Sr. Domínguez, compartirá los últimos años de su vida con su hija Berta y con su sobrina, Emma Wilhelmi. En la primavera de 1931, un derrame cerebral la inutilizó física y mentalmente, muriendo finalmente el 29 de julio de 1934.

El pensamiento feminista de Berta Wilhelmi queda patente en la ponencia presentada al Congreso Pedagógico Hispano-Portugués-Americano, titulada «La aptitud de la Mujer para todas las profesiones», donde defenderá «la igualdad de ambos sexos en cuanto al derecho a buscarse los medios de subsistencia necesarios para la vida..., derecho de gobernarse por sí y de tomar parte en las cuestiones sociales».

Bibliografía

BALLARÍN DOMINGO, P.: «Feminismo, educación y filantropía en la Granada de entresiglos: Berta Wilhelmi», en Ballarín, Pilar; Ortiz, Teresa (eds.): *La mujer en Andalucía. 1er Encuentro Interdisciplinar de Estudios de la Mujer*. Granada: Universidad, 1990, pp. 341-356.

GONZÁLEZ CALBET, T.: «Bertha Wilhelmi de Dávila: Aptitud de la mujer para todas las profesiones. Razón del movimiento en favor de la mujer (1893)», en Durán Heras, M^o Ángeles (dir.): *Mujeres y hombres. La formación del pensamiento igualitario*. Madrid: Castalia, 1993, pp. 83-98.

Joaquina Eguaras Ibáñez [1897-1981]

Joaquina Eguaras fue una de las primeras mujeres intelectuales de la Granada contemporánea. Nacida en el pueblo navarro de Orbaiceta el 10 de enero de 1897, a los dos años de edad, su familia, debido al destino militar de su padre, se instaló en el granadino barrio del Realejo. Tras superar la enseñanza primaria, hizo Magisterio e inició en 1918 la carrera de Filosofía y Letras, lo que la convirtió en la segunda mujer universitaria de Granada. Alumna brillante, que, sin embargo, hubo de entrar los primeros días a la Facultad por la puerta de atrás, concluyó su Licenciatura en 1922 con Premio Extraordinario y Matrícula de Honor en todas las asignaturas.

En 1925 entró como Profesora Ayudante en la Facultad de Letras, lo que la convirtió en la primera mujer profesora de la Universidad de Granada, siendo la única hasta 1935. Tras un breve paso por la enseñanza secundaria, en 1930 ingresó por oposición en el Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, y el 15 de noviembre de ese mismo año fue nombrada Directora del Museo Arqueológico de Granada. De este modo, se convertía, a los 33 años de edad, en la mujer española más joven en un puesto directivo de este rango, cargo que desempeñó durante 37 años. Bajo su dirección, el Museo tomó un enorme impulso, ya que multiplicó por diez el número de piezas, promovió excavaciones arqueológicas por toda la provincia y publicó las principales obras y colecciones existentes en él. De este modo, a su jubilación, fue nombrada Directora Honoraria.

Paralelamente, trabajó en la Escuela de Estudios Árabes, situada en la Casa del Chapiz, como profesora desde su inauguración en 1932, y después como Secretaria hasta 1972. Desde 1940 impartió de nuevo clases en la Facultad de Letras, ya como Profesora Titular, de Árabe y Hebreo. Experta en Lengua, Historia y Arte de la Granada musulmana, fueron numerosas las publicaciones que realizó sobre este tema. En 1967, ya jubilada, fue nombrada Profesora Adjunta Honoraria, en premio a sus méritos docentes e investigadores.

Además de estos nombramientos, Joaquina formó parte de las instituciones más prestigiosas nacionales e internacionales relacionadas con su labor de arqueóloga y arabista: Miembro de la Junta Conservadora del Tesoro Artístico de Granada, Miembro Correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid, Miembro y Secretaria de la Comisión Provincial de Monumentos, Delegada Provincial del

Servicio Nacional de Excavaciones Arqueológicas en Granada; Miembro de Número de la Real Academia de Bellas Artes Ntra. Sra. de las Angustias de Granada, Miembro Correspondiente de «The Hispanic Society of America», Miembro de Honor de la Asociación Española de Orientalistas, etc. Se le otorgaron numerosas distinciones, como la Encomienda de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio, Medalla de Plata al Mérito en las Bellas Artes, Orden de la Mehdawiya.

Joaquina Eguaras volcó toda su vida en el trabajo científico y en el desarrollo de su carrera profesional. A sus méritos intelectuales, cabe agregar su proyección humana. Mujer sencilla, amable, simpática y bondadosa, querida en todas partes, fue un personaje entrañable de la sociedad granadina y una inigualable guía turística de la ciudad.

Murió el 25 de abril de 1981. Cuatro días después, el Ayuntamiento de Granada acordó dedicarle una calle. Pionera en tantas cosas, Joaquina Eguaras logró labrarse su propio espacio en el ámbito profesional y científico en una época que pretendía devolver a las mujeres a la casa.

Bibliografía

RODRÍGUEZ TITOS, J.: *Mujeres de Granada*. Granada: Diputación Provincial, 1998, pp. 100-103.

Matilde Cantos Fernández [1898-1987]

Incansable luchadora por la justicia y la libertad, Matilde Cantos se implicó activamente en la política española de este siglo, lo que la llevó de los cargos públicos de la República al exilio, y después a la lucha antifranquista en la clandestinidad.

Hija única de una familia acomodada que poseía un taller y una tienda de artesanía metalúrgica, Matilde nació el 20 de septiembre de 1898 en la vivienda familiar, situada en la calle Alhóndiga. La familia poseyó, asimismo, otras fincas urbanas en la capital, como un Carmen en la Cuesta de Gómez. Matilde, tuvo, pues, una infancia y una juventud libres de dificultades. De carácter alegre y despierto, las ideas izquierdistas de su padre influyeron notablemente en su posterior trayectoria política. De este modo, formó parte del grupo de jóvenes del barrio de la Magdalena que tenían como referente a Mariana Pineda, defensora de la libertad, frente a las que idolatraban a Eugenia de Montijo.

Defensora de los derechos de las mujeres, fue una rompedora de los moldes tradicionales y una contestataria de los privilegios reservados a los hombres. Por ejemplo, fue la primera mujer en conducir un coche en Granada. Detalles anecdóticos aparte, fue una mujer inteligente y vivamente interesada por el mundo cultural, de modo que asistía habitualmente a todos los actos de interés social, así como a las tertulias ilustradas, en una época en que no era fácil el acceso de una mujer a estos espacios, donde se iniciaría su amistad con Federico García Lorca.

Mientras estudiaba Psicología, colaboraba en el Noticiero Granadino. Se casó muy joven y tuvo dos hijos, que murieron prematuramente. Continuó sus actividades feministas, políticas y culturales. Al separarse del marido, decidió independizarse y marcharse a Madrid, donde terminó Psicología, se especializó en Crimología y se graduó en Ciencias Penales.

Especialmente sensibilizada con el proletariado rural andaluz, sus inquietudes sociales y políticas la llevaron a afiliarse al Partido Socialista Obrero Español. En plena dictadura de Primo de Rivera dio su primer mitin, que versó sobre la superación de las dificultades y la no resignación. Ingresó por oposición como Penitenciaria en la Sección Especial de la Dirección General de Prisiones, siendo pronto nombrada Delegada Técnica del Consejo Nacional de Tutela de Menores. Durante la República, desplegó una intensa actividad propagandística en favor de la libertad y la democracia. De este modo, en 1933 se integró en el Comité Nacional

de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, organización popular y feminista de inspiración comunista. Reconocida intelectual, desde su posición profesional y política, fue amiga y colaboradora de personas como Largo Caballero, Julián Besteiro, Victoria Kent, Indalecio Prieto, Clara Campoamor, o Juan Negrín.

Fue compromisaria para la elección de Manuel Azaña como Presidente de la República en Mayo de 1936. Al estallar la guerra civil, Matilde Cantos recorrió el frente animando a los combatientes y dio mítines junto a Rafael Alberti y Miguel Hernández. En 1937, encabezó la delegación del PSOE en el Congreso Mundial de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, celebrado en París, a donde regresó un mes después para solicitar ayuda ante la Internacional Socialista y la federación Sindical Internacional.

Nombrada Directora del Instituto de Estudios Penales, en 1938, ejerció de Directora General de Prisiones. Como miembro del Gobierno republicano, sufrió las vicisitudes de éste, y hubo de trasladarse a Valencia y después a Barcelona, desde donde pasó a Francia en febrero de 1939.

El exilio la llevó a París y Marsella, desde donde embarcó a Casablanca (Marruecos) y de ahí a México, donde se instaló en 1941. Allí ejerció como trabajadora social, ayudando a los marginados y a la población indígena mexicana. Asimismo trabajó para la colonia de exilados y para los presos políticos que quedaban en España. Creó en la ciudad de México el Centro Andaluz, que aglutinó social y culturalmente a todos los exilados de la región, así como el Club Mariana Pineda, por medio del cual las mujeres recaudaban fondos que eran enviados a España.

A pesar del peligro, decidió volver a España en abril de 1968. Detenida en Barajas, tras unos días en la Dirección General de Seguridad, fue puesta en libertad. En mayo regresó a Granada, donde se instaló definitivamente, tras un viaje a México, en agosto de 1969.

A partir de entonces, la vida de Matilde, que vivió pobremente en pensiones de tercera clase, estuvo marcada por la clandestinidad política. Alentaba a los jóvenes, en las asambleas universitarias, a luchar contra las injusticias y la dictadura, llegando a hacerse muy popular en Granada. Con la llegada de la democracia, tuvo varias ofertas para presentarse como diputada, pero ella prefirió dar paso a los jóvenes.

Murió en Fuentevaqueros, el pueblo de Lorca, el 24 de noviembre de 1987, en la residencia de ancianos de Los Pastoreros.

Bibliografía

CANTOS FERNÁNDEZ, M.; LARA RAMOS, A.: *Cartas de doña Nadie a don Nadie*, memorias inéditas redactadas en Granada en 1986-87.

RODRÍGUEZ TITOS, J.: *Mujeres de Granada*. Granada: Diputación Provincial, 1998, pp. 103-106.

Sor María de la Santísima Trinidad [1604-1660]

Considerada como la más célebre beata visionaria de Huelva en el siglo XVII, Sor María de la Santísima Trinidad -llamada en el siglo María de Jesús-, nació en 1604 en Aracena, localidad donde se produjeron innumerables experiencias místicas y vieron la luz varias beatas (María Sánchez y Lucía de la Ossa, entre ellas). Aunque su vida y su obra apenas sea conocida, nuestra biografiada pertenece al grupo de escritoras místicas que desarrollaron su labor creativa durante el barroco español, lideradas por Sor María de Jesús de Agreda (en el siglo, María Coronel Arana), la más relevante de todas, vidente concepcionista y confidente de Felipe II, que comparte con la onubense la misma trayectoria cronológica (1602-1665), marcada en el ámbito de lo sagrado por la reforma de las órdenes religiosas y el concilio de Trento.

Según nos cuenta Fray Antonio de Lorea, autor de una biografía sobre Sor María Santísima de la Trinidad editada en 1671, ésta ya había obrado ciertos prodigios en el vientre de su madre y demostró desde niña estar «inclinada a cruces, cilicios y mortificaciones», reflejando a lo largo de toda su vida una gran capacidad para el milagro y para entablar diálogo con personajes celestiales. Además de Cristo y la Virgen, con los que habló en numerosas ocasiones, se le aparecieron entre otros, su propio Ángel de la Guarda, San Jacinto, San José, Santa María Magdalena y Santa Catalina de Siena.

Sor María de la Santísima Trinidad perteneció a la orden tercera de Santo Domingo y fundó el convento de Jesús, María y José, gozando por tanto de un apoyo eclesiástico que le sirvió ante el Santo Oficio y del que carecieron otras beatas como Lucía de la Ossa, amiga y compañera de visiones. Hay que recordar que desde el siglo XVI habían proliferado, dentro del marco de una sociedad sacralizada, las mujeres que se decían iluminadas, inspiradas o elegidas, las beatas, cuya experiencia se sitúa a medio camino entre lo laico y lo religioso. Fue raro el convento o beaterio donde no se produjo algún caso de arrobamiento o exaltación visionaria. Por otra parte, la fundación de conventos constituyó para muchas mujeres con vocación religiosa la única vía de participar en el seno de la Iglesia, abriendo para ellas una posibilidad de acción pública en una sociedad patriarcal que les negaba cualquier iniciativa en este ámbito.

El apoyo institucional recibido por Sor María de la Trinidad contribuyó a clarificar a su favor la ambigua frontera que separaba el hecho de ser una alumbrada →

vigilada por la Inquisición de la respetabilidad que confería la experiencia mística, recubierta en muchos casos por un halo de santidad. Precisamente entre los signos de santidad descritos por la monja de Aracena se encuentran la profecía y las apariciones después de la muerte, experiencias a las que tuvieron acceso tanto Lucía de la Ossa como ella misma.

Para aproximarse a la figura de la monja Trinidad la fuente más importante es el libro publicado en 1671 por el dominico Fray Antonio de Lorea: *Vida y virtudes de la venerable Madre Sor María de la Santísima Trinidad*, de la Tercera orden de Santo Domingo, que fue reeditado en Sevilla en 1854. El libro, de fuerte carácter hagiográfico, está basado en unas páginas autobiográficas que fueron escritas por la monja obedeciendo el mandato del provincial de su orden, según era costumbre en la época. Además de monja fundadora y vidente, Sor María de la Santísima Trinidad escribió poesía religiosa, aunque sólo ha llegado una pequeña muestra hasta nosotros, la que incluye Lorea en su biografía. El fraile dominico dedica un capítulo al estudio de la labor poética de la monja, incluyendo como muestra cuatro composiciones y dejando las restantes para que «algún día, si Dios es servido, con la pluma más bien cortada [las] saque a la luz», objetivo que al parecer no se alcanzó, no sabemos si por propio deseo de la escritora, pues ésta, tras enviarle un poema al canónigo Don Juan de Salvatierra le ruega que «lo lea, lo rompa, y nadie sepa que es mío».

Sabemos, sin embargo, que la poesía mística alcanzó una extensión apreciable entre los beaterios y conventos de la época, y que la obra de Sor María de la Trinidad seguía en el fondo y la forma la estética de San Juan de la Cruz, utilizando en su escritura metros distintos como la endecha heptasílaba, los cuartetos y las liras.

El perfil biográfico de Sor María de la Santísima Trinidad responde al esquema divulgado en la literatura espiritual de la época: infancia milagrosa con temprana vocación religiosa, en algunos casos desde el seno materno; una personalidad marcada por unas pautas educativas en las que impera el gusto por la lectura y la escritura; cualidades religiosas basadas en los aspectos oracionales, penitenciales, y en las visiones; referencias a los milagros obrados. La mística onubense debe ser incluida entre las fundadoras y escritoras que siguiendo el modelo de Santa Teresa de Jesús incidieron en la trayectoria de muchas mujeres, sacando a relucir sus inquietudes espirituales e intelectuales.

Bibliografía

LARA RODENAS, M^o. J. de. *Religiosidad y cultura en la Huelva moderna*. Huelva, Diputación Provincial 1995.

FRAY ANTONIO DE LOREA, *Vida y virtudes de la venerable Madre Sor María de la Santísima Trinidad, de la Tercera orden de Santo Domingo*. Sevilla, 1854 (reed.).

SÁNCHEZ HERNÁNDEZ, M^o. L. «Las variedades de la experiencia religiosa en las monjas de los siglos XVI y XVII. La religiosidad de las mujeres» (Monográfico coordinado por M. Ortega y M^o. V. López Cordón), *Arenal. Revista de Historia de las Mujeres*, vol. 5 n^o1 (1998).



29

Amalia Carvia Bernal [1861-?]

Escritora, periodista, librepensadora, maestra racionalista, masona y activista feminista. Nacida en Cádiz el 19 de abril, aunque muy vinculada a Huelva donde se traslada en 1891, probablemente por su trabajo de maestra. Allí fundó la *Unión Femenina* en 1898, una organización que tenía como fin la instalación en aquella ciudad de escuelas laicas (un proyecto similar a la *Sociedad Progresiva Femenina* de Barcelona) y de la que fue socia de honor. La vinculación y los contactos que mantuvo con la ciudad siempre están presentes en ella. Hablar de Amalia Carvia es hablar de una estirpe de mujeres que lucharon contra corriente por la dignificación y el progreso de su género. María del Carmen Simón Palmer las llama «heterodoxas», haciendo alusión a los moldes que rompieron. Amalia fue una de aquellas que elaboró, a pesar de todos los obstáculos, un curriculum de vida propio al margen de los convencionalismos que las encorsetaban.

Su vida está ligada a todos los proyectos que se inician en nuestro país con el fin de modernizar la sociedad, liberarla de la superstición y la ignorancia y, fundamentalmente, del clericalismo. Su periplo de vida pública lo efectuó, principalmente, en Andalucía (Huelva, Córdoba y Cádiz). En esta última ciudad fundó, gracias a su gran tesón, en 1895, la logia femenina de adopción «Hijas de la Regeneración», filial de la logia mixta «Regeneración» nº 188 (Cádiz) a la que pertenecían los tres hermanos Carvia: Manuel, de nombre simbólico «El Profano», iniciado en 1886, Amalia («Piedad», 26 años) y Ana («Verdad», 22 años), iniciadas un año después. En esta logia, según datos proporcionados por Enrique del Árbol, se iniciaron otras compañeras: Dolores Guillén («Firmeza»); Juana Varo («Regeneración») y Luisa López («Caridad»).

Desde muy pronto Amalia dio muestras de su inteligencia: «a Amalia se la encargarían los trabajos intelectuales y más delicados del taller», comenta del Árbol, de forma que en 1887 asciende al grado de Oradora. Sin embargo, es su interés por mejorar el estatuto de las mujeres, tanto dentro como fuera de la orden lo que más nos llama la atención. En una de las sesiones desarrolladas en la logia «Regeneración» (5-3-1890), Amalia leyó un interesante trabajo de reivindicación del trabajo de la mujer dentro de las logias, al mismo tiempo que sentaba las bases de su pensamiento feminista. Poco después, por causas que aún se desconocen, Amalia renuncia a su cargo de Oradora en la citada logia y solicita su salida del taller. Su siguiente destino sería Huelva. Allí la encontramos afiliada a la logia

«Unión y Sinceridad» del Gran Oriente Nacional. Por la documentación de ésta sabemos que jugó un brillante papel, de modo que también ascendió muy pronto al grado de Oradora adjunta. En 1892 jugó un papel importante durante la crisis que se planteó en el seno de la logia. El resultado fue la refundición de «Unión y Sinceridad» con la logia «Moralidad» 160. Tres años más tarde sus trabajos dieron su fruto y pudo fundar la logia femenina «Hijas de la Regeneración», como ya hemos apuntado.

La estancia de estos años en Huelva sería muy fructífera. Había dejado sembrada la semilla emancipista, y así lo expresaba en una carta dirigida a sus compañeras de la *Unión Femenina* de Huelva. Publicó en *El Pueblo* de Cádiz y en *Las dominicales del librepensamiento* de Madrid. En 1886 había fundado, junto a Guillén Martínez, Ramón Cala y Ramón León el *Círculo Librepensador*. Su trabajo como propagandista ya se puede constatar en sus artículos editados en *La Luz del Porvenir* (1879-1894), revista espiritista en la que colaboraban feministas como Ángeles López de Ayala, Antonia Amat, Amalia Domingo Soler, Carmen de Burgos, Carmen Fuentes, Emilia Pardo Bazán, Natalia Casanova, Pilar Rafecas y Rosario de Acuña. En Valencia Belén Sárraga Hernández y su hermana Ana Carvia, en 1896, fundaban la *Asociación General Femenina* y la publicación *La Conciencia Libre*, que en 1897 trasladaría su cabecera a Málaga, donde se ubicó la dirigente Belén Sárraga. Un año más tarde se fundaría la *Sociedad Progresiva Femenina* (que compartía local con la logia Constancia, liderada por Angeles López de Ayala). Amalia fue una de las firmantes del mensaje dirigido por varias mujeres «A los demócratas españoles» reclamando el derecho al sufragio femenino, publicado por la revista *Las dominicales del librepensamiento*. Colaboró en la «Conciencia Libre de Barcelona». Con su hermana Ana fundaría en Valencia «Redención» y la «Sociedad Concepción Arenal». En 1918 funda la «Liga Española para el Progreso de la Mujer».

Las claves de su feminismo están insertas en la línea del pensamiento laicista y anticlerical que caracterizó al movimiento feminista de aquellos años. La emancipación, la entendía Amalia, a partir de la regeneración de la mujer en el ámbito familiar como factor principal de él. En estos trabajos en pro de las mujeres, Amalia le otorgaba a la masonería un papel fundamental. Para ella, la desigualdad de las mujeres surgía del fanatismo religioso, causa de muchos prejuicios. Por ello su empeño con las escuelas laicas, frente de combate al jesuitismo: un masón jamás debería mandar a sus hijos a una escuela católica.

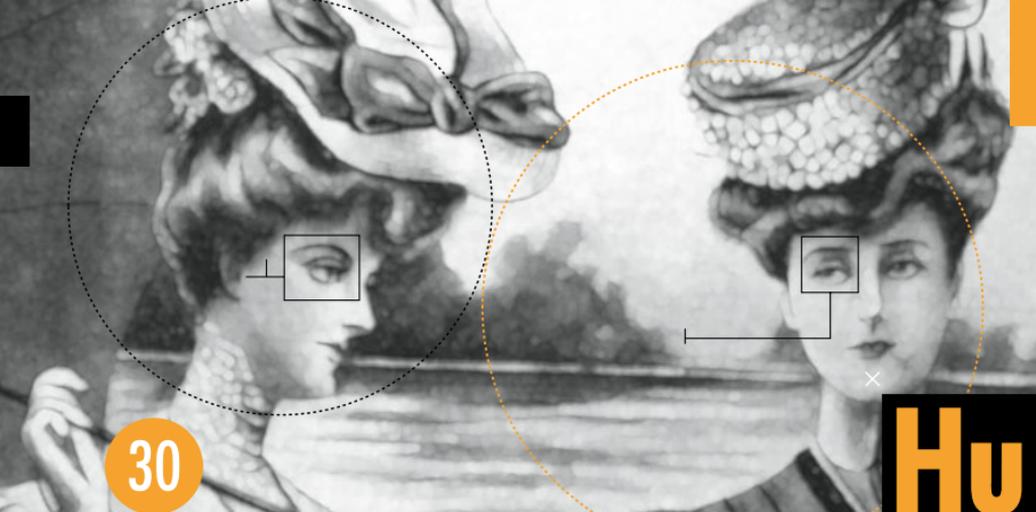
Bibliografía

ÁLVAREZ LÁZARO, P. *Masonería y librepensamiento en la España de la Restauración*, UPC, Madrid, 1985.

ENRIQUE DEL ÁRBOL, E. «Un espacio de paz y progreso: La logia femenina (Hijas de la Regeneración nº 124) de Cádiz en el último tercio del siglo XIX», en *Discursos, realidades, utopías: La construcción del sujeto femenino en los siglos XIX y XX*, M^o Dolores Ramos y Teresa Vera (eds.), Madrid (en prensa).

FAGOAGA, C. *La voz y el voto de las mujeres. El sufragismo en España. 1877-1931*, Icaria, Barcelona, 1985.

SIMÓN PALMER, M^o C. *Escritoras españolas del siglo XIX. Manual bio-bibliográfico*, Castalia, Madrid, 1991.



30

Hu

Casilda Antón del Olmet [1871-?]

Igual que otras escritoras del siglo XIX, entre las que se cuentan Rosario de Acuña y Villanueva, condesa de Acuña, Josefa Ugarte de Barrientos, duquesa de Parcent, o Emilia Pardo Bazán, la articulista, autora teatral y poetisa onubense Casilda Antón del Olmet nació en el seno de una familia noble, circunstancia que le permitió desde la infancia acceder a la cultura, las bibliotecas y los libros, entrar en el circuito de los desplazamientos y viajes, que como se sabe constituyen otra fuente de saber y conocimiento, y más tarde en los cenáculos políticos e intelectuales de la Restauración, debido a las buenas relaciones de su hermano el diplomático Fernando Antón del Olmet, marqués de Dosfuentes.

Natural de la ciudad de Huelva, su llegada al mundo se produjo en 1871, en pleno Sexenio Revolucionario, en unos momentos de eclosión político-social en los que no sólo se cuestionaba la naturaleza del régimen institucional que más convenía al país sino en los que se discutía en diferentes medios intelectuales acerca del papel que debían desempeñar las mujeres en la sociedad decimonónica. Un hecho significativo si se tiene en cuenta que en 1870 sólo el 9,6% de las españolas sabía leer.

Casilda Antón del Olmet vio la luz en un ámbito geográfico -el eje Cádiz-Huelva- catalogado como la cuna del periodismo político español, en el que debido a la influencia del liberalismo ilustrado y a la presencia de redes laicas y masónicas, muy extendidas en ambas ciudades, proliferaron estas discusiones. Aunque los archivos de Huelva no guardan la mayor parte de las publicaciones literarias del siglo XIX, ni tampoco la prensa femenina, sí se conserva entre la prensa gaditana la revista *Cádiz, Artes, Letras, Ciencias* (1877-1880), que dirigió la escritora Patrocinio de Biedma y Lamonedada y en la que colaboraron con regularidad Concepción Gimeno de Flaquer, Faustina Sáenz de Melgar y Sofía Tartilán entre otras narradoras y articulistas. Esta revista es representativa de la polémica surgida en torno a la «cuestión femenina», atizada tres años antes del nacimiento de Casilda Antón del Olmet por la escritora y penalista Concepción Arenal en su libro *La mujer del porvenir* (1868), donde postula que la mujer no era inferior al hombre ni intelectual ni moralmente, y que éste es la primera víctima de la falta de preparación de las mujeres.

La infancia de Casilda Antón del Olmet transcurre, pues, con estas tertulias como telón de fondo. Tertulias en las que se argumenta que «la cuestión femenina» →

no puede plantearse sin ganar una primera batalla: el derecho a la educación femenina, que conducirá no a la emancipación total de las mujeres, algo que en aquellos momentos no se reivindicaba, sino a su emancipación intelectual y moral. Sin género de dudas la escritora onubense no tuvo problemas a la hora de acceder al nivel de ilustración necesario para «emanciparse» y recalar en Madrid, sede de importantes círculos políticos e intelectuales, donde la encontramos a finales de siglo ejerciendo su labor como escritora. Desde muy joven había cultivado la poesía con «inspiración y sentimiento», actividad que ha quedado recogida en sus obras *Canciones de mi tierra* y *Nuevo Cancionero*. Estas composiciones demuestran que las mujeres encuentran en la valoración del sentimiento, en la espontaneidad y en las temáticas paisajísticas llenas de nostalgia un apoyo importante frente a la tradición del silencio femenino.

Naturalmente, la influencia familiar debió contribuir a que se abrieran las puertas de algunas tribunas de opinión a la escritora, como confirman sus colaboraciones periodísticas en *La Época*, órgano del partido conservador, y *La Correspondencia de España*, decano de los diarios madrileños en el periodo 1900-1913, el de mayor circulación, considerado como la primera gran empresa periodística que existió en España. De esta forma Casilda Antón del Olmet lograba darse a conocer al público y rompía el aislamiento social que se consideraba consustancial al universo de las mujeres.

En 1901 la escritora estrenó en el Teatro Español una comedia dramática escrita en prosa y dividida en tres actos, que fue publicada por la Sociedad de Autores ese mismo año, acompañada de una Carta prólogo al Duque de Tamames, donde la autora explica las vicisitudes del estreno, al parecer un rotundo fracaso, que ella atribuye al hecho de haberse representado inmediatamente después de *Electra*, el drama de Benito Pérez Galdós que movilizó a las multitudes, a los reventadores y al carácter psicológico y sencillo de la obra.

Sabemos que Casilda Antón del Olmet, siguiendo algunas de las tradiciones de la nobleza, perteneció a la Real Maestranza de Caballería de Zaragoza, pero su trayectoria biográfica vital e intelectual presenta grandes lagunas. No hay que olvidar que fueron más de trescientas las escritoras andaluzas que colaboraron en la prensa durante el siglo XIX y que fueron muy pocas las que alcanzaron la fama, permaneciendo las demás relegadas al olvido, invisibles en las historias del periodismo o de la literatura.

Bibliografía

CANTOS CASENAVE, M. «Hacer calceta», en C. CANTERLA (ed.), *VII Encuentro de la Ilustración al Romanticismo. Cádiz, América y Europa ante la modernidad. La mujer en los siglos XVIII y XIX*. Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1994, pp. 423-431.

HORMIGÓN, J. A. (dir.), *Autoras en la Historia del Teatro Español*. Madrid, publicaciones de la Asociación de Directores de Escena de España, Vol. II, pp. 203-205.

LÓPEZ CARMONA, A. *Escritoras Andaluzas en la prensa de Andalucía del siglo XIX*. Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1999, p. 44.

Dolores Parrales «La Parrala»

*La Parrala dicen que era de Moguer,
y otros aseguran que era de La Palma;
pero nunca nadie supo de fijo
de dónde era la Parrala.
La Parrala, sí; la Parrala, no.
La Parrala, niña de mi corazón.*

Lo que dice el cantar es cierto respecto a la incógnita sobre la fecha y el lugar de nacimiento de Dolores Parrales Moreno aunque hay unanimidad en aproximarlos a Moguer (Huelva) y datarlo en el primera mitad del siglo XIX.

Como otras dinastías flamencas, el cante fue una actividad familiar pues tanto Dolores como su hermana Trinidad se dedicaron a tales menesteres en la época de los cafés-cantantes. Casada con el guitarrista Paco de Lucena desarrollaron su actividad artística por toda Andalucía aunque el reconocimiento internacional le llegó gracias a las actuaciones de ambos en París en 1880, pasando en 1884 a ser la interprete principal del café cantante de la Plaza de la Marina en Granada donde compartía escenario -y presuntas rivalidades- con La Macarrona.

Dolores Parrales no sólo se dedicó a interpretar magníficamente sus especialidades flamencas: palos como las seguiriyas, serranas, livianas, polos, soleares y los fandangos de su tierra; investigó además sobre cantes desaparecidos ya por aquellas épocas como la «canción del sereno» y el «pregón del pescadero» que requerían capacidades tonales muy dificultosas en su ejecución. Ejerció además el magisterio en su oficio contando como alumno aventajado con Antonio Silva El Portugués e intentó ser digna heredera de quien ella consideraba el máximo exponente de su oficio, Silverio Franconetti.

Las escasas noticias que sobre la vida y la actividad de La Parrala nos han llegado proceden de Fernando el de Triana, quien en su libro de 1935 *Arte y artistas flamencos*, hace una semblanza de esta artista de quien afirma que «...Ésta ha sido la cantaora más general que se ha conocido hasta hoy. Además tenía predilección por los cantes machunos...». Esta afirmación que nos da idea de las características tonales de la voz de La Parrala, hemos de interpretarlas como halago en una época y en un contexto.

el del flamenco, en que las mujeres se admitían como acompañamiento coral a la interpretación masculina o bien como intérpretes de cantes pequeños y ligeros.

La vida de Dolores Parrales tampoco está exenta de ese componente de amor, pasión y drama que rodea el mundo de los café-cantantes y que luego hereda la copla. Afirmo Fernando el de Triana que el día antes de su muerte le obsequió con una última seguiriya que decía así: «De estos malos ratitos / que yo estoy pasando, / tiene la culpa mi compañerito / por quererlo tanto»...pocas horas después dejó de existir.

Su arte y su interés por estudiar lo relacionado con los orígenes del flamenco hicieron que La Parrala se relacionara con escritores y poetas admiradores del cante y despertara el interés de aficionados incluso después de que en los tablaos se hubiera dejado de escuchar su voz. Prueba de ello es el homenaje que García Lorca le brinda en una de sus viñetas flamencas:

*Lámparas de cristal
y espejos verdes.
Sobre el tablao oscuro,
la Parrala sostiene
una conversación
con la muerte.
La llama, no viene,
y la vuelve a llamar.
Las gentes
aspiran los sollozos.
Y en los espejos verdes,
largas colas de seda
se mueven.*

Bibliografía

Diccionario Enciclopédico Ilustrado del Flamenco. Madrid: Cinterco, 1988.

Gran Enciclopedia de Andalucía. Sevilla: Promociones Culturales Andaluzas, 1979.

NÚÑEZ DE PRADO, G. *Cantaos andaluces.* Cádiz: Universidad, Servicio de Publicaciones, 1987.

Elena M. Wishaw [1857-1937]

Hay quien dice que no se es del lugar donde se ha nacido, sino del sitio donde se vive. Una afirmación ésta que bien podemos aplicar a esta mujer de origen británico y realidad vital española, que se afincó en los primeros años del siglo XX en la población de Niebla (Huelva) y en ella vivió hasta su muerte, ya entrada la década de los años cuarenta.

La presencia en estas tierras de la «*simpática y excéntrica arqueóloga*», tal como la ha definido el también británico David Avery en su historia sobre las minas de Riotinto, hemos de enmarcarla en la generalizada «excentricidad» de las clases pudientes de la Inglaterra de principios del pasado siglo. Una actitud de vida que hunde sus raíces en la visión que ellos mismos, los súbditos británicos de la Reina Victoria, se habían formado del mundo que iban conociendo a través de sus conquistas coloniales en el sur mediterráneo, el Próximo Oriente, el continente africano y la India.

Para ellos es un inmenso mundo desconocido y exótico que les atrae y les convulsiona, hasta el punto de marcharse a vivir a lugares donde esperan tener, manteniendo una prudente distancia, una vida de aventuras en contacto con sociedades que consideran atrasadas e incapaces de valorar el rico legado histórico que atesoran.

España no fue ajena a esta «colonización» y Elena M.^a Willians y Windsor, Wishaw tras su matrimonio, fue una de sus colonizadoras. Su venida a nuestro país hemos de situarla en el conjunto de las mujeres que, por aquellas décadas iniciales del siglo recién terminado, iniciaron viajes por lugares y países exóticos generalmente relacionados con el mundo musulmán, movidas por un desmesurado afán de conocimiento del origen de esas culturas y de su desarrollo en el ámbito artístico. Una actividad propia de mujeres cultivadas culturalmente, con suficientes recursos económicos e impregnadas de las incipientes ideas que propugnaban, hasta cierto punto, la igualdad de derechos respecto a los hombres que sólo las que pertenecían a las clases adineradas podían permitirse.

Es en ese ambiente donde vemos inmersa a Elena M. Wishaw cuando aparece en Niebla. Venía a buscar los más antiguos orígenes de las poblaciones que a través de la Historia habitaron el hoy suelo andaluz. Pero lo hacía no desde una estricta visión de arqueóloga, sino que también se interesaba por las costumbres de las gentes del lugar, por sus tradiciones, en definitiva, por sus formas de vida; por

ello, en la no muy abundante documentación conservada en el Archivo Municipal de Niebla, se encuentran recogidas coplas y leyendas populares, dibujos de los encajes que hacían las mujeres de Niebla y censos de los niños, por edades y calles donde vivían, a quienes solía hacer regalos en las fiestas navideñas.

Su interés por la Historia le llevó a fundar en 1915 la Escuela Anglo Hispano Americana de Arqueología, cuya actividad fue notable y extensa, contando para ello con aportaciones económicas de los ilustres amigos, tanto británicos como españoles, con los que contaba y que no debieron ser ajenos a que por Real Decreto de 1 de diciembre de 1923, se le otorgaran diversas parcelas en terrenos de propios del Ayuntamiento de Niebla. Estas ayudas, a las que no fue ajena la Riotinto Company Ltd., que explotaba las minas de Riotinto, no debieron ser suficientes para sus investigaciones y aún se conserva alguna correspondencia relativa a la venta a anticuarios londinenses de monedas halladas en sus excavaciones.

No fueron sus escritos, numerosos por otra parte, de una alta calidad científica, pero ello no fue óbice para que en 1927 fuese nombrada miembro numerario de la Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria.

Pero junto a su labor investigadora, que le llevó a crear un museo en las dependencias de la Puerta del Buey de la muralla de Niebla, no ha de olvidarse su pensamiento político conservador y cercano, no sólo ideológicamente, a los golpistas que en 1936 se levantaron contra la República española, como lo evidencia su correspondencia con el general Queipo de Llano. Numerosas son las evidencias de sus simpatías políticas, reflejadas en los abundantes recortes de prensa guardados relativos a la vida política española y que también atesoraba de la anterior contienda hispano-marroquí, en la que se habían forjado los golpistas. Ideas que también plasmó en diversos escritos, en los que alude al programa y a las actividades del Partido Comunista de España. En definitiva, una mujer con una personalidad que podemos considerar típica de la época y de su entorno social.

Culta y de no escasos recursos económicos, llevó una vida de aventuras en un país exótico, mientras que al atardecer navegaba en barca por el río Tinto bajo una sombrilla y leía antes de dormir una novela policíaca, como se deduce del gran número de ellas que se conservan aún en su maltrecha biblioteca.

Bibliografía

WHISHAW, E. M. (1929). *Atlantis in Andalusia*. Rider & Co. Londres.

RUFETE TOMICO, P. (1987). «Inventario del Archivo de Elena M.ª Willians y Windsor» (en Rey de las Peñas, R.: «Inventario del Archivo Municipal de Niebla»). *Archivos Municipales Onubenses* 53. Diputación Provincial de Huelva).

33

Zenobia Camprubí Aymar [1887-1956]

Mujer de negocios, escritora, traductora y profesora. Fue hija del matrimonio formado por el ingeniero navarro Raimundo Camprubí y la puertorriqueña Isabel Aymar. Vino al mundo el día 31 de agosto en la localidad barcelonesa de Malgrat y la madre, de ascendencia norteamericana, quiso educar a sus hijos, tres niños y ella, en los Estados Unidos. La misma Zenobia estuvo largas temporadas educándose allí. Los hermanos se formaron en Harvard, Columbia y Massachusetts y Zenobia compaginó su educación anglosajona con las clases impartidas en la Institución Libre de Enseñanza. Se relacionó muy estrechamente con el International Institute for Girls, vecino a la Residencia de Estudiantes. Desde muy joven dio muestras de una clara inteligencia. Su esmerada educación, su cosmopolitismo y su conocimiento de idiomas, unido a un físico de rubia no peninsular, la convirtieron en una mujer interesante y particular.

Entre 1907-1908 la familia residió en Huelva, donde el padre fue director del Puerto. Esta estancia andaluza y el interés por su cultura marcaron a Zenobia de una manera particular. En 1912 o 13 la joven asistió a una conferencia sobre el Monasterio de la Rábida en la Residencia de Estudiantes y allí conoció al poeta de Moguer Juan Ramón Jiménez. Fue un auténtico flechazo para el andaluz que a partir de entonces comenzó su campaña para conseguirla. Sin embargo, aquello no iba a ser tarea fácil. Eran dos personalidades opuestas. Zenobia era activa, alegre, extrovertida y muy práctica. Él, por el contrario, era huraño, reservado y soñador. Pocas cosas en común y, sin embargo, el matrimonio duraría más de cuarenta años, mientras ella vivió. Durante dos años mantuvieron una estrecha relación de amistad y colaboración intelectual. En 1914, a instancias de él, publicó unos poemas en *La Lectura* y comenzó a traducir la obra del indio Tagore.

En 1915 Zenobia aceptó por fin casarse con el poeta. A finales de ese año viajó con su madre a Nueva York para visitar a sus hermanos y allí se les unió Juan Ramón poco después. Se casaron en Nueva York en marzo de 1916. A su regreso se instalaron en Madrid y comenzó su convivencia. Zenobia se multiplicaba para atender su negocio de arte y antigüedades, la casa y... a Juan Ramón. Colaboradora estrecha del escritor, traducía, leía y cuidaba de que nada distrajera al maestro: se había convertido en esposa-madre del poeta. Pero como apuntamos, Zenobia era una mujer dinámica, moderna, preocupada por la educación de las españolas. Años más tarde, en el exilio, dará conferencias sobre este asunto. Mientras, en España,

hace de chófer para el esposo (fue una de las primeras mujeres en conducir un automóvil) y forma parte del Lyceum Club Femenino, como secretaria, un club femenino muy exquisito presidido por María de Maeztu.

El golpe militar de 1936 y la guerra civil cambiarían drásticamente su vida. En los primeros días del levantamiento, Zenobia, a petición de la Junta de Protección de Menores, se hizo cargo de 12 niños que instaló a su costa (empeñó para ello algunos objetos de arte y alhajas). Pero Juan Ramón, hombre de paz, alejado de la política, intimidado por los acontecimientos, comenta Rodrigo, se siente enfermo de ansiedad y decide marcharse fuera de España. Se le proporciona un pasaporte diplomático, como agregado en Washington. Tras unos días en Nueva York, el 29 de septiembre de 1936 arriban a Puerto Rico. Allí empieza Zenobia su andadura como conferenciante. En octubre habla de los movimientos feministas españoles: «La mujer española en la vida del país».

Tras esta primera estancia el matrimonio viaja a Cuba y La Florida. Temporalmente visitan Nueva York. Entre 1943 a 1951 su vida transcurre vinculada a la Universidad de Maryland. En 1944 Zenobia es invitada a participar en el Programa de Entrenamiento (relacionado con la enseñanza y la práctica del español). Su apartamento americano era muy frecuentado por sus alumnos «que ella atendía siempre, interesada por la juventud» comenta la profesora Graciela P. De Nemes, quien conoció de cerca al matrimonio. Cuando terminaron los programas de entrenamiento Zenobia siguió vinculada a la Universidad, en la Facultad de Filosofía y Letras. Pero las crisis obsesivas y las depresiones del esposo se fueron haciendo cada vez más frecuentes. Zenobia, además de la mano y el pie del poeta, fue muchas veces su lengua, comenta un amigo del matrimonio, refiriéndose a que el poeta, a pesar de conocer el idioma, se negaba sistemáticamente a hablar en inglés. Entre 1950-51 Juan Ramón estuvo internado en varios hospitales, siempre acompañado de Zenobia. A finales de 1951 cae ella gravemente enferma y en diciembre viaja, acompañada de una amiga, hasta Boston donde es operada. Pero la enfermedad era muy grave. Sin embargo, sacando fuerzas de flaqueza, a veces levantándose de su lecho de enferma, sigue cuidando del poeta. «¿Por qué está usted siempre con esa cara de alma en pena? ¡Es usted un egoísta de primera!», había escrito Zenobia al principio de conocerlo. Fueron palabras proféticas.

La última alegría de esta valiente mujer fue anunciar a su marido que le habían concedido el premio Nobel. El día 28 de octubre de 1956, a las cuatro de la tarde, moría Zenobia en un hospital de Puerto Rico. «Mi esposa Zenobia es la verdadera ganadora de este premio», encargó Juan Ramón que se anunciara al auditorio sueco.

Bibliografía

ALCALDE, C. *Mujeres en el franquismo. Exiliadas, nacionalistas y opositoras*, (Pról. de M. Vázquez Montalbán), Flor del Viento Ediciones, Barcelona, marzo, 1996.

RODRIGO, A. *Mujeres de España. Las silenciadas*, Círculo de Lectores.

Helvia [20 a.C.?-segunda mitad S. I d.C.]

Conocida a través de la obra *Consolatio a Helvia*, un escrito dirigido a ella por su hijo, el filósofo Séneca, cuando fue desterrado de Roma. El lugar de su nacimiento parece que fue la ciudad de Urgavo (Arjona, Jaén), de donde al parecer procedía su familia paterna. La fecha de su nacimiento se asocia con el nacimiento de su segundo hijo, Séneca, que nació hacia el cambio de era. Helvia fue hija única de uno de los miembros de la familia de los Helvios, una de las familias más importantes de la oligarquía bética. La madre murió de parto y el viudo volvió a casarse de nuevo. Sin embargo, se conoce la existencia de una hermana mayor de Helvia, probablemente hija de una anterior unión de su madre o, más probablemente, de su madrastra. Séneca guardó muy buenos recuerdos de esta abuela que se comportó como una verdadera madre con Helvia y con sus hijos, aunque no parece que esta actitud fuera forzada pues Helvia fue una hija obediente y cariñosa. Las dos hijas (adoptiva y propia) fueron educadas en el canon romano más estricto, en el que la formación intelectual de las niñas se subordinaba a la austeridad del pudor (pudicitia).

Como era costumbre, Helvia se casó con un hombre mucho mayor que ella llamado Lucio Anneo Séneca y se trasladó a Córdoba. Allí nacieron sus hijos: Novato, Séneca y Mela, aunque se ignoran las fechas. Por su hijo Séneca sabemos que fue una mujer fecunda y que llegó a edad madura, por lo que no se descarta que solo esos tres hijos fueran los que sobrevivieran a otros partos, por otra parte, nada extraño si tenemos en cuenta la enorme mortalidad infantil de aquella época. La relación de Helvia con el esposo, a pesar de la diferencia de edad y de su actitud negativa ante la inquietud intelectual de ésta, parece que fue excelente pues Séneca se refería a él como el «queridísimo esposo». No obstante, no debemos tomar demasiado literalmente esta expresión filial. Quizás la procesión, como se suele decir, la llevaba por dentro la madre, Helvia, que había visto como era apartada por el esposo de su instrucción cuando empezó a estudiar filosofía, al mismo tiempo que su hijo Séneca se iniciaba con los filósofos Soción y Atalo. El severo caballero creía más pertinente la educación tradicional, según la cual una extensa formación intelectual era perjudicial para la moralidad femenina. Lo cierto es que lo que captó Helvia de ese aprendizaje interrumpido lo supo rentabilizar magníficamente. Con extraordinaria inteligencia administró la fortuna de sus hijos sin enriquecerse con ella y proveyó a sus hijos Novato y Séneca, dedicados a la

vida pública, de todo lo necesario para avanzar en sus carreras como magistrados. El tercero de sus hijos, Marco Anneo Mela, se casó con Acilia, de la familia cordobesa de los Acilios y madre del poeta Lucano. El matrimonio se consagró a cuidar de Helvia, primero en Córdoba y luego en Roma, donde se trasladaron siguiendo a sus hijos y hermanos.

Helvia enviudó entre los años 40 y 41 -el luto oficial duraba diez meses- pues Séneca alude a que su madre aún lloraba la pérdida de su padre cuando él fue exiliado de Roma, hecho ocurrido en el año 41. No estuvo presente cuando murió el esposo (probablemente se encontraba cerca, en casa de sus padres, ya que se hizo cargo del funeral). Al quedar viuda volvió a casa de su padre pues se había casado bajo la fórmula *sine manu*, esto es, bajo la tutela paterna. Sin embargo, según una ley promovida por Augusto para favorecer a la natalidad, como madre de varios hijos, pudo beneficiarse de esta circunstancia y administrar sus negocios sin mediación de varón alguno. A finales del año 41 Helvia viajó a Roma para reunirse con su hijo y ser testigo de las desgracias que le acompañaron: la muerte de uno de sus hijos, su destierro a Córcega, apenas veinte días después de su llegada...

Como apuntamos al principio, la *Consolatio* es la única fuente de información sobre Helvia. En el escrito se alude a sus relaciones, de estrecha amistad, y en el que se recuerda su etapa en los que ambos compartían estudios. La obra es un elogio a la madre. Le recomienda, para calmar su dolor, que se dedique a los estudios liberales y a sus otros dos hijos. Pero es en la hermanastra, siempre ligada a ella, en la que Helvia encuentra siempre cobijo. Ella y su esposo, Cayo Galerio, habían cuidado de Séneca cuando éste inició su carrera en Roma. También la ayudaron el cariño de sus nietos, en particular el de su nieta Novatila, hija de Novato, quien había quedado huérfana de madre. Séneca recomienda que sea Helvia quien la instruya. Seis años permaneció Séneca en el destierro. Desde el año 42 Séneca deja de mencionar a Helvia por lo que desconocemos que fue de ella a partir de esa fecha. En opinión de M^a Dolores Mirón, el gran mérito de Helvia, a los ojos de su hijo, era «haber sido una mujer de ánimo varonil, pero de vida femenina, es decir, siempre entregada al cumplimiento de su papel de género».

Bibliografía

CASTILLO, C. «Los senadores béticos. Relaciones familiares y sociales», *Epigrafía e ordine senatorio*, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma, 1982, pp. 465-519.

HEMELRIJK, E. A. *Matrona docta. Educated women in the Roman elite from Cornelia to Julia Domna*, Routledge, Londres, 1995.

SÉNECA, L. A. *Consolation a Helvia. Cartas a Lucila*, Salvat, Barcelona, 1971.

—, *Diálogos. Consolaciones a Marcia, a su madre Helvia y a Polibio*, Gredos, Madrid, 1996.

VASSIOLEIOU, A. «Le grand-père maternel de Sénèque dans une inscription d'Urgavo», *Revue Philologique*, 47 (1973), pp. 299-303.

VV.AA. *Mujeres en la Historia de España. Enciclopedia biográfica* (Cándida Martínez, Reyna Pastor, M^a José de la Pascua y Susanna Tavera, dir.), Planeta, Barcelona, 2000.

Mariana de Carvajal y Saavedra [1610-15?-1663-66?]

Novelista. Dentro del grupo de mujeres escritoras del siglo XVII, representante del Barroco más puro. Nació en Jaén, sin precisarse la fecha, a comienzos del siglo XVII, aunque siendo aún niña, su familia se trasladó a Granada, donde vivió varios años. Fue hija del matrimonio formado por Alvaro de Carvajal y Marta de Piédrola, ambos pertenecientes a la nobleza. En Granada conoció al que sería su marido, Baltasar Velázquez, alcalde de hijosdalgo en aquella Real Chancillería con quien se casó hacia 1630. Siguiendo los destinos del esposo, la familia se trasladó a Madrid y después a Valladolid, donde había sido trasladada la corte. Según datos proporcionados por Aurora Riviére, nos enteramos de que tuvo una numerosa prole, cuestión ésta que le produjo al matrimonio no pocos problemas de índole económica, de forma que, en 1656, cuando Mariana enviudó, su situación era tan precaria que tuvo que suplicar al rey el pago de una pensión de doscientos ducados, concedida al marido antes de su muerte. Según comenta Riviére, la obtuvo «sin dificultad». Se especula su vuelta a Granada, donde residían dos de sus hijos: Francisco y Rodrigo.

Fue autora de una serie de novelas o relatos breves dentro de la estética barroca. Entre ellos se destaca *Navidades de Madrid y noches entretenidas*, compuesta de ocho relatos (1663), a modo de cuadro de costumbres en los que se puede apreciar toda la panoplia de costumbres y detalles que caracterizaban la vida cotidiana de España de aquellos años: casamientos, trajes, alimentación, vivienda, mobiliario, remedios y medicamentos, espectáculos, diversiones, etc. Muy a menudo se ha comparado la obra de esta novelista con la de María de Zayas y Sotomayor, algo más joven que ella, «siempre en su demérito», comenta Riviére. La diferencia entre ambas escritoras, entre otras, y desde la perspectiva feminista, es el tratamiento que Mariana da al papel de la mujer. Si en Zayas el discurso es explícitamente combativo y defensor de su sexo, la perspectiva de Mariana se limita a presentar a las mujeres (siempre como grupo culto y escogido) desempeñando un papel «lúdico y relevante» para entretenimiento de los caballeros. En su obra *La industria vence desdenes*, la escritora ya insinúa la importancia que empieza a tomar la burguesía. Otra de sus novelas cortesanas es *El amante venturoso*, donde la escritora deja patente el paternalismo que rige a las familias. Junto a esta obra en prosa Mariana produjo una interesante muestra de poesías en las que aborda temas del más puro estilo barroco: fábulas, mitología, jácaras, y poemas diversos,

de estilo conceptista, en las que se destaca su carácter satírico y burlesco.

No se conoce con exactitud la fecha de su muerte, aunque se sabe que en 1664 sus hijos Francisco y Rodrigo, celebraron en su casa granadina, ciudad en la que ella residía, una academia literaria. Se especula, que al no participar Mariana en este evento, puede traducirse en que hubiera muerto por entonces.

Bibliografía

COLÓN CALDERÓN, I. *Mariana de Carvajal y Saavedra: una novelista del siglo XVII* (tesis doctoral), UCM, Madrid, 1985.

NAVARRO DURÁN, R. «El marco de las novelas de Mariana de Carvajal», *Salina. Revista de Lletres*, 11 (1997), pp. 39-46.

PROFETI, M. G. «Los parentescos ficticios desde una perspectiva femenina: María de Zayas y Mariana de Carvajal y Saavedra», en Agustín Redondo (dir.), *Les parentés fictives en Espagne (XVI-XVII siècles)*, Publications de la Sorbonne, París, 1988, pp. 239-246.

VV.AA. *Mujeres en la Historia de España. Enciclopedia biográfica* (Cándida Martínez, Reyna Pastor, M^a José de la Pascua y Susanna Tavera, dir.), Planeta, Barcelona, 2000.

ANTOLOGÍA POÉTICA DE ESCRITORAS DEL SIGLO XIX

36

Rosa Butler y Mendieta [1821-?]

Escritora y poeta nacida en Jaén en junio de 1821. Hija de un capitán del ejército de nombre Tomás y de María de los Dolores. María del Carmen Simón Palmer en su *Manual bio-bibliográfico* dedicado a las escritoras españolas del XIX, nos informa que fue educada por una hermana de su padre, Rosa Butler, y por su marido Antonio Izquierdo, con quienes vivió en Cádiz hasta 1841 en que se trasladaron a Puerto Real. Retazos de su vida nos llegan por diversas fuentes. Ossorio y Bernard afirma que su carrera como escritora se vio truncada a causa de «desgracias y pesadumbres».

Colaboró con sus trabajos en las publicaciones sevillanas *El Regalo de Andalucía*, *La España Literaria*, *El Álbum de las bellas* y en la publicación feminista dirigida por la fourierista Margarita Pérez de Celis *El Pensil Gaditano*. En el *Pensil* colaboraron mujeres como María Josefa Zapata, Rosa Marina, Aurora Naldas y Adela de la Pesía. La vida de esta publicación feminista/fourierista pasó por muchas vicisitudes y cambios de título. En su etapa final como *El Pensil de Iberia*, Butler desaparece de la lista de colaboradoras tras el secuestro del número 7 de la publicación por orden gubernamental, según datos proporcionados por Concha Fagoaga. Anteriormente Butler había colaborado con *La Mujer*, publicación editada por un grupo de feministas moderadas nucleada en torno a María Verdejo y Durán y en la que colaboraron también Josefa Moreno y Nartos, Ángela Grassi, Amalia Fenollosa, Vicenta Villaluenga, Robustiana Armiño de Cuesta, Venancia López Villabril, Angela Morejón y María Francisca Díaz. Vemos pues que Rosa Butler tuvo una relación fluida con las distintas tendencias del movimiento feminista que se empezaba a gestar en la segunda mitad del siglo XIX.

Entre las obras de Butler destacamos el libro titulado *La noche y la Religión* (1849), dedicado a Tomás García Luna, fechado en Alcalá de Guadaíra (20 de junio) y *La creación del mundo*, un ensayo épico, editado en Madrid, en 1883. Simón Palmer, citando a Huerta Posada, nos describe sus poesías en las que se distinguen «perfumes de un espíritu tierno y sensible» y en las que se reflejan «el talento claro y distinguido, la imagen fresca y lozana». Su espiritualidad también se traduce a través de sus textos en la que Huerta resalta «sus nobles aspiraciones» y su corazón «especialmente cristiano».

Bibliografía

- FAGOAGA, C. *La voz y el voto de las mujeres. El sufragismo en España, 1877-1931*, Madrid, Icaria, 1985.
- HUERTA POSADA, R. de la. «Escritoras y artistas españolas», en *Album Ibero Americano*, Madrid, 1897.
- OSSORIO y BERNARD, M. *Apuntes biográficos de artistas españoles del siglo XIX*, Madrid, 1868-69, 2 vols.
- SIMÓN PALMER, M^a C. *Escritoras españolas del siglo XIX. Manual bio-bibliográfico*, Castalia, Madrid, 1991.

37

Jn

Josefa Moreno y Nartos [1820-?]

Escritora y Poeta. Nació en Baeza, provincia de Jaén. Publicó versos en periódicos de su localidad natal y en publicaciones de Granada y Madrid. Según Simón Palmer era una mujer de gran belleza y cultura. Apenas esos datos personales, y que murió joven. La mayoría de su producción es poética. Dedicó poesías a su amiga E. de D. en *La Alhambra* de Granada.

Según indica Fagoaga, Josefa aparece vinculada en 1845 al núcleo liderado por Gertrudis Gómez de Avellaneda manifestado en el semanario madrileño *Gaceta de las Mujeres*, con el subtítulo redactado por ellas mismas, y que marca la aparición de prensa de mujeres. Junto a Moreno y Nartos colaboraron en la publicación, entre otras, Carolina Coronado y la malagueña Dolores Gómez de Cádiz de Velasco. Su firma aparece de nuevo en *La Mujer*, publicación madrileña que ve la luz en 1851. Esta publicación estuvo vinculada al grupo de mujeres liderado por María Tadea Verdejo y Durán quien, como Josefa, murió joven. Fue éste uno de los primeros núcleos feministas de la península. La mayoría de las colaboradoras lo hacen con textos poéticos, repitiéndose algunos nombres de colaboradoras en la *Gaceta de las Mujeres* como Ángela Grassi, Amalia Fenollosa, Vicenta Villalonga, Robustiana Armiño, Venancia López Villabrile, Ángela Morejón, la andaluza Rosa Butler o la «La ciega de Manzanares». Todo esto nos da la pista de que nos encontramos ante una de las mujeres pioneras del emancipismo en España. Un emancipismo caracterizado por la defensa de la dignidad femenina y su derecho a la educación.

Además de en *La Gaceta de las Mujeres* y *La Mujer*, publicó en las granadinas *Tarántula* y *La Alhambra* y en *El Anfión Matritense* y *El Heraldo* madrileño.

Bibliografía

FAGOAGA, C. *La voz y el voto de las mujeres. El sufragismo en España, 1877-1931*, Madrid, Icaria, 1985. 34-37.

SIMÓN PALMER, M^o. C. *Escritoras españolas del siglo XIX. Manual bio-bibliográfico*, Castalia, Madrid, 1991.



Patrocinio de Biedma y la Moneda [1858-1927]

Escritora y articulista. Nacida en el seno de una familia de la aristocracia andaluza en Begijar, pueblo de la provincia de Jaén, el día 13 de marzo. Sus padres fueron Diego José de Biedma y Marín e Isabel María de la Moneda y Riofrío. Se casó muy joven, a los quince años, con un hijo del marqués de San Miguel de la Vega, José María de Quadros y Arellano. Viuda a los veinticinco años, vio también morir a los tres hijos de este matrimonio. Según M^a del Carmen Simón Palmer, «fue la muerte de su primer hijo lo que la impulsó a escribir». Ejemplo de ello es la obra *Recuerdos de un ángel. Elegías a la memoria del niño Don José María del Olvido Quadros de Biedma, muerto a los seis años de edad* (1874) y las poesías «La oración a mi hijo José del Olvido» y «Ecos de amor. A mi hijo José del Olvido», publicadas en *La Margarita* (1874, diciembre).

En 1877 se instaló a vivir en Cádiz, ciudad donde fundó y dirigió la revista del mismo nombre. Colaboró en numerosas publicaciones bajo el anagrama de «Ticiano Imab», entre otras en *El Angel del Hogar*, *La Discusión*, *La Margarita*, *El Amigo de las Damas*, *Los Niños*, *La Mesa Revuelta*, *El Bazar*, *La Crítica*, *El Correo de la Moda*, *La Iberia*, *El Eco de Europa*, *Revista de Andalucía*, *Flores y Perlas*, *La Época*, *La Ilustración Católica*, *El Museo Popular*, *La Correspondencia de España*, *El Imperial*, *El Resumen*, *Blanco y Negro*, *El Album Ibero-Americano*, *Revista Católica de Cuestiones Sociales*, *Galería de desgraciados*, de Madrid; *El Mundo Ilustrado*, *La Ilustración de la Mujer*, *La Ilustración Ibérica* de Barcelona; *El Fígaro. Almanaque... para 1880* de Málaga; *El Español*, *El Renacimiento* de Sevilla.

A destacar sus colaboraciones en la prensa de Cádiz, *La Moda Elegante*, *El Cocinero*, *Revista Teatral*, *Colombia* y, muy particularmente, en Cádiz, en la que contamos más de cien artículos.

Se casó de nuevo con José Rodríguez y Rodríguez, director de la *Crónica Gaditana* y archivero jefe de la Diputación. Fueron apadrinados por Alfonso XII. En 1888 tomó parte en el Congreso de Protección de la Infancia celebrado en su ciudad. En honor de sus trabajos en pro de la infancia fue distinguida con la Cruz de Beneficencia de Primera Clase. Muy concienciada con el pacifismo, militó y llegó a ser vicepresidenta de la «Liga de las Mujeres para el desarme internacional». Tuvo que conocer la obra que desarrollaban las primeras mujeres en actividades poco usuales a su condición de género, por ejemplo en el mundo de las artes o de las

ciencias. En dos artículos suyos publicados en *El Correo de la Moda*: «Las mujeres artistas» (1882-febrero) y «Las mujeres doctoras» (1882-octubre), dedicado a la primera doctora española, Marina Castells, sin embargo, no defendió el sufragio pues en su opinión el voto femenino se decidiría «por el capricho del padre, el amigo o el marido», y no por el propio criterio de la mujer.

Su colaboración con las publicaciones de su ciudad es muy numerosa: *El Album Industrial*, *Obsequios poéticos a la Virgen de la Capilla*, *El Cero*, *La Fe Católica*. Tuvo que tener cierta implicación en la vida ciudadana, pues publicó también en el Boletín del Instituto de Segunda Enseñanza de Baeza. M^o Carmen Simón Palmer da más de veinte títulos publicados por la autora entre 1872 y 1892. Entre las obras de la autora no localizadas se cuentan: *Tiempo perdido* (1881) y las novelas *Desde Cádiz a La Habana* y *Fragmentos de un álbum* Su producción abarca desde el costumbrismo: *Cadenas del corazón* (1872), *El odio de una mujer* (1876); novela: *El secreto de un crimen* (1877), *El testamento de un filósofo* (1879), *Las almas gemelas* (1881), *La botella azul* (1881), *Blanca* (1882), *Dos hermanas* (1884), *El capricho de un lord* (1882), *La muerta y la viva* (1883), *Las apariencias* (1884), *La boda de la niña* (1885), *La marquesita* (1892); obra en verso: *Guirnalda de pensamientos* (1872), *El héroe de Santa Engracia. Poema histórico* (1874), *Romances y Poesías* (1881), *El mejor castigo. Leyenda dramática en tres actos y en verso* (1884). Entre sus numerosos artículos publicados encontramos muchos de ellos dedicados a la mujer: «La política de las mujeres» (n^o 21) y «La mujer católica» (n^o 29) en *La margarita*; «Poesías dedicadas a las hijas de Teodoro Guerrero: María, Emma y Lidia Guerrero», en *El Correo de la Moda* (1875, mayo); «A Isabelita Ratazzi», en *Flores y Perlas* (1883-junio) (debía tratarse de su amiga, la princesa Ratazzi, de quien venía acompañada a su llegada a Cádiz); en *La Epoca*: «Doña Paz de Borbón» (1883-marzo), «Biografía de la princesa doña Eulalia de Borbón» (1886-enero), «Las mujeres en la exposición de París» (1888-julio); «La mujer en la sociedad moderna», en *El Resumen* (1890-junio); «Liga de señoras católicas», en *Revista Católica de Cuestiones Sociales* (n^o 151). Entre las obras colectivas en las que colaboró cabe citar los artículos publicados en *Las mujeres españolas, americanas, lusitanas*, dirigida por Concepción Jimeno de Flaquer: «La dama del gran mundo», «La madrileña», «La mujer de Jaén» y «La dama diplomática».

El día 10 de junio de 1914 moría su segundo esposo. Patrocinio le sobrevivirá aún trece años más. Falleció en Cádiz el día 14 de septiembre de 1927.

Bibliografía

JIMÉNEZ ALMAGRO, A. *Estudio biográfico y crítica de Patrocinio de Biedma y La Moneda*, Madrid, 1984.

JIMENO DE FLAQUER, C. «La dama del gran mundo», pp. 13-25; «La mujer de Jaén», pp. 398-414, en *Las españolas, americanas y lusitanas pintadas por ellas mismas*, Madrid, s.a.

SIMÓN PALMER, M^o. C. *Escritoras españolas del siglo XIX. Manual bio-bibliográfico*, Castalia, Madrid, 1991.

M^a del Pilar Contreras y Alba de Rodríguez [1861-1930]

Escritora y compositora nació en Alcalá la Real, provincia de Jaén, el día 12 de octubre. Su vocación se manifestó muy tempranamente comenzando a publicar en el periódico *La Verdad* de Jaén. Fue premiada en diversas ocasiones por su talento literario y musical, entre otras, en 1878, por la Sociedad Económica de Jaén a propósito de la Exposición Provincial. En aquella ocasión había compuesto los valses *Cástor y Polux*. En esta línea musical compuso para la zarzuela *Entrecastaños* y para la ópera *Virgen del Torrente* y los himnos *A la Caridad*, *A la Patria*, *A Cervantes*, *Al Trabajo*, *A Villacarrillo*.

En 1890 se trasladó a Madrid, donde dirigió el periódico *El Amigo del Hogar*. Tras su matrimonio con Agustín Rodríguez, Vicecónsul de Perú, sustituyó su segundo apellido por el de su esposo al firmar sus composiciones. En 1906 respondió a la encuesta publicada en *El Heraldo* de Madrid, realizada por la escritora feminista Carmen de Burgos, sobre el voto y el divorcio. Entre 1910 y 1917 publicó seis tomos de *Teatro Infantil*, en colaboración de Carolina Soto y Corro, escritora sevillana, que fue socia de honor de la Asociación de Escritores y Artistas de Cádiz, y de varias instituciones andaluzas y madrileñas. En 1919 se le concedió la Cruz del Alfonso XII.

En cuanto al carácter de sus escritos, en su biografía, publicada en *Autoras en la Historia del Teatro Español (1500-1994)* podemos leer: «La mayor parte (...) son apropósitos y cumplimientos (felicitaciones a la Madre Superiora) para ser representadas en festividades escolares (...) Es siempre un teatro didáctico, repleto de moralinas en las que se comunican lecciones de rancia moral católica (...) La mayor parte de las veces son obras tremendamente cursis (...) Su mayor interés radica en que son auténticos manuales de costumbres para señoritas de la época». A través de estos textos Contreras dibuja el perfil femenino del modelo nacional-católico del «Ángel del Hogar»: callada, dulce, laboriosa, piadosa, recatada, sumisa... En resumen, el prototipo de mujer que goza sacrificándose por los demás. Su ideología se manifiesta en muchas de sus escritos. Como ejemplo nos referiremos a su obra *En la hora del recreo* (Conversación infantil), de su obra de Teatro infantil, en la que la autora defiende la lectura del catecismo, en contra de la ley promulgada por el gobierno de Canalejas suprimiéndolo en las escuelas.

Como tantas otras escritoras, su miopía fue degenerando hasta la ceguera total. Murió en Madrid en 1930. Entre sus libros publicados destacamos *Páginas sueltas* →

(1903), *Album musical de Canciones Escolares* (1905), *Entre mis muros* (1907), *Romance descriptivo de la Romería anual al Santuario de la Virgen de la Cabeza* (1909), *Mis distracciones* (1910), *Teatro para niños* (1910-1917), en colaboración de C. de Soto y Corro, una obra en seis volúmenes que comprende diálogos, monólogos, comedias, apropósitos y revistas, en un acto, en prosa y verso, para escuelas y salones, *El ensayo general* (1911), *A través de mis lentes* (1912), *Pasado, presente y futuro* (1912), *Niños y flores* (1914), *Los pícaros intereses* (1914), *De mis recuerdos* (1915), *La Cruz Roja Española* (1916), *Los caprichos de Doña Casimira o Las tres apariciones* (1917), *Domésticas... sin domesticar* (1917), *Muñecos y muñecas o Las niñas en el bazar* (1917), *¡Qué cosas tienes, Benita!* (1917), *La voz de la Gratitud o Doña Pereza en acción* (1917), *Impresiones del veraneo en El Escorial. Tipos costumbres y paisajes* (1920), *La caja dotal* (s.a).

Sabemos también que fue autora de los siguientes títulos: *De mi sano humorismo*, *La insurrección de la huerta*, *El encuentro*, *El capitán Veneno*, *Los barquilleros y cuadro militar* (sin localizar). Casi la totalidad de su obra fue impresa por Antonio Álvarez y por su viuda. Sus publicaciones periódicas las encontramos, entre otras, en *La Moda Elegante* y *Mundo Gráfico* de Madrid, *La Regeneración* y *El Pueblo Católico* de Jaén y *Feminal* de Barcelona. En obras colectivas y de otros autores, *Las españolas, americanas y lusitanas pintadas por ellas mismas*, Madrid (1873), *Cabezán, Alfredo, Poetas y poesías*, Jaén (1911), *Rosario Monumental*, Jaén (1928), *Programas de la Virgen*, Alcalá la Real (1928-1958).

Bibliografía

BURGOS SEGÚI, C. *El divorcio en España*, M. Romero, Madrid, 1904 .

—, «Carmen de Burgos habla de Pilar Contreras», *Feminal*, Barcelona, 28-julio-1907.

Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-americana, Espasa-Calpe, Madrid-Barcelona, 1908-1988.

Gran Enciclopedia de Andalucía, Granada, 1979.

NIEVA DE LA PAZ, P. *Autoras dramáticas españolas entre 1918 y 1936*, CSIC, Madrid, 1993.

SIMÓN PALMER, M^a. C. *Escritoras españolas del siglo XIX. Manual bio-bibliográfico*, Castalia, Madrid, 1991.

VV.AA. *Autoras en la Historia del Teatro Español 1500-1994*, (Juan Antonio Hormigón, dir.), vol. I, Madrid, 1996.

40

Jn

Josefa Segovia Morón [1891-1957]

Una voluntad decidida hacia el estudio llevó a esta joven jiennense a trasladarse a Granada para cursar en la Escuela Normal de Maestras -Centro del que entonces carecía su ciudad- la carrera de Magisterio; y, una vez finalizada con premio extraordinario, a ingresar en la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio en Madrid.

En aquellos años eran todavía pocas las mujeres que se decidían a hacer una carrera superior y, menos aún, si ello suponía tener que desplazarse fuera de la propia ciudad. Sin embargo, la inquietud intelectual que sentían algunas, el deseo de ampliar sus posibilidades de acción y la voluntad de disponer de una mayor autonomía personal y económica, fue empujando a pequeños grupos a realizar ese nivel de estudios académicos. Entre ellas está Josefa Segovia.

A punto de obtener el Título y mientras esperaba a que le adjudicasen una plaza de Profesora de Escuela Normal o de Inspectora de Primera Enseñanza a las que sus estudios le daban derecho, aceptó dirigir la Academia Santa Teresa para Normalistas que se estaba iniciando en Jaén, una vez inaugurada la Escuela Normal de Maestras en esa ciudad. Una actividad que tuvo que interrumpir en el año 1916 al recibir el nombramiento de Inspectora, convirtiéndose a partir de ese momento en la primera mujer que desempeñaba ese puesto oficial en la provincia de Jaén.

La preparación pedagógica y el talante renovador de la formación recibida tanto en su periodo de estudios en Madrid, como en el ambiente familiar, quedaron bien reflejados en la atención que dedicó en las visitas de inspección, a la calidad de la enseñanza que se ofrecía en las escuelas públicas, a la orientación de las maestras en el trabajo que realizaban y a apoyar la mejora de las condiciones en las que éstas desarrollaban su tarea.

La propia experiencia personal y la que le proporcionó el contacto con alumnas y con maestras en esos años, fue afianzando en ella la urgencia de contribuir con más y mejores medios al despertar cultural y social de las mujeres. Pensaba que para lograrlo había que atreverse a romper con la costumbre, con un modo de entender el destino de las mujeres como único, y decidirse a realizar unos estudios de nivel superior aunque en ellos apenas se contaba entonces con precedentes y con modelos femeninos. Una inquietud personal que empezó a compartir con otras profesionales de la educación y que la llevó a implicarse en los proyectos educati-

vos iniciados por Pedro Poveda en 1911 con esa misma finalidad, incorporándose a la Institución Teresiana, una Asociación de Laicos dentro de la Iglesia Católica.

Como Directora de la misma desde 1919 y hasta su muerte, alentó a un asociacionismo femenino que favoreciera la implicación y el protagonismo de las mujeres en diferentes ámbitos de la sociedad a través del ejercicio profesional y de la participación en la vida pública. Contribuyó igualmente a la creación de Centros que apoyaran el acceso y la presencia de un número creciente de mujeres jóvenes en la educación superior, lo que hizo posible a lo largo de su vida en numerosas provincias españolas y en otros veinte países de cuatro continentes. Mujeres cultas, de talante científico y con un modo personal de vivir los valores del Evangelio, era el programa que presentaba como bagaje para el protagonismo al que debían sentirse llamadas en la vida social, en el trabajo, en la familia, en los propios itinerarios biográficos.

La responsabilidad sobre una Asociación que multiplicaba sus miembros y sus proyectos le exigió dejar el trabajo de Inspectora de Primera Enseñanza en el año 1923, lo que le permitió, sin embargo, ir afirmando un liderazgo entre mujeres que se estaban incorporando a la vida profesional y cultural y que buscaban compartir con otras el impulso del avance social femenino. Las Asociaciones de Profesionales, la de Estudiantes y Universitarias Católicas, la Liga Femenina de Orientación y Cultura, Amistad Universitaria y otras a cuyo proyecto y desarrollo contribuyó directamente, fueron cauces de relación y de toma de conciencia para muchas mujeres decididas a orientar sus vidas desde perspectivas más amplias que las habituales.

Escribió incansablemente artículos, folletos, ponencias y, muy especialmente, cartas, en un número que alcanza las dieciochomil, que son una buena prueba del ascendiente espiritual y cultural sobre varias generaciones de mujeres. Apoyó y sostuvo además la publicación de revistas dirigidas a, en palabras suyas, «las mujeres que se dedican a las profesiones liberales»; entre ellas *Eidos*, editada de 1954 a 1974, una revista de temas de pensamiento e investigación dirigida y escrita por mujeres.

Josefa Segovia ocupa un lugar propio en esa genealogía de andaluzas cuya incidencia traspasó las fronteras de su propia tierra; que trabajó y se relacionó con mujeres de muy diferentes culturas dando a su personalidad una dimensión universal, cuya memoria sigue siendo hoy referencia para nuevas acciones en muchos países del mundo. Todo ello ha contribuido a que pueda ser considerada entre las mujeres destacadas del siglo XX. Una jiennense que, desde luego, nunca cortó con sus propias raíces, por lo que no ha dejado de estar en el recuerdo y en el reconocimiento de su ciudad natal.

Bibliografía

ALASTRUÉ, P.: «Josefa Segovia». Unidades Didácticas, Madrid, Mangel Print, 1992.

VELÁZQUEZ, F. P.: «Josefa Segovia, presencia actuante en el feminismo», en AA.VV.: Volumen Homenaje Centenario, Madrid, Narcea, 1993, pp. 55-71.

41

Carmen Linares [1951]

Carmen Pacheco Rodríguez nació en Linares (Jaén) en 1951. Hija del guitarrista aficionado Antonio Pacheco Segura, se inicia en el cante en su ciudad natal en reuniones familiares. En 1965 la familia se traslada a Madrid, donde comienza a frecuentar peñas flamencas en la capital de España y también en Biarritz (Francia), formando parte del elenco de artistas de la compañía de Manolo «El Sevillano».

En 1970 actúa en el espectáculo de Fosforito de gira por el sur de Francia, y al año siguiente graba su primer disco, acompañada a la guitarra por Juan Habichuela y al cante por Paco Romero y José Molina. Este grupo realiza actuaciones por Italia y Estados Unidos y debuta en distintos festivales andaluces. En 1972 se incorpora al tablao madrileño «Torres Bermejas» donde ya actuaban Camarón de la Isla, La Perla de Cádiz, Pansequito, El Güito, Trini España, José Mercé, Paco Cepero y El Fati. A partir de 1974 inicia una gira por Japón en compañía de Merche Esmeralda, el Chaquetón, Luis Habichuela y Paco Antequera. De vuelta a Madrid, es contratada en el tablao «El Café de Chinitas». Así, la trayectoria profesional de Carmen Linares se ha visto, como en otras tantas ocasiones, reconocida fuera de nuestras fronteras antes de llegar a popularizarse en nuestro país, pues no será hasta 1978 cuando obtenga el máximo galardón del Festival Nacional del Cante de las Minas de La Unión (Murcia).

A partir de 1981, Carmen Linares trasciende el mundo de los tablaos para combinar el cante y la interpretación, estrenando la obra de Martín Recuerda *Las arrecogías del Beaterio de Santa María Egipcíaca*, con música de Enrique Morente, en el Teatro de la Comedia de Madrid. En la década de los ochenta, Carmen Linares alterna su participación en festivales -Primer Encuentro de Música Femenina Mediterránea (Córcega, 1983), la IV Bienal de Arte Flamenco (Sevilla, 1984), Festival de Europalia (Bélgica), II Cumbre Flamenca de Madrid, Festival Flamenco de San Isidro (Madrid)- con la puesta en escena de obras como la *Historia de los Tarantos* de Alfredo Mañas y *Diqueja de la Alhambra*, o su participación en la película *Flamenco* de Carlos Saura.

La voz de Carmen Linares, llena de matices y musicalidad, junto a un estilo muy personal y versátil, ha permitido mostrar las inagotables posibilidades del arte flamenco, que ha enriquecido con la combinación del cante jondo y agrupaciones de cámara y orquestas sinfónicas; ejemplo de ello son sus interpretaciones de *El* →

amor brujo y *La vida breve* de Falla. Idéntico rigor y afán por investigar posibilidades y temáticas, es el que la artista pone en sus grabaciones, muestra de ello son sus dos últimos trabajos: *Canciones populares antiguas* (1994), donde recopila poemas y canciones de Federico García Lorca y Manuel de Falla, y *Antología de la mujer en el cante* (1996) donde recupera 27 estilos diferentes de cantes de mujer.

Tras sus discos, Carmen Linares vuelve a los escenarios en 1997 con el espectáculo *Un rato, un minuto, un siglo...* junto a la actriz Lola Herrera donde ponen voz y música a textos de García Lorca, e igualmente representa en París el montaje *Solo Flamenco*. En 1998 estrena la obra de Manolo Sanlúcar *Locura de brisa y trino*.

Carmen Linares ha recibido numerosos premios, entre los que destacan los siguientes: Premio Icaro de la Música (1988), Premio del Ministerio de Cultura por el disco *Cantaora* (1992), Primer premio de la Asociación Nacional de Críticos de Arte Flamenco (1995), Medalla de plata de la Junta de Andalucía (1997), Premio Trovador de las Artes Escénicas (1998) y Premio El Olivo (1999).

Comparada en innumerables ocasiones con la Niña de los peines, por su amplio conocimiento de la historia y de la praxis del flamenco, Carmen Linares representa magistralmente a la última generación del flamenco y ejemplifica que no hay que ser ni varón ni gitano para estar en la cumbre de su profesión.

Cristobalina Fernández de Alarcón [1576-1646]

Durante siglos la mujer ha estado sometida a la voluntad masculina, su voz ha sido silenciada y sus facultades han permanecido ocultas o apenas desarrolladas, constituyendo sus únicas salidas el matrimonio o el convento. Sin embargo en los periodos de renacimiento cultural han surgido voces que reivindicaban la ilustración de las mujeres como un bien general para toda la sociedad. A finales del siglo XV y en el transcurso del siglo XVI se desarrollaron planteamientos humanistas como los de Luis Vives, que en su obra *De institutione Faeminae Christianae* (1514) recogía la teoría igualitaria de Erasmo de Rotterdam según la cual «la inteligencia no tiene sexo». El Renacimiento abrió pues las puertas de la ilustración al sexo femenino hasta el punto de contar con dos mujeres en las primeras universidades españolas: las de Alcalá de Henares y Salamanca. Sor Teresa de Cartagena, Luisa de Padilla, Isabel de Liaño o Sor María de Santa Isabel defendieron los postulados igualitarios porque «quien dio el alma a la mujer la dio al hombre, y que no es de otra calidad éste que aquella, y que a muchas concedió lo que negó a muchos», argumento que constituye el ideario de las dos grandes feministas de aquella época: María de Zayas y Sor Juana Inés de la Cruz.

Precisamente entre los rasgos que caracterizan a la escuela literaria antequerano-granadina de finales del siglo XVI se cuentan la profunda formación humanística de sus integrantes, la apertura a las nuevas corrientes poéticas que circulaban en el cambio de siglo y la presencia de varias mujeres: Luciana e Hipólita Narváez, Catalina Trillo y sobre todo Cristobalina Fernández de Alarcón, objeto de este perfil biográfico, la poeta más importante del grupo.

Hija natural de un escribano, la escritora vino al mundo en Antequera en 1576, siendo educada por su tía Beatriz de Rivera y algunos preceptores -entre los cuales se cuenta el horaciano Juan de Aguilar, al que se le considera su maestro- que cuidaron de manera especial su formación en gramática y latín. Este interés por el conocimiento de las lenguas clásicas originó la formación de un colectivo femenino conocido en la época con el nombre de «las latinas», al que pertenecieron entre otras Francisca Nebrija, Lucía Medrano, Beatriz Galindo y Lucía Sigea. La trayectoria vital e intelectual de Cristobalina Fernández de Alarcón corresponde a la de una mujer del estamento social alto pero no necesariamente nobiliario, con una cierta capacidad de acción y un aceptable reconocimiento en la esfera pública, avalado desde las normas de la perspectiva de género y siguiendo los cánones de la

época, por dos matrimonios: el primero, fracasado, con el comerciante malagueño Agustín de los Ríos; el segundo con un estudiante de ascendencia portuguesa, Juan Francisco Correa, del que nacieron dos hijos. Un camino diferente siguió su relación platónica con el poeta de la escuela antequerana-granadina Pedro Espinosa, que le inspiró su «Canción amorosa», composición donde afloran profundos sentimientos: «Cansados ojos míos, ayudadme a llorar el mal que siento». Un camino intransitable para los dos enamorados si tenemos en cuenta la retirada de Pedro Espinosa a la ermita de la Magdalena tras el segundo matrimonio de la escritora. Pasado el tiempo, al enviudar de Juan Francisco Correa, Cristobalina Fernández de Alarcón abandonó Estepa, donde había residido, para instalarse de nuevo en Antequera en compañía de su hija.

La obra de Cristobalina Fernández de Alarcón está vinculada a la escuela poética a la que perteneció, caracterizada por la influencia humanista, la elección de temas religiosos o que rozan el misticismo, pero también de temas profanos, descritos de manera viva y colorista. Como suele suceder cuando se trata de la producción literaria femenina, a pesar de la fecundidad de la autora, glosada por su maestro Juan de Aguilar, no es mucho lo que nos ha llegado de su obra. Al parecer la falta de cuidado hizo que se perdieran muchas de sus composiciones, que fueron muy estimadas por Lope de Vega en la visita que hizo a la ciudad de Antequera en 1602, llegando a considerarla como la «musa antequerana» o la «sibila de Antequera» en la *Silva III del Laurel de Apolo*, y posteriormente alabadas por Bartolomé Gallardo y Serrano Sanz.

Pedro Espinosa incluyó dos de las canciones amorosas de la escritora en la obra *Flores de poetas ilustres*, publicada en 1605. En la segunda parte de la misma Juan Antonio Calderón incorporó otros dos poemas suyos. Cristobalina Fernández de Alarcón está representada también en el *Cancionero antequerano*, recopilado por Ignacio Toledo Godoy en 1627-1628, con un soneto y también con las composiciones marianas que envió a las Justas Literarias de Granada de 1626, con motivo de la festividad de la Virgen del Carmen. Su poema más famoso lo forman las quintillas que compuso al ser beatificada Santa Teresa en 1615.

Pero la gloria de las Letras duró poco para las mujeres. El avance de la Contrarreforma supuso un dique para la emancipación ilustrada. La muerte de Cristobalina Fernández de Alarcón, acaecida el 16 de septiembre de 1646, podría considerarse simbólicamente como broche de una etapa dorada para la literatura femenina andaluza.

Bibliografía

ALONSO, D. ; FERRERES, R. (eds.) *Cancionero antequerano*, recogido por los años de 1627 y 1628 por Ignacio de Toledo y Godoy. Madrid, CSIC, 1950.

DÍAZ DE ESCOVAR, N. «Hijos ilustres de Antequera. Cristobalina Fernández de Alarcón». *Nueva Revista*, Antequera, septiembre de 1933.

PAREJO BARRANCO, J. A. «Cristobalina Fernández de Alarcón» (157?-1646), en M. ALCOBENDAS (ed.), *Málaga. Personajes en su Historia*. Málaga, Arguval, 1986.

SÁNCHEZ MONTERO, E. *En Femenino Plural. 5. La mujer y las Letras*. Córdoba, Diputación de Córdoba, 1999.

María Rosa Gálvez de Cabrera [1768-1806]

Poetisa. Nació en Málaga o en Macharaviaya (Málaga) en 1768, hija adoptiva (natural, opina Díaz de Escovar) de Antonio de Galvez, coronel del ejército, y de Mariana Ramírez de Velasco, y sobrina de José de Galvez, ministro de Carlos III. Ejemplo de mujer ilustrada en una época de cambios profundos, el mismo año de su nacimiento (el 14 de agosto) Carlos III proclama la Real Cédula donde se daba la normativa para escolarizar, en el ámbito nacional, a la población femenina sin recursos económicos; una ley bastante restrictiva aunque significaba un importante comienzo aunque de lento desarrollo.

Contrae matrimonio con José Cabrera Ramírez, que al poco fue nombrado agregado de la legación de España en Estados Unidos, trasladándose ambos a Washington. Allí frecuentaron la compañía de la rama de los Gálvez con responsabilidades en América: Matías y su hijo Bernardo. El matrimonio no duró mucho y María Rosa regresa a Madrid donde comienza la etapa más «escandalosa» de su vida: su presunta relación con el primer ministro de Carlos IV, Manuel Godoy y Alvarez de Faria. Esta circunstancia le valió el menosprecio de los autores de su época y de los críticos del XIX.

Cultivadora de la poesía, entre sus mejores composiciones destacan una *Oda a la campaña de Portugal*, otra *A la Beneficencia* que dedicó a la condesa de Castroterreño, otra *A la campaña de Bonaparte en Italia*, la *Descripción filosófica del Real Sitio de San Ildefonso*, la poesía *La noche* y los versos sáficos *A Quintana*. Pero sin duda, la vocación de M^a Rosa de Galvez se inclinaba por el teatro; así como autora dramática, escribió *Bion*, ópera lírica en un acto, *El egoista* y *Los figurones literarios*, comedias en tres actos, las tragedias en un sólo acto *Saul y Safo*, y otros dramas de extensión mayor como *Florinda*, *Blanca de Rossi*, *Amnon*, *Zinda*, *La delirante* y *Ali Bek*. También las comedias *Un loco hace ciento*-que luego llegaría a libreto de ópera-, *Catalina o la bella labradora*. Así mismo, colaboró en la prensa madrileña de la época, en *Varietades de Ciencias, Literatura y Artes* y en *La Minerva o El Revisor General*.

Si el divorcio de María Rosa de Gálvez fue motivo de escándalo, el escarnio llegaría cuando en 1803-1804, por orden del ministro Ceballos -y con la intermediación de Godoy- la Imprenta Real publicara sus *Obras poéticas* en 3 tomos sin los abonos correspondientes y algunas de sus obras dramáticas se incorporaron al volumen →

Teatro Nuevo Español. Siempre la sospecha, las críticas a su conducta, eclipsaron su obra hasta bien entrado este siglo.

Su producción dramática estuvo influenciada por los cánones neoclásicos que dominaron la literatura castellana del XVIII y XIX, aunque, según Enrique del Pino, ya se ven componentes románticos en su obra: la exaltación trágica, la pugna del *yo* con el nuevo entorno, la búsqueda de escenarios exóticos y lejanos (Oriente, la Antigüedad). Sus circunstancias vitales, sus planteamientos literarios modernistas le granjearon la enemistad de sus contemporáneos, así como la manifestación pública de sus opiniones respecto a la cuestión teatral. Afirmaba en la «Advertencia» del segundo volumen de sus *Obras poéticas*, que defendía el género dramático criticando a los que rehuían de las obras originales dedicándose en exclusiva a las traducciones y adaptaciones -cuya calidad, en la época, era también bastante mediocre-. Ella se consideraba la primera mujer, entre las españolas, que se había dedicado al género dramático y esta actitud orgullosa de la que hacía gala a pesar de la modestia que se le «exigía» a su sexo, le trajeron la censura y el silencio. Ante una obra incomprendida, los críticos respondieron con argumentos morales, tachándola de «licenciosa y frívola».

Bibliografía

CARMONA GONZÁLEZ, M^o. A. *Escritoras andaluzas en la prensa de Andalucía en el siglo XIX*. Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1999.

DÍAZ DE ESCOVAR, N. *Galería de malagueñas. Apuntes para una obra biográfica de las mujeres, hijas de esta Provincia, o residentes en ella, que se han distinguido por su talento, piedad, valor, ilustración*. Málaga, Tip. La Equitativa, 1901.

JIMÉNEZ MORALES, M^o. I. *Escritoras malagueñas del siglo XIX*. Málaga, Universidad, 1996.



Má

44

Amalia Heredia Livermore [1830-1902]

Es un lugar común en el ámbito de la historia contemporánea española hablar de las élites de poder de la Restauración como un círculo cerrado desde el que se controlaban prácticamente todos los resortes de la vida política, social, económica y cultural del país; reflexionar sobre sus prácticas endogámicas, los matrimonios concertados entre familias de similar condición y los negocios ampliados, compartidos, en los que acaban confluyendo siempre los mismos apellidos. Un ejemplo claro de esta circunstancia y de estas prácticas sociales lo ofrecen en Málaga las tres grandes familias oligárquicas, Laríos, Loring y Heredia, emparentadas entre sí y conocidas popularmente como el «clan de la Alameda», en clara referencia al lugar donde habitaban, el más prestigioso de la ciudad.

Pero a pesar de lo mucho que se ha publicado sobre estas familias, desconocemos en gran medida la trayectoria individual y colectiva de las mujeres que a ellos pertenecían. Uno de los mejores exponentes de esas trayectorias femeninas se refleja en el retrato biográfico de Amalia Heredia Livermore, décima hija del matrimonio formado por el industrial y hombre de negocios Manuel Agustín Heredia e Isabel Livermore Salas.

Nacida en Málaga en 1831, la futura marquesa de Casa-Loring recibió una educación acorde con los principios familiares y las normas de la clase social a la que pertenecía: ayas, institutrices francesas, preceptores, ambiente refinado, una fuerte socialización en la fe católica, viajes al extranjero e inclinación por las bellas artes, haciendo gala desde la infancia de una inteligencia y dotes de mando heredadas, al parecer, de su padre. Su matrimonio con Jorge Enrique Loring Oyarzábal, en 1850, constituye una muestra de las prácticas endogámicas mencionadas.

Tras su boda, Amalia Heredia Livermore transformó su residencia La Concepción, ubicada a la salida de Málaga, en un jardín botánico, en lugar de reunión de importantes tertulias políticas, en una réplica del «parlamento» ubicado en la madrileña Carrera de San Jerónimo y en sede de una importante colección arqueológica, que fue depositada en un templete clásico construido para tal fin. La labor asistencial y benéfica fue otra de las preocupaciones que llenó la vida de la Marquesa de Casa Loring, financiando con otras damas de la oligarquía el Hospital de San Julián y colocando, en 1862, la primera piedra del que había de ser el futuro Hospital Civil, ambos en la ciudad de Málaga. Consciente de la importancia de la educación feme-

nina y resistiéndose a enviar a sus hijas al extranjero, en una clara diferenciación de género en relación con sus hijos, fundó el Colegio de La Asunción, regido por la Religiosas Agustinas del mismo nombre y destinado a las jóvenes malagueñas de la alta sociedad.

Durante el Sexenio Revolucionario el matrimonio Loring-Heredia optó por una solución monárquico-liberal, trasladándose a Madrid poco antes de la restauración borbónica, un proceso en el que tuvo mucho que ver el político malagueño Antonio Cánovas del Castillo, amigo del matrimonio. Igual que ocurrió en Málaga, la residencia madrileña de Amalia Heredia Livermore fue sede de frecuentes tertulias políticas a las que acudían lo más selecto de la sociedad de la época, además de políticos conservadores como Cánovas, Silvela y Dato, utilizando la marquesa este espacio de sociabilidad para intervenir indirectamente en los asuntos públicos, ya que como mujer no tenía acceso directo a ellos. Al parecer era tal su inclinación por la política que tenía por insustanciales a los hombres que no se dedicaban a ella. La larga estancia de Amalia Heredia Livermore en Madrid, casi media vida, se vio salpicada por sus viajes a Málaga, donde solía pasar algunas temporadas. Tras convertir el casamiento de sus hijos en auténticas operaciones de reagrupamiento social y financiero, la marquesa de Casa Loring abrió al público su colección arqueológica, el Museo Loringiano, instando a su cuñado Manuel Rodríguez de Berlanga a llevar a cabo el catálogo de la misma. Así mismo contribuyó al mantenimiento del Patrimonio Histórico-Artístico de la Alhambra, amenazado por el incendio que afectó al patio de los Arrayanes y la Torre de Comares en 1890, y puso en marcha la Capilla del Colegio de la Asunción en 1891. La muerte le sobrevino de repente en 1902, «en los momentos en los que parecía más llena de actividad y animación». Atrás dejaba sus innumerables actividades benéficas y caritativas, su defensa del patrimonio artístico, su papel como mecenas y su forma comprometida de actuar -la única posible en una mujer de su clase social- con la ideología política conservadora.

Bibliografía

DÍAZ DE ESCOVAR, N. *Galería de Malagueñas. Apuntes para una obra biográfica de las mujeres, hijas de esta provincia, o residentes en ella, que se han distinguido por su talento, piedad, valor e ilustración*. Málaga, La Equitativa, 1901.

HEREDIA GRUND, M^a. P. *Memorias de una nieta de Don Manuel Agustín Heredia. Doña María Pía Heredia Grund*. Madrid, Rivadeneira, 1955.

RAMOS RANDO, E. M^a. *Amalia Heredia Livermore. La mujer como promotora de la cultura y de las artes*. Málaga, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, 2000.

SÁENZ DE MELGAR, F. (dir.), *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas. Estudio completo de la mujer en todas las esferas sociales. Sus costumbres, su educación, su carácter. Influencia que en ella ejercen las condiciones locales y el espíritu general del país al que pertenece. Obra dedicada a la mujer por la mujer y redactada por las más notables escritoras hispano-americanas-lusitanas bajo la dirección de la señora doña...*, e ilustrada con multitud de magníficas láminas dibujadas por don Eusebio Planas. Barcelona, Ed. Juan Pons, 1881.

Suceso Luengo de la Figuera [1864-1931]

M^o del Buen Suceso Luengo de la Figuera nació en Móveda de Toro, provincia de Zamora, el 19 de noviembre de 1864. Maestra y escritora, fue Directora de la Escuela Normal de Maestras de Soria hasta 1890, fecha en la que fue trasladada a la Escuela Normal de La Habana, donde ocupó su cargo hasta 1898. En su juventud alternaba su tarea docente con la participación en certámenes literarios provinciales como los Juegos Florales de Soria donde fue galardonada. Suceso Luengo nunca abandona la escritura y durante los ocho años que reside en La Habana colabora en periódicos y revistas literarias como *El Figaro*, *El Hogar*, *La Unión Constitucional*, *El Comercio*, y el diario mejicano *La Epoca* y fue redactora de *El Diario de la Marina*.

En 1917 publica en Madrid su obra poética *Pasajeras*, donde mistificación, sublimación y misticismo paisajístico, junto con la vuelta a sus raíces castellanas, la sitúan muy cercana al movimiento noventayochista.

De vuelta a España, arriba con el sinsabor de la derrota y la certeza de que la falta de cultura y la incompetencia iban unidas. Presa de la nostalgia, crea en Málaga un club llamado *Paslófilo*, entre cuyos objetivos se encontraba la exaltación del patriotismo en las mujeres, la divulgación de la literatura latinoamericana y la fundación de nuevos clubes tanto aquí como en Ultramar. Sus propósitos era convertir a Palos de Moguer -lugar de partida de las naves que descubrieron América- en un lugar culturalmente ideal, lleno de bibliotecas, museos y palacios. Este club, del que se tiene constancia en Málaga entre 1915 y 1916 estaba vinculado a la Escuela Normal de Maestras y a la Cámara de Comercio.

El nombramiento de Suceso Luengo como directora de la Normal fue muy bien acogido en la ciudad y en su propio círculo profesional donde cuenta con colaboradoras muy cercanas como Teresa Aspiazu, Aurora Larrea y la directora de la Escuela Aneja a la Normal, Francisca Luque de Pezzi. También las instituciones locales colaboraron con sus proyectos y esa colaboración fue recíproca. Suceso Luengo fue vocal de la Junta Provincial de Protección a la Infancia, la Junta de Primera Enseñanza, la Junta de Instrucción Pública y la Comisión ejecutiva organizadora de la Fiesta del Arbol. Políticamente estaba situada dentro de la línea reformista liberal-conservadora.

La biografía de Suceso Luengo está unida a la ruptura del papel adjudicado por la sociedad de entresiglos a una mujer burguesa. La formación y cultura recibidas

le permiten no sólo ejercer una profesión, lo que le supone la independencia económica, sino la capacidad de expresión y reflexión y la capacidad de inculcar esos valores entre sus alumnas.

El discurso educativo de Suceso Luengo, está marcado por la crisis del 98 y se manifiesta en el convencimiento de que educación y cultura son armas redentoras de los pueblos e impulsoras del progreso. Sigue pues la línea de Rousseau, Pestalozzi, Spencer, Labra, Posada,... y de las precursoras del feminismo español: Concepción Arenal y Emilia Pardo Bazán. Pero sin duda la huella más profunda de su práctica docente se encuentra en la corriente de ideas que inspiran el catolicismo social; visita periódicamente las Escuelas del Ave María del Padre Manjón en Granada donde éste enseñaba a niños marginados del Sacromonte en su propio medio de pobreza, al aire libre y con una metodología intuitiva. Tanto Manjón como Giner coincidían en un aspecto: la finalidad de la educación no es instruir, sino formar hombres completos. Esta es la línea de pensamiento que asume Suceso Luengo para el colectivo al que ella imparte su docencia: las mujeres. Contradictoria también, Suceso Luengo no oculta su admiración por Concepción Arenal y Emilia Pardo Bazán.

Entre el ideal de perfección católico y el reformismo conservador, Suceso Luengo elabora un corpus teórico que edita en 1902 denominado *Pedagogía Social*. En él plantea la educación «de todos por todos»; una idea utópica que traslucía la necesidad de la clase dominante de ordenar, normalizar, encauzar y hacer productiva a la población, utilizando a la escuela como aparato socializador.

Pero donde es más notoria la labor de renovación pedagógica de Suceso Luengo es en su ámbito de acción: la Escuela Normal de Maestras. Actividades -incluida la gimnasia sueca, visitas y excursiones-, laboratorios para el estudio práctico de las Ciencias, Biblioteca, exigencia de metodologías propias para cada asignatura, especialización del profesorado, concentración de materias, reducción de horarios... Todo ello plasmado en el *Anteproyecto de Organización de Escuelas Normales de Maestras*, elaborado por la biografiada y por Teresa Aspiazú en 1903.

Consciente de que la igualdad jurídica y el derecho al trabajo de las mujeres pasaban por el acceso a la cultura y el conocimiento, Suceso Luengo contrajo el compromiso de luchar contra la ignorancia. Se trata, no obstante, de un feminismo económico que tiene como meta concreta la de incorporar a las mujeres solteras de clase media al mundo del trabajo productivo; es pues un planteamiento reformista que, sin embargo, rompe con los parámetros sociales al uso al proponer un nuevo modelo y nuevas expectativas de vida para las mujeres.

Bibliografía

BADILLO BAENA, R. M^o. *Feminismo y educación en Málaga: el pensamiento de Suceso Luengo de la Figuera (1898-1920)*. Málaga: Universidad, 1992.

DÍAZ DE ESCOVAR, N. *Galería de Malagueñas. Apuntes para una obra biográfica de las mujeres, hijas de esta provincia, o residentes en ella, que se han distinguido por su talento, piedad, valor e ilustración*. Málaga, La Equitativa, 1901.

Isabel Oyarzábal Smith [1878-1974]

Periodista, escritora, dramaturga, traductora, folklorista, actriz y diplomática. Nació en Málaga el día 12 de junio de 1878. Su padre se llamaba Juan Oyarzábal y Bucelli y su Madre Ana Smith y Guithrie. La madre supo educar a su hija con una libertad y perspectiva impensables para la mayoría de la clase social a la que pertenecían. Su padre era un hombre más conservador, aunque tolerante, debido quizás a su educación en el extranjero. A Isabel, la conciencia de clase se le despertó a una edad muy temprana. Alumna de las monjas de la Asunción, daba clases en la «escuela de las niñas pobres», hijas de las familias que vivían en las barracas del monte Gibralfaro. A cambio, los padres debían asistir a misa para corresponder a este servicio y a las ayudas de víveres y ropas que la burguesía les proporciona. Este chantaje no es admitido por Isabel y así se lo hace saber a su padre.

Su primer trabajo fue como profesora de español para una familia en Sussex. Isabel calificó este trabajo como «llave del futuro». Por entonces murió el padre e Isabel, más unida que nunca a su madre, soñaba con ser actriz. No iba a tardar en cumplirse ese deseo. En un homenaje a la actriz María Tubau, en Málaga, Isabel conoció a Ceferino Palencia, hijo de la actriz y futuro marido suyo. Contó sus deseos a la actriz, quien decidió hacerle una prueba. A pesar del escándalo social que produjo esta decisión, Isabel marchó en compañía de su madre a Madrid, donde debutó por primera vez en la obra *Pepita Tudó*,

Pero su nuevo trabajo de actriz no la impidió seguir escribiendo. Con su amiga Raimunda Vecilla, y con su hermana Ana, editó una revista, *La Dama y la Vida Ilustrada*. Fue corresponsal de la revista inglesa *Laffan News Bureau* y colaboradora del periódico *The Standard*. Se inició como conferenciante en el Ateneo madrileño hablando de la influencia de Sir Henry Irving en el teatro inglés.

En 1909 se casa con Ceferino Palencia, de quien adopta el apellido. El matrimonio tuvo un hijo y una hija. Sus colaboraciones crecen en las revistas españolas *Blanco y Negro*, *El Heraldo*, *Nuevo Mundo*, *La Esfera*.

En 1918 comienza su militancia feminista en la Asociación Nacional de Mujeres Españolas (ANME), de la que llegó a ser presidenta. En 1920 asistiría como delegada al Congreso de la Alianza Internacional para el Sufragio de la Mujer (Ginebra), como Secretaria del Consejo Supremo Feminista de España. Su sección del diario *El Sol*, «Crónicas Femeninas», las firmaba como Beatriz Galindo. A esta

faceta de mujer triunfadora se le oponía su fracaso matrimonial. A los adulterios del marido respondió con la intensificación de su trabajo feminista. Por primera vez, tuvo la oportunidad de conocer un ateneo obrero cuando la invitaron a dar una conferencia sobre la educación de las mujeres en la Casa del Pueblo, sorprendiéndose de la inteligencia natural de la clase trabajadora.

Muy lejos de esta actividad son sus conferencias sobre folklore y moda en ciudades como Montreal, Miami, Nueva York o San Francisco, recogidas en un libro titulado *El traje regional de España* (1926). Su sensibilidad también la llevó a publicar y dar conferencias sobre los problemas de la infancia: *El alma del niño* (1921). En 1926 es vicepresidenta, con Victoria Kent, del Lyceum Club Femenino. A finales de 1920 su participación en la vida política se intensifica. En 1929 preside la Liga Femenina Española por la Paz y la Libertad y se especializa en Derecho Internacional. Fue la única mujer que formó parte de la Comisión Permanente de la Esclavitud en las Naciones Unidas. En 1930, consiguió entrar en la cárcel y fotografiar al Comité Revolucionario Republicano. Sus fotografías se publicaron en el *Daily Herald* de Londres.

En 1931 su candidatura aparece en las listas del Partido Socialista. Su implicación con la República es total: Consejera Gubernamental de la XV Conferencia Internacional del Trabajo (Ginebra, 1931), vocal del Consejo del Patronato del Instituto de Reeducción Profesional, delegada en la Sociedad de Naciones... En 1933 gana por concurso-oposición una plaza de Inspectora Provincial y representa al gobierno de la República en la Sociedad de Naciones. Actuó como ministro plenipotenciario (hecho insólito para una mujer) en nombre de la República, en el seno de las Naciones Unidas. Se implica también en el Comité Mundial de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo. En 1935 asiste como representante de los trabajadores a la Conferencia Internacional del Trabajo, en Ginebra (no quiso aceptar representar a un Gobierno «autoritario»). Declarada la guerra, en 1936, pasa a formar parte de la Comisión de Auxilio Femenino. En Octubre de ese año es nombrada Ministro Plenipotenciario de segunda clase y se le destina a Estocolmo. Su labor durante esos meses se desarrolló en una febril actividad en pro de la República.

En abril de 1939 abandona la embajada y se dispone, con toda su familia, liberada ya de los campos de concentración franceses, a iniciar su exilio en México. Continuó con su actividad creativa y su militancia activa feminista. Murió en México, en 1974, un año antes que el dictador. Durante todos los años que duró su exilio conservó como un talismán tres cintas con los colores republicanos que quedaron prendidas de sus manos cuando embarcó en el puerto noruego que la llevaba a su destino de exiliada, junto a tantos españoles.

Bibliografía

DOMÍNGUEZ PRATS, P. *Voces del exilio. Mujeres españolas en México, 1939-1950*, Comunidad de Madrid, Dirección General de la Mujer, Madrid, 1994.

PALENCIA, I. *I Must have Liberty*, Longman, Green and Co., Inc. New York-Toronto, 1940.

—, *Smouldering Freedom. The Story of the Spanish Republicans in Exile*, Longman, Green and Co., Inc. New York-Toronto, 1945.

—, *En mi hambre mando yo*. Libro Mex, Editores, México, D.F., 1959.

RODRIGO, A. *Mujer y Exilio. 1936*, Compañía Literaria, Madrid, 1999.

47

Má

Victoria Kent Siano [1892-1987]

Abogada, diputada republicana y escritora. Victoria, nacida en Málaga el día 3 de marzo en el malagueño barrio de «Lagunillas», tenía sangre británica heredada de su padre, un comerciante afincado en Málaga. Fue la única hija entre cuatro hermanos varones. Sus primeros estudios los realizó en su ciudad, primero con profesores particulares y después en la Escuela Normal de Maestras, en la que tuvo como profesoras a las feministas Suceso Luengo de la Figuera y Teresa Aspiazu. Obtuvo su titulación en 1911 y en 1917 se trasladó a Madrid, a la Universidad Central, donde cursó sus estudios de abogacía. Fue la pionera en muchas cosas. Para empezar, fue la primera alumna inscrita en la Residencia de Señoritas, una institución creada por la Junta de Ampliación de Estudios, que dirigía María de Maeztu, feminista, fundadora en 1926 del Lyceum Club Femenino. Victoria, y la también malagueña Isabel Oyarzábal, formaron parte de este grupo de mujeres, compartiendo la vicepresidencia del mismo.

De su compromiso con la causa feminista Victoria ya había dado pruebas en 1919 adscribiéndose a la Asociación Nacional de Mujeres Españolas (ANME), fundada en 1918 por María Espinosa de los Monteros, para promover la educación y la igualdad legal femenina y que en 1920 cristalizó en la creación de la Juventud Universitaria Femenina (JUF). Victoria Kent fue la representante de dicha asociación en el Congreso Internacional de la Federación Internacional de Mujeres Universitarias (Praga, 1921). En 1924 se doctoró en Derecho y al año siguiente ingresó en el Colegio de Abogados de Madrid. Sus primeros trabajos como abogada los efectuó para el Sindicato Nacional Ferroviario. Esos primeros años profesionales coincidieron con la dictadura de Primo de Rivera (1923-1929). Su posición política se acercaba a las tesis socialistas moderadas. En 1928, en colaboración con las políticas feministas Clara Campoamor y Matilde Huici, entre otras, fundó el Instituto Internacional de Uniones Intelectuales. Un año después comenzó a militar en el Partido Republicano Radical Socialista. Fue una de las tres diputadas, junto a Clara Campoamor, del Partido Radical y Margarita Nelken, del PSOE. Esta postura más moderada se puso de manifiesto con el famoso debate por el voto femenino, iniciado tras la proclamación de la Segunda República en 1931. El debate enfrentó a Victoria Kent, que, recelosa como la mayoría de los republicanos, lo rechazó, temerosos de la influencia clerical y a Clara Campoamor, diputada del Partido Radical. Como ya es historia, el resultado se inclinó a favor de las tesis de la segunda.

Por otro lado, Victoria Kent, se había hecho famosa, profesionalmente, por la defensa de su correligionario Álvaro de Albornoz. También en esto fue la primera. Tras la victoria republicana en las elecciones del 14 de abril de 1931, fue nombrada directora general de Prisiones (de nuevo, la pionera). Su trabajo en esta misión fue revolucionario. Una de sus primeras medidas fue suprimir grilletes y cadenas (con los que mandó erigir un monumento a Concepción Arenal), suprimir la obligatoriedad de asistir a misa y permitir la libertad de prensa para los presos. Por estas, y otras medidas progresistas, se vio en la necesidad de dimitir, ante la falta de apoyo en junio de 1932. Su siguiente compromiso fue como vocal del Patronato de Protección de la Mujer. En 1934 entró a formar parte del partido Izquierda Republicana, liderado por Manuel Azaña.

En 1936, en las listas del Frente Popular, consiguió su escaño por Jaén. Al estallar la guerra civil, actuó como inspectora en los frentes cercanos a Madrid. Inició un programa de guarderías en la zona republicana. En 1937 fue destinada a la embajada española en París. En 1939, desde esta sede, rescató a muchos españoles retenidos en los campos de concentración franceses. La invasión alemana la sorprendió allí. Estuvo casi un año refugiada en la Embajada mexicana. Ayudada por la Cruz Roja, y con nombre falso, pudo burlar a la Gestapo. Estas experiencias fueron la base de su libro *Cuatro años en París, 1940-1944*, editado en 1947. Con otros exiliados, fundó la Unión de Intelectuales Españoles (1944). En 1945 asistió al Congreso Internacional Femenino. En 1948 se trasladó a México, donde trabajó como profesora de Derecho Penal. Colaboró con el gobierno mexicano en la creación de la Escuela de Capacitación para Funcionarios de Prisiones. En 1950 marchó a Nueva York como funcionaria de la ONU. En 1951 fue nombrada ministra delegada en N.Y. del gobierno republicano en el exilio. En 1954 empezó la publicación de la revista *Ibérica*, trabajo al que se dedicó por completo hasta 1974. En 1977, muerto el dictador, la escritora viaja a España. Murió en Nueva York, en la casa compartida con su amiga y mecenas, la hispanista Louise Crane.

Bibliografía

ALCALDE, C. *Mujeres en el franquismo. Exiliadas, nacionalistas y opositoras*, (Pról. de M. Vázquez Montalbán), Flor del Viento Ediciones, Barcelona, marzo, 1996.

DOMÍNGUEZ, P. *Voces del Exilio. Mujeres españolas en México (1939-1950)*, Dir. Gral. De la Mujer, Comunidad de Madrid, 1994.

FAGOAGA, C. *La voz y el voto de las mujeres, 1877-1931*, Icaria, Barcelona, 1985.

GARCÍA MÉNDEZ, E. *La actuación de la mujer en las Cortes de la II República*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1974.

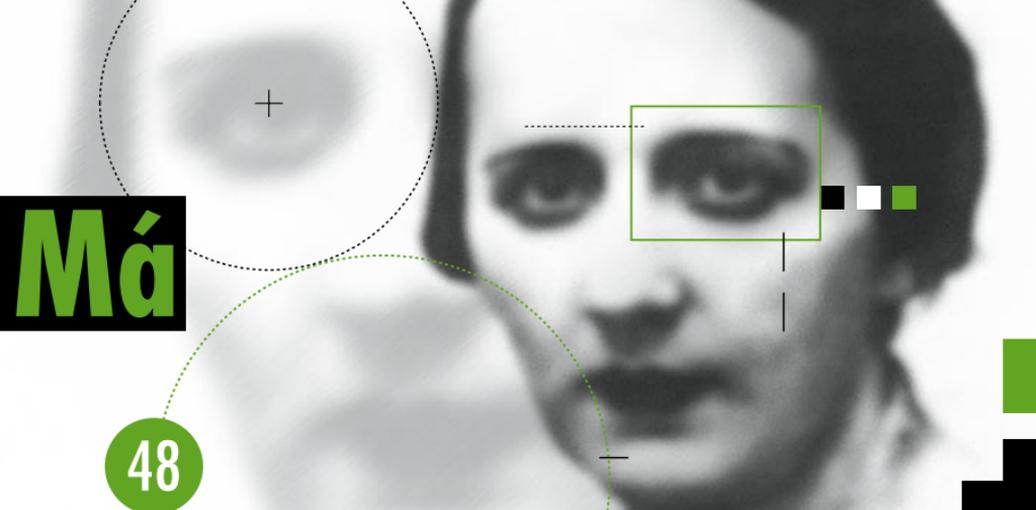
Mujeres en la Historia de España. Enciclopedia biográfica, Cándida Martínez, Reyna Pastor, M^o José de la Pascua y Susanna Tavera, (dirs.), Planeta, Barcelona, 2000.

RAMOS PALOMO, M^o. D. *Victoria Kent 1892-1987*, Ediciones del Orto, Madrid, 1999.

RODRIGO, A. *Mujeres de España. Las silenciadas*, Círculo de Lectores.

—. *Mujer y Exilio. 1936*, Compañía Literaria, Madrid, 1999.

TELO, M. *Concepción Arenal y Victoria Kent. Las prisiones. Vida y Obra*, Instituto de la Mujer, Madrid, 1995.



Má

48

María Zambrano Alarcón [1904-1991]

*El juego entre ocultación y visibilidad
marca el modo de la presencia,
lo que implica una manera de entrar
en el espacio y de fluir en el tiempo.*

El 22 de abril de 1904 nace en el municipio de Vélez Málaga, María Zambrano, primera hija de Blas José Zambrano y Araceli Alarcón ambos maestros que prestan su servicio en la Escuela Graduada de este municipio. A la edad de 5 años se traslada a Segovia donde su padre enseña Gramática Castellana en la Escuela Normal y frecuenta la compañía de Antonio Machado con el que colabora en la fundación de la Universidad Popular. En 1921, María inicia sus estudios de Filosofía en la Universidad Central de Madrid donde será alumna de Ortega y Gasset, J.M. García Morente, Julián Besteiro y Zubiri y formará parte de la tertulia de la *Revista de Occidente*; sus años formativos lo serán no sólo en el plano académico sino en el personal y en el político: forma parte de la Federación Universitaria Española (FUE), colabora con los periódicos madrileños *El Liberal* y *La libertad* y con *El Manantial* de Segovia, y participa en la constitución de la Liga de Educación Nacional.

Enferma de tuberculosis, el reposo consiguiente es físico que no intelectual. De él nace el primer libro de María Zambrano: *Horizonte de liberalismo (El nuevo liberalismo)* (1930) y su incorporación como profesora a la Universidad Central de Madrid, al Instituto Escuela y a la Residencia para Señoritas, a la vez que ve llegar con júbilo el advenimiento de la II República. En sus escritos a partir de 1933 vemos aparecer el germen de todo el pensamiento de nuestra filósofa: la reflexión sobre la pérdida de contacto con la tierra, la prolongación -desde Ortega- del tema de la «deshumanización de las artes» y la reflexión sobre los despojos abandonados por la conciencia, con un indiscutible fondo nietzscheano.

Poco después del estallido de la Guerra Civil, María Zambrano se casa con Alfonso Rodríguez Aldave, que acaba de ser nombrado secretario de la Embajada española en Santiago de Chile con quien parte hacia su destino donde publica la primera versión de *Los intelectuales y el drama de España* como respuesta a su creciente angustia. Por ello mismo y con la premonición de que la guerra está perdida regresa

a España y colabora, desde Valencia, con la República atendiendo las labores de Propaganda e Infancia y escribiendo junto a otros intelectuales en la revista *Hora de España*. A partir de ahí, el exilio; pasa a Francia con su hermana y su madre y comparten el camino con Machado. Desde allí a México pasando por New York y La Habana, por último es contratada como profesora de Filosofía en la Universidad de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, Michoacán, donde publica *Pensamiento y Poesía en la vida española* y *Filosofía y Poesía*. Su estancia en México se alternará con visitas académicas a Cuba y Puerto Rico (donde asiduamente ofrece cursos y seminarios en la Asociación de Mujeres Graduadas) hasta que se traslada, en 1943 a este país, luego a París y en 1949 a México, La Habana y en 1953 a Roma... en todos estos recorridos María se integra perfectamente en el grupo de exiliados españoles y confraterniza con la intelectualidad de la época. De este período datan *Persona y democracia* (1959), *La tumba de Antígona* (1967) entre otros muchas colaboraciones y artículos literarios y filosóficos.

En 1980 se traslada a Ginebra. Comienzan los reconocimientos oficiales a una María Zambrano que se debate sobre el regreso. El 20 de noviembre de 1984, María Zambrano llega a Madrid.

Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades en 1981, Doctora Honoris Causa por la Universidad de Málaga en 1982 y Premio Cervantes en 1989, entre otros notables reconocimientos, celebran su retorno. Su producción intelectual es amplísima y sirvan de ejemplo: *El pensamiento vivo de Séneca* (Buenos Aires, 1944), *La agonía de Europa* (Buenos Aires, 1945), *Hacia un saber sobre el alma* (Buenos Aires, 1950), *El hombre y lo divino* (México, 1950), *La tumba de Antígona* (México, 1967), *Claros del bosque* (Barcelona, 1977), *De la Aurora* (Madrid, 1986), *Notas de un método y Delirio y Destino* (Madrid, 1989), *Los bienaventurados* (Madrid, 1990), *Al parpadeo de la luz* (Málaga, 1991), *Los sueños y el tiempo* (Madrid, 1992).

María Zambrano fallece el 6 de febrero de 1991, su pensamiento y su memoria perviven.

Bibliografía

María Zambrano, *el sueño creador*. Málaga: Diputación Provincial de Málaga-Consortio para el Centro Asociado de la UNED en Málaga- Fundación María Zambrano, 1999.

ORTEGA MUÑOZ, J. F. *María Zambrano. Su vida y su obra*. Málaga: Junta de Andalucía, Consejería de Educación y Ciencia, 1992.

ZAMBRANO, M., *La tumba de Antígona; Diótima de Mantinea*. Málaga: Litoral, 1984.

Amparo Rviz de Lvna

Poseedora de ese triple carácter de oficio, industria y arte, nuestra biografiada es ceramista. Aunque nacida en Sevilla, pronto se traslada a Talavera de la Reina (Toledo) donde comienza a trabajar la arcilla en el taller familiar fundado por su abuelo Juan Rviz de Lvna Rojas (1908) y continuado por su padre, el ceramista y pintor Juan Rviz de Lvna Arroyo. En 1962 se traslada con su familia a Málaga y desde muy joven comienza a exponer sus obras -especialmente figuras infantiles y Belenes- en Madrid, Talavera, Ciudad Real, Málaga, Sevilla, . . . y en Francia, Suiza y Canadá.

En Amparo Rviz de Lvna se aprecian influencias varias. La de la cerámica sevillana, concretamente la del Betis, que son tipos generales, sobre todo lebrillos y platos blancos esmaltados, con dibujos azules y marrones, con figuras grandes en formas muy semejantes a las de Talavera. La de loza de Triana, más rudimentaria, que es roja y sin vidriar. La influenciada por el renacimiento italiano, propagada por la Península a través de Sevilla y Talavera de la Reina, que lleva barniz de plomo o estaño, para que resulte blanca y brillante, con dibujos en colores, predominando el azul. Estas son las influencias, la amalgama que da origen a su trabajo.

La tradición de Talavera data de 1222, cuando Fernando el Santo otorga privilegios para la creación de barrerías. Desde el siglo XVI se fabrican azulejos de cuenca y cuerda seca, sustituidos después por los de técnica italiana, y los platos y cuencos azules sobre esmalte blanco con dibujos basados en animales y cenefas vegetales.

Engarzando la tradición de la cerámica de Talavera y la sevillana, los Belenes de Amparo Rviz de Lvna agrupan la iconografía del nacimiento con los utensilios cerámicos más populares. Los Belenes de Rviz de Lvna siempre son verticales: emergen de un plato o un barreño, de una teja, de un ladrillo -que hacen la vez del lecho de musgo sobre el que se asienta el Nacimiento- y asciende vertical e incluso espiralmente hasta rematarla con la composición principal. En principio resultaron extraños al público, pero muy pronto fueron alabados por la crítica que vio en ellos una originalísima renovación de una de una de las composiciones artísticas más sencillas. También la crítica han querido ver en la obra de Amparo Rviz de Lvna el sincretismo entre la composición belenística tradicional y el aire andaluz que nos recuerda la multitud de romerías que se celebran en nuestra región; los

Belenes ascendentes recuerdan pues el peregrinaje romero, una actividad lúdica de recuperación de valores perdidos, de igualitarismo social y de permisividad. Y como tal, los belenes constituyen una oportunidad para el encuentro: la de los personajes tradicionales y la de elementos novedosos ligados a la tradición andaluza, también la de la fauna y la vegetación andaluza que configuran el referente espacial de la ceramista.

Desde 1980 se hace cargo del taller familiar, donde ahora trabaja ya la cuarta generación de ceramistas.

En 1990 fue incluida en la Catálogo General de Artistas Iberoamericanos y en la Enciclopedia General de Pintores y Escultores Españoles del Siglo XX.

Sus obras se exponen en el Museo de Artes Decorativas de Madrid, en el Museo de Bellas Artes de Málaga, en el Museo de Cerámica de Barcelona, en el Museo de Cerámica de Valencia, en el Museo Chateau de La Batisse en Clermond Ferrand (Francia), en numerosas colecciones particulares entre las que se encuentra la colección de S. M. la Reina.

Bibliografía

«La obra de Amparo Rviz de Lvna», en *Kylix*, nº 2, Málaga, diciembre 1999 - enero 2000, pp. 83-89.

RVIZ DE LVNA, Amparo. *Catálogo*. Málaga, Exposición.



50

Domicia Paulina [70-130]

Podemos imaginar cómo Domicia Paulina pasea por su villa mediterránea, entre cipreses y plantas aromáticas; así lo hacen otras mujeres romanas, de alta posición, como ella; lugar social al que pertenece no sólo por su origen familiar, sino por la situación a la que ha accedido al casarse con un senador hispano, con el que ha marchado a vivir a Roma. El marido le supera bastante en edad y, para él, éste es su segundo matrimonio. Seguro que ella no ha podido tener demasiada participación en la elección del esposo puesto que las mujeres, tras la conquista e influencia romana, han sido colocadas bajo la potestad del pater.

Paulina acompañará al hombre, con el que se ha unido en matrimonio, a vivir fuera de la ciudad donde ella ha pasado su niñez y donde la historia ha ubicado su nacimiento, aunque la fecha no se sabe con seguridad. El matrimonio tiene una hija, que hoy se desconoce su nombre y tal vez un hijo, llamado Africano, aunque también esto es dudoso.

Domicia Paulina ha nacido en el seno de una de las familias de mayor prestigio de la Bética, familia que forma parte de la élite imperial, su padre era primo del que, años después, será el emperador Trajano. Lleva la vida propia de una persona perteneciente a la familia imperial, que es muy diferente al resto de las mujeres de otros estamentos sociales, por ejemplo: al pertenecer a la familia imperial puede participar, como sacerdotisa, en los cultos religiosos.

Su ciudad es Itálica. El año de nacimiento, como se ha dicho anteriormente, aún no se ha datado con exactitud, pero puede corresponderse con los años setenta del siglo I; la ciudad está situada en el sur de la Hispania, en la Bética y enclavada en lo que, mucho tiempo después, será la ciudad sevillana de Santiponce. Fue alegre el tiempo que pasó allí, es posible que, entre aquel paisaje de viñas y olivos y entre aquellos atardeceres de un color cercano al violeta, naciera su alegría, su rectitud moral y sus deseos de desempeñar alguna actividad artística como el teatro: más tarde sería actriz y... ¿Por qué no? ¿no han salido de la Bética las mejores bailarinas del imperio? ¿no tiene en su carácter la gracia y el buen sentido de su madre, la gaditana Domicia Paulina? también dama notable, perteneciente a una familia de segundo rango en importancia en la jerarquía social romana.

Paulina ha vivido siempre muy cerca de su hermano Adriano, al igual que su esposo, Serviano, a quien el futuro emperador respetaba y tenía casi por igual;

pero desgraciadamente entre los dos se estableció una fuerte competencia que fue aumentando con los años. Las relaciones entre el matrimonio y Adriano fueron, a la vez, cercanas y tensas debido a la diferencia de caracteres y a la distinta forma de vida: mientras que su hermana es una persona de correcta moral, él se dedica a contraer deudas para pagarse una vida de derroche. En un momento de su vida Paulina da el triste paso de contar a Trajano, su tutor, la vida que lleva su hermano; pero lo hizo solamente por encauzar su vida y poner un freno a tanta disipación. Esta delación hizo que Trajano, poco antes de convertirse en emperador, se indispusiera con Adriano en un momento decisivo, actitud que estuvo a punto de costarle a éste la sucesión al Imperio.

La cuestión no se olvidó fácilmente y, al convertirse Adriano en emperador, no da a su hermana ninguno de los honores de los que han gozado las hermanas de otros emperadores. Esto no ha debido trascender demasiado porque, a pesar de ello, Domicia Paulina es respetada en palacio, su figura es honrada públicamente en muchos lugares, gozando de un destacado prestigio como miembro de la familia imperial. Tampoco su hermano le ha concedido el honor de situarla en la línea de transmisión del poder imperial al no concederle el título de «Augusta», porque posiblemente todavía siga viva la tensión y la rivalidad palaciega entre el emperador y su cuñado.

La vida de Elia Domicia Paulina transcurre dentro de las actividades de las mujeres de la más alta clase romana, algo diferente a lo que, en ese momento, hacen otras mujeres en esta sociedad: unas desarrollan un comportamiento público de gran prestigio social aunque no pertenezcan a la familia imperial, son grandes hacendadas propietarias de tierras y negocios, financian la construcción de obras públicas: termas, basílicas, pórticos y templos, incluso costean espectáculos. Las no hacendadas intervenían como productoras en los ciclos económicos campesinos, en los trabajos al aire libre y en la elaboración de productos para el grupo familiar o para su comercialización. El trabajo más duro, sin embargo, era para las esclavas, explotadas no sólo en su trabajo sino también en su capacidad de reproducción, las más fecundas tenían que producir la fuerza de trabajo: traer al mundo criaturas que, cuando fueran mujeres y hombres, continuaran los trabajos propios de la esclavitud.

Mientras tanto, en palacio, ha llegado a tal estado las desavenencias entre el matrimonio de Paulina y el emperador, que cuando ella muere hacia el año 130, no se le tributan honores fúnebres públicos, que era lo habitual en personajes tan destacados de la familia imperial.

Lo que sí hizo Adriano, quizá para calmar las críticas a que dio lugar su comportamiento, fue dar el nombre de su hermana a una tribu y a varias aldeas de una ciudad egipcia que el emperador había levantado en honor de su amado amigo Antinoo.

Bibliografía

MARTÍNEZ LÓPEZ, C. La experiencia silenciada. Las mujeres en la Andalucía Antigua: Estado de la Cuestión. En: *Las Mujeres en la Historia de Andalucía. Actas del II Congreso de Historia de Andalucía*, Córdoba, 1991. pp. 11 a 22.

VV.AA. *Mujeres en la historia de España*. Enciclopedia biográfica; TAVERA, S. (Coor.). Barcelona. Planeta. 2000.



51

Se

Brunekhilda [547-613]

Este nombre femenino visigodo de la primera Edad Media corresponde a una de las dos hijas del Rey Atanagildo y de su esposa Goswintha, a una mujer de gobierno a la que hoy se reconoce como una de las personalidades más destacadas de su época. Tanto ella como su madre, de la que aprendió a implicarse en los asuntos políticos, ejercieron una gran influencia en el devenir del complicado equilibrio de poder de los visigodos en los siglos posteriores a la caída del Imperio Romano. Su presencia y su protagonismo en momentos decisivos para el futuro de su pueblo, nos hablan de un modo personal de situarse alejado de la sumisión y del aceptar vivir dominadas.

Por su pertenencia a un grupo social privilegiado, cuyo destino pasaba por incrementar y transmitir el poder heredado, la política de dominio de una mayor extensión de territorio y los intereses dinásticos, llevaron a Brunekhilda siendo aún muy joven a un matrimonio concertado con el merovingio -así se denominaba la dinastía de los francos- Sigiberto I, lo que la convirtió en Reina de una parte de la Galia.

Inteligente, culta, enérgica y dura con sus enemigos, de un gran ascendiente personal, intervino en todas las intrigas que se suscitaron en su entorno relacionadas con la transmisión del poder y de los territorios entre sus familiares más cercanos. La venganza del asesinato de su hermana —que se había casado con un hermano de su marido- por negarse a aceptar que él pudiera seguir manteniendo relaciones con otra mujer, así como la defensa de los derechos sucesorios de sus hijas, hijo y algunos familiares, la llevaron a enfrentarse en varias ocasiones con quienes aspiraban de una manera poco legítima a disfrutar de ellos.

Situada en el centro de unas duras luchas fratricidas, la búsqueda de apoyos políticos y de alianzas matrimoniales que sirvieran a la causa que defendía, la ocupó en muchos momentos de su vida. Logró vencer en varias ocasiones hasta que también ella terminó siendo torturada y asesinada por emisarios de un Rey enemigo a los que la entregaron personas de su propia Corte, las cuales se ocuparon además de que pasara a las crónicas de la tradición historiográfica como una mujer loca y perversa.

Después de pasados tantos siglos, hoy podemos decir de ella que algunas de las decisiones que tomó en el transcurrir de su vida tuvieron una incidencia en la historia de las mujeres notables de la dinastía merovingia, pues introdujo en el

mundo franco la práctica de origen romano de la regencia de la reina viuda, lo que le permitió gobernar mientras el heredero era menor de edad, a ella misma entonces y más tarde a otras de su misma posición social. Una situación que, en su caso, tuvo que asumir más de una vez —como regente en nombre de su hijo y, a la muerte de éste, de sus nietos— en medio de visibles resistencias por parte del entorno del poder en el que se movía que no aceptaba el que una mujer pudiera desempeñar el gobierno de aquel Reino; es decir, ocupar un espacio político y, por tanto, público cuando lo que le correspondía, de acuerdo con su naturaleza femenina, era atender a la buena administración de los asuntos domésticos. Sin embargo ella mantuvo como uno de los móviles principales de la política que desarrolló, el consolidar la autoridad real frente a la aristocracia y los eclesiásticos.

Consciente de la inestabilidad que este hecho producía, en razón de un conflicto que no sólo lo era de poder sino también de sexos, logró apoyos para las etapas en las que ejerció el gobierno, y buscó la protección para que su hijo fuera designado heredero sin suscitar nuevas tensiones. El ascendiente de que gozaba entre amigos y enemigos lo hizo posible.

Fue incansable en el trabajo de consolidar una autoridad con fuerza moral para proponer modos de actuar guiados por el bien común, por la realización de mejoras que favorecieran a todo el pueblo, por la referencia a principios que dieran cohesión frente a los intereses particulares.

Decisiones llenas de sabiduría que, además de los efectos que produjeron en su momento, han afectado también a muchas mujeres de diferentes grupos sociales, aunque se haya necesitado un plazo largo de tiempo para cada uno de los pasos que, como fruto del dinamismo histórico, han podido ir entrelazando nuevas relaciones transformadoras en momentos y lugares determinados.

Brunekhilda, por el lugar que ocupaba en la sociedad, sólo representa a un pequeño número de mujeres, a esas que han vivido una situación privilegiada en función de su nacimiento y de que, en algunos casos, tuvieron que hacerse cargo de las tareas de gobierno que desempeñaban sus maridos o sus padres ausentes. Sin embargo, junto a muchas otras a lo largo de los siglos y en otras circunstancias, ejemplifica la necesidad que las mujeres han tenido siempre, y que aún siguen teniendo, de imponerse para reclamar o para salvaguardar los derechos y las condiciones sociales que les correspondían.

La historia nos enseña que realmente han sido numerosas las que, como Brunekhilda en el siglo que le tocó vivir, y otras antes y después de ella, fueron capaces de hacerlo con la sagacidad, el saber, el tacto político y los resultados que las situaciones dadas requerían.

Bibliografía

VV.AA. *Mujeres en la historia de España*. Enciclopedia biográfica; TAVERA, S. (Coor.). Barcelona. Planeta. 2000.

Princesa Zaida [ss. XI-XII]

Dicen las crónicas que la princesa musulmana Zaida, hija del rey de Sevilla, no fue barragana en la corte del rey Alfonso VI sino mujer velada, es decir, casada por la iglesia. Su historia parece de leyenda o de cuento oriental, no sólo porque fuera extraordinariamente amada por el rey-emperador de Castilla y León, sino porque fue una mujer exquisita, culta, educada, inteligente y bellísima. Tuvo con el rey el único hijo varón de éste, Sancho III el Deseado, que heredaría el trono, quitándole la sucesión a sus hermanas mayores. Zaida murió antes de que, en la desgraciada batalla de Uclés, desapareciera su jovencísimo y querido hijo.

Para que se admitiera la relación entre el rey cristiano y la princesa árabe, que estaban fuera de la norma porque ella lleva la condición de infiel, se utiliza la excusa del hijo varón, futuro heredero al trono. La crónica justifica este episodio, recalcando la esterilidad de casi todas las mujeres del rey y aunque habla de descendencia ilegítima, este momento de transgresión se disimulará tras un velo religioso, dejando bien claro que sólo fue mujer del rey castellano tras su conversión. Dicen que ella es mujer libre y no nacida de linaje vil o en vil hogar, además es de procedencia noble y única y, sobre todo, es quien ha asegurado la descendencia real por no tener varones las esposas legales. Todo esto podría admitirse, pero lo que no está bien visto es que los papeles se cambien y que la favorita sea, verdaderamente, objeto de la pasión amorosa del monarca, cuando a ella sólo se le permite cumplir con su función reproductora.

Ésta es la historia de la Zaida, hija del rey poeta de Sevilla al-Mu'tamid y de la exquisita poetisa del al-Andalus, Rumaykiyya. Nacida alrededor del año 1070. Su madre la educó, como una princesa amada, en la belleza y en la poesía, en el canto, en la danza y en la filosofía. Relacionada con la clase alta de la sociedad andalusí, con las mujeres más cultas y educadas de la corte. Zaida se parecía a su madre por su ingenio y belleza y a su padre por su alegría. Conoció cómo sus progenitores vivían un amor de leyenda que expresaban en repetidos y hermosos poemas.

A los doce años, Zayda sabe que estaba prometida con el rey castellano, aunque él está casado con una princesa cristiana procedente del sur de Francia, doña Inés de Aquitania: son políticas matrimoniales. En las familias dirigentes, los matrimonios se consideran un instrumento imprescindible para establecer alianzas porque así pueden superar grandes conflictos políticos y conseguir aspiraciones territoriales; en

consecuencia, las mujeres son valiosas para los pactos de estado, se convierten en «bienes preciosos» de gran relieve e importancia dentro de las alianzas matrimoniales. La princesa Zayda entra de lleno en esta política cuando su padre, el rey de Sevilla, proclamado unos años antes señor de Córdoba, necesita firmar acuerdos con el poderoso rey Alfonso VI de Castilla y León.

En esta fase de la reconquista es tal el poder del rey cristiano que nadie es capaz de reinar sin su consentimiento. Parece que la propuesta de prometer a la inteligente princesa fue echada por el rey árabe, porque el castellano dejó varias veces la boda para más adelante. Zayda fue enviada por su padre, al encuentro con el rey, como prometida en matrimonio acompañada por una cuantiosa dote en la que entraban grandes y poderosas plazas como Cuenca, Alarcos, Ocaña y otras.

Era tan grande la dote matrimonial, que este hecho ha quedado en la fábula. Lo que no se sabe es si la princesa iba a cumplir la promesa de matrimonio o a pedir ayuda para su padre al poderoso monarca cristiano, que establecía alianzas con algunos reyes moros, pagando estos grandes impuestos por su protección en contra de los almorávides. Tarde llegó la ayuda del cristiano, porque el rey musulmán quedó prácticamente exiliado en su alcázar de Sevilla, resistiendo cuanto pudo el asedio del ejército de los africanos.

En Toledo se encuentran la inteligente princesa y el rey castellano. Su mujer, la joven reina Inés había muerto, no era extraño este suceso porque en la Edad Media un número considerable de mujeres moría muy jóvenes a consecuencia de los partos, pero ya tenía una nueva esposa. Zayda convivió con ella en la corte y, entrando en amores con el rey, al poco tiempo tuvieron el hijo.

Cuando llega la hora del nombramiento de este hijo como heredero, han transcurrido veinte años desde aquella lejana promesa de matrimonio y entonces sí que se celebra la boda entre la princesa Zayda y el rey Alfonso puesto que hay que legalizar la sucesión del pequeño Sancho, aunque realmente la heredad le correspondiera a su hermana Urraca hija de un matrimonio anterior.

A partir de la boda, Zayda se convierte en la reina Helisabeth porque Isabel es el nombre que, años atrás, ha escogido en su bautizo cuando se ha convertido oficialmente al catolicismo. El rey exalta sus capacidades y la llama *regina divina amantísima, dilectísima*.

Dura poco la felicidad del matrimonio porque Zayda muere muy joven, alrededor del año 1100, a consecuencia de un sobrepeso, siguiendo la misma suerte que el resto de las mujeres de Alfonso VI. Zayda-Helisabeth será enterrada en Sahagún y dos siglos más tarde sus restos se trasladarán a San Isidoro de León.

Bibliografía

FIRPO, A.; Las concubinas reales en la Baja Edad Media castellana; En: La condición de la mujer en la edad media, Actas del coloquio Hispano-frances. MADRID. 1986.

FISAS, C.; Mujeres, amores y sexo en la historia. Barcelona. Plaza & Janés, 1996.

MÁRQUEZ DE LA PLATA, V.; VALERO DE BERNABÉ, L.; Reinas medievales españolas. Madrid. Aldebarán. 2000.

Se

53

Ana Caro [1590-1650]

«Doña Ana Caro, insigne poeta, que ha hecho comedias representadas en Sevilla, Madrid y otras partes con grandísimo aplauso, y ha hecho otras muchas y varias obras de poesía, entrando en muchas justas literarias, en las cuales, casi siempre, se le ha dado el primer premio». La cita es de Rodrigo Caro en la obra *Varones insignes en letras naturales de la ilustrísima ciudad de Sevilla*.

Lo que resulta curioso es que se cite a una mujer en una publicación dedicada al estudio de literatos y hombres de letras ilustres; quizá pensándolo bien no sea tan raro si tenemos en cuenta que Ana Caro Mallén de Soto, llamada la musa sevillana, es una mujer muy singular para su tiempo, puesto que ha podido conseguir ser reconocida como escritora por los diferentes estamentos: la corte imperial, los cabildos de la ciudad, las parroquias locales y las compañías. Esta circunstancia da la medida de su valía aunque para conseguir la fama haya tenido que sortear muchos obstáculos.

Nace al final del siglo XVI, en 1590, por tanto su vida profesional se desarrolla a lo largo del siglo XVII, pertenece al Siglo de Oro de las letras españolas. Fue amiga de María de Zayas gran escritora madrileña, treinta años mayor que Ana, que cultivó una narrativa centrada en el conflicto entre hombres y mujeres. Las novelas de la Zayas afirman la capacidad intelectual de las mujeres, por ello esta escritora está reconocida como una de las primeras escritoras feministas. A ella le debemos que, posteriormente, otras escritoras se hayan aplicado a escribir sobre los derechos de las mujeres.

Ana Caro es escritora de oficio, tenemos que entender lo que esto significa, es decir, su dedicación a la literatura no es sólo el resultado del gusto de escribir, sino que hace de la literatura y de la escritura una profesión: es su trabajo. Vive de lo que gana con sus escritos y solicita, demanda y exige el dinero que le corresponde en las ocasiones en que los pagos se demoran. Sus escritos están redactados según las costumbres y el gusto de la época, un género al que se le denomina *Relaciones*.

Estas obras literarias pueden escribirse en verso, con gran número de alabanzas, elogios y loas, contando acontecimientos acaecidos. En este tiempo está de moda hacer una Relación de todo, de hechos políticos, de solemnidades religiosas, loas sacramentales, fiestas reales, victorias contra el enemigo. En realidad se encargan

para conmemorar hechos singulares, acontecimientos públicos, celebraciones, o efemérides.

La escritora recibe múltiples encargos; pero es en la ciudad donde ha nacido, Sevilla, donde publica su primera obra, la Relación poética de fiestas religiosas por los mártires del Japón, celebrada en el convento de San Francisco de Sevilla en 1628. Esta obra espectacular puede inscribirse tanto en el orden civil como en el religioso. A ella seguirán muchas otras y todas tendrán algo en común, que será el hecho de subordinarse a la política, ya sea imperial, del gobierno o de las élites locales. Recibe numerosos encargos, entre ellos, de la Corte.

La época en España es de crisis política y económica, incluida la monarquía imperial de Felipe IV. Cae el poderoso valido Olivares, nacido en la provincia de Sevilla y conocido de la escritora. Son unos años en que la literatura se utiliza en política como un servicio al poder, unas veces como aliada, otras como arma contra la clase privilegiada. Y es que la crisis generalizada necesita, por primera vez, una literatura de masas, que se imprime en pliegos sueltos, y en la cual podemos rastrear los orígenes del periodismo. El Conde Duque refuerza esta actividad por la que se interesa personalmente.

Con todas estas cosas, aumenta el oficio de poetas y se desarrolla como un ejercicio muy competitivo, porque la educación en la época ha promovido la creación de una clase de letrados que compiten entre sí por hacer de las letras una profesión, grupo del que, generalmente, estaban excluida las mujeres puesto que no tenían acceso a los Colegios y a las Universidades. En estas condiciones, parece imposible creer que una mujer, escritora, fuera financiada como dramaturga por el Cabildo sevillano y, más todavía, que contara con el beneplácito de nobles y de clérigos.

No se conocen todos los datos de la biografía de Ana Caro; todavía no se sabe nada de la situación familiar, su educación o su fórmula de vida; ella sólo se nos aparece como figura destacada en la escritura, siendo famosa por sus Relaciones y por su teatro. Admitida en los altos círculos de la nobleza, cercana al Conde Duque, tiene acceso a los circuitos de impresión y distribución de las obras literarias. Ana Caro, se hace la mejor cronista de las fiestas sevillanas y de las madrileñas del Buen Retiro de 1637. Su estilo es culto y hábil en los versos. Es además una gran trabajadora, una prolífica escritora; al menos se publicaron seis obras suyas durante el segundo cuarto del siglo XVII.

Nos parece bueno recordar juntas a Ana Caro y a María de Zayas porque son dos mujeres que pueden ponerse como ejemplo de las grandes dificultades que encontraron las escritoras del Siglo de Oro para ser reconocidas. Ambas pueden considerarse como una novedad en su época. Su excepcionalidad consiste en ser y vivir como escritoras y autoras teatrales en un mundo de letras dominado por los hombres.

Bibliografía

CARO, A.; LUNA, L., ed. *Introducción*. En: Valor, Agravio, Mujer. Madrid. Castalia, I. M., 1993, pp. 9 a 46.

LUNA, L.; *Leyendo como una mujer la imagen de la Mujer*. Sevilla. Anthropos.

Luisa Roldán [1656-1704]

Luisa Roldán trabaja todo el día en el taller familiar. Es un momento en el que el taller ha recibido encargos muy importantes que hacen que mejore la situación económica de la familia afincada en Sevilla, a donde llegaron desde Granada.

Corre el año 1683; Luisa Ignacia Roldán Villavicencio, la misma que la historia reconocerá como La Roldana, es una gran escultora. Acaba de cumplir veintisiete años, pero ya lleva veinte mirando atentamente el trabajo en el obrador de su padre, él ha observado detenidamente la capacidad que la niña tiene para la expresión artística y le ha enseñado a dibujar y a modelar; Luisa jugará con las herramientas en sus primeros pasos entre la escultura y la imaginería, arte en que destacará como una genial maestra y como la mejor discípula de su padre, Pedro Roldán, en un taller que goza de un gran renombre.

Muchas veces Luisa ayudará a su hermana Francisca, la que será ilustre pintora, dibujante y doradora de retablos que además de ejercer como una reconocida artista enseñará a uno de sus hijos el arte de estofar y encarnar las esculturas, ayudándole a convertirse posteriormente en un famoso escultor sevillano. Son tres las hermanas, Francisca, María y Luisa, las tres hijas mayores, que trabajan en el ahora próspero taller de la familia con encargos importantes como el de la catedral de Sevilla que, con el paso de los años, se transformará en la Capilla del Sagrario.

Al tener que atender tanto trabajo en el obrador, Luisa pasará a hacer muchos de los encargos de su padre. La familia que está considerada como un importante clan muy bien relacionado con el ambiente artístico hispalense, se dedica a la realización de esculturas de gran importancia, en madera policromada, tanto decorativas como procesionales, su tarea consiste en la interpretación del arte sagrado.

La Roldana, como mujer de su época, pone su arte al servicio de la religión buscando, a través de sus imágenes, la reafirmación en la fe católica. Para conseguir esta simbiosis ha necesitado dedicar un tiempo importante a la lectura, algo que no pueden hacer todas las mujeres. Su arte está inspirado e informado por una profunda formación religiosa que promueve el diálogo entre la imagen creada y quien la contempla; es muy posible que manejara obras literarias y libros sagrados.

En la familia Roldán, de manera similar a lo que acontece en otros ámbitos artísticos y artesanales, algunas de las hijas se han casado con artistas y aprendices,

trabajadores en el propio taller; sin embargo no todos estos matrimonios recibirán el beneplácito de la madre y del padre, Teresa y Pedro, de manera que unos resultarán más favorecido que otros en el traspaso de sus bienes según testamento, del que descontarán, o no, la dote adelantada con ocasión de la boda.

Precisamente el matrimonio de Luisa es uno que no es del agrado de la familia y, por tanto, no recibe ayuda de ella. Así la escultora deberá trabajar fuertemente, para conventos, iglesias, cofradías y particulares, porque su trabajo es el dinero principal que entra en la casa para mantener a una familia numerosa en la que algún hijo o alguna hija morirá tempranamente debido a la gran mortandad infantil de la época. Trabaja para atender a su familia, pero lo hace con el esmero y el gusto de una gran artista con ganas de triunfar.

Luisa está alcanzando fama en Sevilla y empieza a recibir encargos de otras ciudades. Hacia el año 1686, marcha con su familia a Cádiz, donde los regidores municipales han propuesto al Cabildo Municipal que, para mayor gloria de la ciudad, se encargen unas buenas esculturas de San Servando y San Germán, patronos de la misma, a la que está considerada como única escultora de su tiempo, Luisa Ignacia Roldán, que trabajaba y residía en la ciudad, haciendo figuras para la nueva catedral.

Son tantos los encargos que desarrolla la escultora en estos años de Cádiz y tan grande la maestría adquirida en todos los trabajos realizados, que dos años después marcha con la familia a Madrid bajo la protección del que era ayuda de cámara del rey Carlos II. El carácter de Luisa Ignacia es sensible y afectivo aunque también valiente y decidido, lo ha manifestado con la decisión de contraer matrimonio aún sin el beneplácito familiar. En estos años es difícil que una hija dé ese paso en contra de la familia.

Ya en Madrid solicita la plaza de escultora real, presentando pequeños y deliciosos grupos escultóricos con la intención de conseguirla. Por fin obtiene el título en octubre de 1692, realizando la imagen de Santa Clara para el convento de las Descalzas Reales, obra que firma como escultora de cámara y esculpiendo también, por encargo del rey, su obra cumbre, el arcángel San Miguel con el diablo en los pies que se encuentra en El Escorial. El trabajo en palacio no mejora su situación económica, puesto que los impagos eran frecuentes. La artista tiene que recurrir a su firme carácter para recuperar el dinero que se le debe.

Al morir el rey, temiendo que peligre su puesto de trabajo, tiene la iniciativa de presentar al nuevo rey Felipe V dos obras, junto a la solicitud de continuar siendo escultora de cámara. Lo consigue a la segunda solicitud, en 1701.

Luisa Ignacia Roldán, la Roldana muere en plena actividad artística, con cuarenta y ocho años. Además de ser una incansable trabajadora, es una artista que ha conseguido dotar a sus esculturas de emoción, expresividad y armonía y que ha conseguido ser la más destacada escultora barroca, ocupando su nombre un lugar de privilegio en el arte barroco español.

Bibliografía

GARCÍA OLLOQUI, M^o. V.; *La Roldana escultora de cámara*. Sevilla. Diputación de Sevilla, 1977.

El Progreso

PERIÓDICO REPUBLICANO

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Spania y en Desc. 100 pes.
Portugal 120
Estados Unidos 150
El pago por adelantado se hace en billos de cinco de 15 rta. á un
líquido del gov. -antes, á todo el año de 10 en papel -añada
A los correspondientes en los días de 20 por 100 de costas.

Dirección y Administración: Tallers, 45, 2.ª, interior

Horas de Oficina: de 7 á 9 de la noche

La Correspondencia á B. Angeles López de Ayala

Anuncios y comunicados á precios convencionales.

Minutos 10 cént.

Por semana 70 pes.

55

Se

Angeles López de Ayala Molero [1856-1926]

Tanto le gustaba leer y escribir a esta niña sevillana que sus familiares, queriendo que no se distrajera con cosas «poco importantes» para ella, decidieron retirarles todo lo que no fueran los libros de enseñanza elemental, hasta el momento en el que alguien que la observaba de cerca se dio cuenta de sus aptitudes y les aconsejó que la dejaran desarrollarlas. Pudo así recibir una formación más amplia y sistemática en un Convento primero y con profesores particulares después.

Ese interés y dedicación a la lectura y a la escritura, las inquietudes a las que con la edad iba despertando y la cercanía de su tío, el dramaturgo y político liberal Abelardo López de Ayala (Sevilla, 1828-Madrid, 1879), animaron una actividad literaria que empezó a ser conocida con la novela *El triunfo de la virtud*, premiada en 1872 en un Certamen convocado en Sevilla. Tenía Ángeles López de Ayala 16 años y los comentarios y críticas de la prensa hispalense fueron muy favorables para su obra.

A partir de este hecho iniciaría una colaboración constante en revistas y en periódicos, compartida con la escritura y publicación de novelas, de obras de teatro y de poesía. En 1881 fue premiada de nuevo en otro Certamen literario para conmemorar el II Centenario de la muerte del dramaturgo Calderón de la Barca (1600-1681) por un trabajo que presentó sobre «La educación de la mujer».

La relación que su marido mantenía en Madrid, donde pasó a vivir después de su matrimonio, con logias masónicas, la introdujo a ella en las ideas y aspiraciones filantrópicas, progresistas y universales desde las que la masonería se definía, convirtiéndose de este modo en una de las pocas mujeres -hay que recordar entre ellas a Rosario de Acuña- que se incorporaron a diferentes logias, a los lugares de organización y de reunión de las personas que pertenecen a la masonería, antes de que finalizara el siglo XIX: a la «Orden de la Estrella de Oriente», a la de «Amantes del Progreso», a la «Constancia», etc.

Ganada por los ideales de fraternidad y de emancipación social, así como por los de libertad de conciencia y de pensamiento, consagró a ellos buena parte de su tiempo y de sus iniciativas. Promovió sociedades y publicaciones librepensadoras en las que trabajó con entusiasmo y convencimiento, participó en los Congresos que se celebraron en Barcelona, en Madrid y en Buenos Aires (Argentina), en éste, asistiendo en representación de la masonería española. Protagonizó la

puesta en marcha de movimientos de protesta contra decisiones gubernamentales y alentó diferentes acciones en favor de las mujeres. No le faltaron, por todo ello, denuncias de unos, procesos judiciales de otros, cárcel y hasta atentados contra su persona, que le obligaron a trasladarse desde Santander, donde residió unos años, a Barcelona.

El contacto con mujeres de inquietudes parecidas en la ciudad condal -por ejemplo, con Teresa Claramunt, comprometida con el anarquismo y con Amalia Domingo Soler, del movimiento espiritista- entre las que se estableció una buena relación al menos durante algún tiempo, las animó a poner en marcha proyectos y acciones como las siguientes:

- Fundaron en 1889 la Sociedad Autónoma de Mujeres -que se transformó en la Sociedad Progresiva Femenina a partir de 1898-, en la que se organizaban conferencias y actividades sobre cuestiones relacionadas con las propuestas que el feminismo de otros países estaba difundiendo, y por las que se luchaba con energía, con el objetivo de ayudar a divulgar y a despertar una nueva conciencia en las mujeres asistentes a todos esos actos y en aquellas sobre las que tuvieran influencia.

- Impulsaron diferentes publicaciones que apoyaran la difusión de estas doctrinas. En una de las Revistas dirigidas por Ángeles López de Ayala llamada *El Progreso*, que se editó desde el año 1896 al 1901, mantuvo una Sección quincenal dedicada a las cuestiones que empezaban a preocupar a una parte de la población femenina fuera y dentro de España y que ella pretendía hacer extensivas a otras muchas.

- Organizaron y sostuvieron movilizaciones de mujeres en favor de reivindicaciones concretas que bien les afectaban a ellas mismas en razón de su sexo, o que bien eran de interés para toda la sociedad.

- Trabajaron en la defensa y apoyo al reconocimiento del derecho de las mujeres al voto, cuestión en la que se situaron junto a los grupos pioneros en España, cuando esta prerrogativa de la condición ciudadana de la que ya disfrutaban los hombres, había calado aún muy poco en las aspiraciones de la población femenina.

Los ideales de progreso moral y material de la humanidad, y los del feminismo, estuvieron presentes de una manera directa en un número creciente de sus iniciativas y de sus realizaciones, a medida que pasaban los años e iba creciendo en ella la información y la conciencia acerca de todo lo que había que cambiar y que conseguir en la sociedad en su conjunto y en el colectivo de mujeres muy en particular.

Un abanico de acciones en las que librepensamiento, masonería y feminismo se aunaron para mover la voluntad de esta mujer impetuosa y emprendedora que luchaba para conseguir la igualdad entre hombres y mujeres.

Bibliografía

VV.AA. *Mujeres en la historia de España*. Enciclopedia biográfica; TAVERA, S. (Coor.). Barcelona. Planeta. 2000.

Blanca de los Ríos Nostench [1862-1956]

Una de las calles de Sevilla lleva el nombre de esta escritora y crítica literaria muy cerca de la casa de la calle Francos en la que nació y en la que, hasta hace poco tiempo, la leyenda de un azulejo recordaba este hecho. Merecido reconocimiento al trabajo de una mujer que destacó por sus estudios sobre grandes escritores españoles como Tirso de Molina, Teresa de Jesús, Calderón de la Barca o Cervantes; que publicó en numerosas revistas y periódicos hasta el final de su larga vida, y que desarrolló una intensa actividad como conferenciante. Consideración a una literata con prestigio, a la que se respetaba y admiraba.

Desde que era una niña el interés y dedicación a la lectura hicieron de ella una precoz autora de poesía y novelas que empezó publicando con seudónimo. No fue la única mujer que prefería ocultar su nombre a la mirada pública en una época poco acostumbrada todavía al protagonismo femenino por méritos propios. Para su novela *Margarita* publicada en 1878 y para el libro de poemas *Esperanzas y recuerdos* de 1881, eligió el seudónimo Carolina del Boss; con él aparecieron en las librerías estas obras.

Rodeada de un ambiente familiar de escritores, políticos, artistas y médicos, su educación se benefició de la riqueza de estímulos y de posibilidades que ese contexto cultural le iba proporcionando. Su padre, arquitecto, su abuelo materno, médico, sus tíos, escritores y políticos, fueron una referencia a la que ella se supo acoger inteligentemente, aunque supiera que, por su condición de mujer, no todos los caminos le eran igualmente fáciles.

Se casó en Madrid con el arquitecto y escritor Vicente Lampérez, y la capital de España amplió el horizonte y la repercusión de sus deseos y proyectos. Los estudios sobre historia de la literatura a los que empezó a dedicarse, compaginándolos con los trabajos de creación, le valieron la crítica favorable del erudito Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912) y también de la escritora y ensayista Emilia Pardo Bazán (1851-1921), entre otras personalidades del mundo literario de las décadas de entresiglos, porque significaban un importante avance en el análisis y la crítica literaria que se estaba haciendo hasta entonces. En el prólogo a su obra *Del siglo de Oro. Estudios literarios*, publicada en 1910, Menéndez Pelayo escribía de ella: «No necesita la ilustre dama autora de este libro que nadie la presente al lector con officiosos encomios. Siempre resultarían inferiores a sus probados méritos y a la justa

notoriedad de que goza como artista de noble ingenio lírico y narrativo».

La Real Academia Española premió su investigación sobre la vida y la obra de Tirso de Molina; pero, años más tarde, cuando fue presentada su candidatura para entrar a formar parte de los miembros de esta institución, no fue elegida. No era la primera vez que sucedía esto, pues otras mujeres, como la misma Emilia Pardo Bazán, habían visto anteriormente rechazadas las propuestas de ingreso.

Colaboró constantemente en múltiples revistas y periódicos. *El Correo de la Moda*, *Madrid Cómico*, *La Ilustración española y americana*, *Blanco y Negro*, *La Enseñanza Moderna*, *El Álbum Ibero-Americano*, son algunas de las revistas, y *El Imparcial*, *La Época* y *El Nuevo Mundo*, las cabeceras de los periódicos en los que podían leerse sus artículos.

Creó en 1918 y dirigió hasta su desaparición en 1930 la revista *Raza Española*, como fruto de su interés por los estudios americanistas. La asistencia a la Asamblea Americanista de Barcelona y su participación en los Centros de Cultura Hispanoamericana de Cádiz y de Madrid, despertaron en ella una sensibilidad que concretó en el mantenimiento de esa publicación de estudios históricos y literarios con la que quería contribuir a potenciar las relaciones entre España y los países sudamericanos.

Junto a la amplia labor publicista hay que destacar en la vida de esta inquieta escritora su presencia en asociaciones e instituciones sociales que le permitieron un tipo de acciones y de incidencias más conectadas con grupos sociales alejados de su propia experiencia personal. Por ello formó parte de la Junta Superior de Beneficencia de Madrid y de la Unión de Damas Españolas, en este segundo caso preocupándose por el avance en medidas de protección para las mujeres en el trabajo. También perteneció al Ateneo de Madrid, foco cultural por excelencia de la capital de España.

En la etapa política de la Dictadura de Primo de Rivera fue una de las mujeres que formaron parte de la Asamblea Nacional entre los años 1927 y 1929; era la primera vez que se producía esta presencia femenina en un órgano consultivo de carácter político y se eligieron para ello representantes significadas por su actividad en diferentes ámbitos de la vida nacional. Recibió igualmente numerosas condecoraciones; entre ellas la Cruz de Alfonso XII, en un homenaje presidido por la Reina Victoria Eugenia, la Medalla de Oro del Trabajo y la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio.

Otros muchos títulos llenan la nómina literaria de esta escritora lúcida, paciente y trabajadora; entre ellos uno de 1916, *D^a Francisca de Larrea Böhl de Faber*, dedicado al análisis de la aportación de esta escritora y traductora gaditana en el contexto del romanticismo decimonónico. Una mujer que vivió entre 1775 y 1838 y que fue además madre de otra escritora, Cecilia Böhl de Faber (1796-1877).

Bibliografía

VV.AA. *Mujeres en la historia de España*. Enciclopedia biográfica; TAVERA, S. (Coord.). Barcelona. Planeta. 2000.

57

Se

María Laffitte [1902-1986]

María Laffitte pasea por las salas de una exposición en París en la que están colgadas unas pinturas que le producen una gran satisfacción interior. Al verlas ha quedado impresionada, pero su sorpresa viene después cuando comprueba que esta exposición no es la obra de un pintor sino de una pintora y, además, española cuyo nombre es María Blanchard, artista prácticamente desconocida y que recientemente había muerto. En la misma sala decide interesarse por la artista que acaba de conocer y cuya obra tanto le ha conmovido, por lo que comienza a investigar y averiguar más detalles sobre su vida.

En ese momento María tiene treinta años, su existencia ha transcurrido muy rápida entre las edades de la infancia, arropada por un ambiente acogedor y afectuoso, y su vida de casada instalada en Madrid, una ciudad muy diferente a la alegre Sevilla en la que nació en el año 1902. Ha tenido la suerte de crecer en una familia de situación económica privilegiada, transcurriendo su niñez en un ambiente de superprotección propio de las familias españolas adineradas, de principio del siglo XX que tenían como costumbre dar una refinada educación a las hijas, beneficio del que no gozaban las niñas de otras clases sociales. De todas formas, la educación de las hijas en este tiempo se encamina más a una preparación como futura madre que para conseguir una independencia económica, por lo que siempre necesitará a alguien que le procure el mantenimiento.

De adolescente María ha vivido en un mundo de ensueño, le gusta salir con las amigas, ser invitada a las fiestas y bailar. En una de las fiestas sevillanas de primavera conoce al conde de Campo de Alange con el que posteriormente se casa. Este acontecimiento supondrá un hito en su vida que, mucho más tarde, contará en un libro de memorias titulado *Mi atardecer entre dos mundos*. Las primeras relaciones sexuales en el matrimonio las vive desagradablemente, lo que le hará pensar, algún tiempo después, en la educación que han recibido las generaciones de mujeres de su época, una educación basada en la ignorancia, sobre todo en lo referente a los temas sexuales.

Instalada en Madrid se dedica a la crianza de sus dos hijas y su hijo y a las relaciones sociales entre personas cercanas a la corte. María se hace consciente del aburrimiento que le produce esa forma de vivir y piensa de ella misma que es una mujer con necesidad de hacer otras cosas más interesantes: tiene otras aspiraciones.

Con la llegada del gobierno de la República, en 1931, el nuevo matrimonio, →

monárquico en sus planteamientos políticos, se exilia voluntariamente en París. La gran ciudad les proporciona visitas a museos y salas de exposiciones de la capital francesa, que le harán sentir una gran afición por las artes plásticas. María llega a tener amplios conocimientos en este campo. Es en este tiempo cuando se ha encontrado con la exposición monográfica de María Blanchard y, entusiasmada, espera volver a su país para buscar datos sobre la artista y escribir sobre ella.

Así lo hace cuando vuelve a Madrid en 1939, conectando con una hermana de la pintora y comenzando a escribir su primera obra literaria. Sin embargo, una vez finalizada la biografía, no encuentra editorial que la quiera publicar por lo que María decide editarla por su cuenta: ha nacido una escritora a la vez que ha dado a conocer la obra pictórica de una gran artista. El libro es bien acogido por la crítica y será la presentación de María Laffitte como escritora, con ella sorprende a su círculo de amistades. Este hecho insólito hace que su vida empiece a cambiar.

Algún tiempo después recibe dos invitaciones que le llenan de satisfacción, una en 1944, del filósofo Eugenio d'Ors, para formar parte de su Academia Breve de crítica de arte y otra, cuatro años más tarde, la de otro filósofo, José Ortega y Gasset que ha creado en Madrid el Instituto de Humanidades y la invita a participar. Esto quiere decir que María ha entrado plenamente en la vida intelectual madrileña. El mismo año vuelve a publicar, esta vez con la obra *La guerra secreta entre los sexos*, criticada por los intelectuales de su tiempo a causa de que la palabra «sexo» no debe ser nombrada. A pesar de ello, el resultado de la publicación es un éxito notable y consigue buena crítica.

Escribir este libro le ha supuesto el acercamiento al conocimiento y al estudio de la lucha que llevan las mujeres en dos direcciones, primera, por la obtención de condiciones más justas para sus vidas y, segunda, por el voto femenino. Con ello tiene ocasión de conocer el movimiento sufragista inglés y americano, al que se le ha dado una imagen peyorativa. De aquí en adelante su dedicación a defender los derechos de las mujeres se convierte en una pasión. Publica en 1961 el libro de ensayos: *La mujer como mito y como ser humano* y otro estudio muy documentado sobre *La mujer en España* que le hizo conocer a diversas figuras prestigiosas, del siglo anterior, como Concepción Arenal, la mujer que tuvo que asistir vestida de hombre a las clases en la universidad.

Cada vez le preocupa más la situación de parálisis intelectual y profesional de las mujeres españolas a partir de la guerra del 36, lo que le motiva a crear un Seminario de Estudios de la Mujer, integrado por ocho mujeres universitarias que se reúnen semanalmente. Ellas quieren «despertar las conciencias especialmente somnolientas de las mujeres españolas». Más adelante y con este mismo objetivo, salen varias obras colectivas y un trabajo titulado: *La mujer española: de la tradición a la modernidad (1969-1980)* que la misma María prologó.

Con motivo del Año Internacional de la Mujer en 1975, María Laffitte, condesa de Campo Alange asiste a las conferencias celebradas en Madrid, pero en este caso se mantiene al margen de la organización. Muere en 1986.

Bibliografía

CAMPO ALANGE, M^a.; SALAS LARRAZÁBAL, M^a., ed. «Introducción». En: Mi niñez y su mundo. Madrid. Castalia, I. M., 1990, pp. 7 a 40.